

Cocina, nación e identidades

Un abordaje histórico-antropológico sobre la emergencia de narrativas culinarias nacionalistas en Buenos Aires (Argentina) durante la segunda mitad del Siglo XIX

Autor:
Olsen, Juan Francisco

Tutor:
Díaz, Diego Córdoba

2019

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Antropológicas

Grado



Universidad de Buenos Aires.
Facultad de Filosofía y Letras.
Departamento de Ciencias Antropológicas

Tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas
(Orientación Sociocultural)

COCINA, NACIÓN E IDENTIDADES

Un abordaje histórico-antropológico sobre la emergencia de narrativas culinarias nacionalistas en Buenos Aires (Argentina) durante la segunda mitad de Siglo XIX.



Tesista: Juan Francisco Olsen

Director: Dr. Diego Díaz Córdova

Buenos Aires, Octubre de 2019

A mis abuelos

ÍNDICE GENERAL

Agradecimientos	3
Introducción.....	6
Capítulo 1: Tema problema	12
1.1 Definición del problema de investigación	12
1.2 Compromiso y distanciamiento.....	15
Capítulo 2: Antecedentes y Marco Teórico.....	21
2.1 Antropología y Cocina.....	21
2.2 Estudios sobre la construcción de la Nación.....	30
2.3 Hegemonía y Cocina.....	37
Capítulo 3: Aspectos Metodológicos.....	42
3.1 Antropología e Historia	44
3.2 Fuentes. Alcances y limitaciones	56
Capítulo 4: Comer “a la argentina”.....	62
4.1 Modernidad gastronómica a fines del siglo XIX: Afrancesamiento de las élites y mestizaje relativo en los sectores populares	64
4.2 Crítica a la definición de tradición alimentaria	74
Capítulo 5: El <i>self</i> de las Pampas.....	83
5.1 Breve introducción histórica	88
5.2 La Estancia	92
5.2.1”Oda a las vacas y las mieles”	95
5.3 El Ejército	101
5.3.1El Ejército como actor “ciudadanizante”	111
5.4 La Iglesia.....	115
5.4.1La dimensión culinaria del <i>ethos</i> católico en el nacionalismo argentino	120
5.5 Los “nacionalizables”	123
5.6 A modo de cierre.	131
Conclusiones.....	137
Lista de fuentes y bibliografía	141

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis fue posible gracias a la bondad interminable de todas las personas que me rodearon, inclusive desde antes que comience este proceso. Ellos, muchos de los cuales no llegaré a nombrar plenamente, pero que me acompañaron en largas horas de trabajo, que me apuntalaron en los momentos de mayor incertidumbre, que soportaron mis infinitas charlas armando y desarmando mi problema de investigación, son los responsables de que hoy llegue a concluir ésta travesura del pensar-hacer. A todos quienes me crucé en mi tránsito como cocinero y como estudiante de antropología, muchas gracias.

Quiero agradecer, especialmente, al Dr. Diego Díaz Córdova, mi director, por haber compartido y guiado este proceso reflexivo y por haber brindado su absoluta generosidad en el camino.

A la Dr. Paula N. Shabel, porque cada elocución plural que encuentren es estas páginas es gracias a que ella me regaló su lectura atenta, crítica y afectiva. Sin su amistad, pocas de éstas hojas se habrían llenado.

A la Lic. Melina Paula Bednarz, quién me acompañó y ayudó a hondar en los archivos, a recuperar documentos, a visitar y disfrutar de nuestro pasado.

Al Prof. Eduardo Urbano, de quién aprendí a pensar y repensar las identidades totalitarias.

Al Dr. Santiago Sorroche, por haber sido mí amigo y referente durante todo mí paso por la universidad.

Al Lic, Facundo Giuliano, quién desde el comienzo de esta travesía educativa y ético-política siempre me regaló una conversación de la cual hacer nacer nuevas ideas.

A la Prof. Letizia Vázquez, la Prof. Bárbara Quintana y el Lic. Ramiro Manduca, quienes, en distintos momentos y de diferentes maneras, me ayudaron a sobrellevar el proyecto de la tesis.

A los integrantes del Circulo de Estudios “Alimentación y problemáticas contemporáneas” de la Universidad Nacional de San Martín, especialmente a la Dr. Aldana Boragnio, a la Dr. NemesiaHijos y al Lic. Diego Santalla.

A Carina Perticone, Fernando Remedi y Marcelo Álvarez, quienes generosamente contribuyeron aportándome material sobre el tema, tanto documento como bibliografía.

A mis compañeros de la carrera, Rocío, Sergio, Paul, Patricio, Alejandro, entre muchos otros que hicieron feliz la travesía de 8 años en Puan 480. Y, especialmente, a Federico Ugarte y Miriam Vommaro, quienes se encargaron de insistir cada vez que dudaba sobre mi tema.

A mis compañeros de militancia universitaria y amigos de vida, Nahuel, Federico, Tomás, Lucas, Francisco, Alan, Johana, Sebastián y muchos otros.

A todos quienes transitaron por la agrupación Caracol Insurgente en Antropología, Florencia, Eleonora, Paula, Lucía, Ramiro, Bruno y muchos más de quienes aprendí a amar y disputar el sentido de nuestra carrera.

A mis amigos eternos, Paula, Agustín, Axel, Nacho, Antonella, Belén, Facundo, Francisco, Santiago.

A mi familia, especialmente a las dos personas más importantes que tengo en la vida, mi mamá, Elizabeth Olsen, y mi prima, Malén Robert.

A Luisa Pinotti que, sin saberlo, fue una guía indispensable para que decidiera elegir la antropología.

Y a la Universidad pública que hacemos día a día en nuestro país.

INTRODUCCIÓN

En esta tesis vamos a abordar el problema del surgimiento de narrativas culinarias nacionalistas en el marco de la sociedad criolla de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Para ello, en el primer capítulo vamos a formular una serie de preguntas generales y específicas, orientadas a definir claramente nuestro objeto de estudio, así como los objetivos de nuestro trabajo y las principales hipótesis intentaremos corroborar. Éstas, sintéticamente, se resumen en: 1) Hay una estrecha relación entre la cocina y diferentes proyectos de Estado; 2) que se articulan a través de discursos políticos, estéticos y sociales, que remiten a una identidad totalizante y que nosotros entendemos en términos de nación; 3) por tanto, dicha identidad, inscribe en prácticas íntimas y cotidianas elementos propios de actores, históricamente determinados, que pugnaron, dentro y fuera de la clase dominante, para entronizar un discurso autolegitimante de dominación cultural. Finalmente, para poner de relieve el proceso reflexivo que nos llevó a formular esos enunciados, daremos cuenta de nuestra relación particular con el objeto de estudio, apelando a nuestro trayecto biográfico para clarificar los vínculos de compromiso y distanciamiento que nos ligan al problema de investigación.

En el Capítulo 2 vamos desarrollar el marco teórico sobre el cual basamos nuestra investigación, en vistas de cumplir con los objetivos trazados en el Capítulo 1. Para ello, realizaremos en dicho apartado una extensa revisión bibliográfica para definir a qué nos referimos con “cocina”, con “nación” y por qué consideramos necesario abordar ambas categorías desde el concepto de hegemonía, propuesto Anthony Gramsci (1981).

En relación a la cocina propondremos abordarla como la representación que los sujetos tienen de sus propias formas de comer y cocinar, distinguiéndola de las construcciones conceptuales que generan los investigadores y que comúnmente se conocen como patrón alimenticio. A su vez, desarrollaremos la relación que tiene cocina, en tanto hecho social, con otros discursos económicos, políticos, culturales, etc., y cómo a través de la puesta en práctica de ésta se generan procesos de patrimonialización, es decir de inscripción de esos discursos como características identitarias. Luego, abordaremos el problema de la nación y el nacionalismo como categorías históricas, o sea como conceptos ligados a la lucha por la soberanía de un orden social determinado, y como esto, en Argentina está sumamente ligado al desarrollo del Estado moderno capitalista de alta concentración de la propiedad terrateniente. Finalmente, nos inclinaremos a favor de un enfoque conceptual gramsciano, que abona por recuperar el concepto de hegemonía, entendido como un enunciado histórico, conflictivo, dinámico, que nos permita entrar de lleno en el análisis de los procesos de transformación que afectaron nuestro período de análisis, determinando tanto el carácter del nacionalismo como el de cocina en Argentina hasta las primeras décadas del siglo XX.

En base a lo anterior, en el Capítulo 3 desarrollaremos el por qué de la necesidad de encarar nuestra investigación articulando metodología de análisis tanto de la antropología como de la historia. Es por ello, que situaremos nuestro trabajo en esa tradición de intersección y mutuo enriquecimiento disciplinar. Entendemos que esto nos permitirá sacar mejor provecho de las fuentes disponibles y visitar una gran cantidad de trabajos que abordaron problemas similares y ponerlos a dialogar para alcanzar nuevas conclusiones.

Llegando al Capítulo 4, vamos a comenzar a desenvolver nuestro propio análisis. Primero recuperando el modelo propuesto por Fernando Remedi (2005) de afrancesamiento y diglosia culinaria de las élites criollas, aportando datos que surgieron de nuestra propia pesquisa archivística y que nos permitieron readaptar el modelo para la territorialidad que nos planteamos abordar. De ello esperamos recuperar una imagen, a nuestro entender, bastante clara del contexto de cambio social, demográfico, económico y gastronómico de Buenos Aires y el litoral durante la segunda mitad del siglo XIX., para luego avanzar sobre los límites que le encontramos a dicho modelo. En este sentido, sobre lo que queremos depositar especial interés es en el carácter aparentemente ahistórico que parece presentar la idea de “tradicición” en el modelo de Remedi. Es por ello, que vamos a desarrollar, llegando al final del Capítulo, por qué creemos que ella no es una supervivencia que pugnaba contra la “modernidad alimentaria”, sino que emerge del propio seno de la élite modernista.

En el Capítulo 5 nos proponemos ir más allá e intentar responder las preguntas específicas que dieron origen a nuestra investigación: ¿Cómo fueron los procesos hegemónicos que llevaron a que se constituyeran ciertas formas culinarias, tendientes a la producción y reproducción de jerarquías sociales, políticas, económica, étnicas y sexuales? ¿Cuáles fueron los actores involucrados y los contextos históricos nacionales e internacionales que incidieron en la generación de imaginarios culinarios nacionalizados? ¿Cómo se dieron esos fenómenos de inclusión y exclusión que llevaron a que se incorporaran ciertos elementos por sobre otros la construcción de un recetario nacional en este período? Y, finalmente, ¿Cómo ese padrón hegemónico de alimentación se inscribió en los sujetos individuales y colectivos concretos?

Para responder estas preguntas y otras que fueron surgiendo a medida que avanzaba nuestra reflexión histórica-antropológica, en éste último Capítulo lo primero es comenzar por los sujetos. Para ello, vamos a comenzar realizando una breve descripción del contexto histórico en el cuál éstos se desarrollaron, haciendo especial hincapié en las tensiones en torno a la emergencia del Estado.

Nuestra intención en ese primer apartado dentro del Capítulo será marcar cómo en este período las disputas dentro de la élite criolla en relación a las características que debía tener un Estado capitalista moderno, estructuraron las alianzas y las disputas dentro y fuera de la clase dominante y dieron forma a los intereses y motivaciones del pensamiento nacionalista. Dicho esto, luego avanzaremos específicamente sobre un análisis estructural del modelo de acumulación, de lo cual se desprende como actor central el propietario terrateniente, al cual nos referiremos como La Estancia.

Entonces, La Estancia será tomada como un actor particular, dinámico, históricamente determinado y en permanente tensión con otros modelos de acumulación capitalista. Esto es esencial, ya que nos permite entender por qué los propietarios estancieros generaron instituciones específicas e incidieron en la formación del Estado con una virulencia que otros sectores no consiguieron. Sin embargo, como consideramos que no es suficiente para entender la complejidad del surgimiento del nacionalismo y su relación con la cocina y otras formas culturales, vamos a referirnos a otros dos actores que para nosotros son igualmente centrales: El Ejército y La Iglesia.

El abordaje de estas dos instituciones nos permitirá entender cómo el pensamiento nacionalista y las prácticas culturales que lo acompañan se escurrieron y desbordaron a las

clases dominantes. Es por ello, que en el apartado que dedicaremos al Ejército dentro del Capítulo, vamos a intentar desarrollar cómo éste construyó una narrativa autolegitimante, la cual no sólo alcanzó su cenit gracias a la superación de las disputas armadas dentro de la élite, desplazando el conflicto hacia el interior del Estado central, sino que la propia profesionalización del cuerpo castrense permitió a grandes sectores de las masas populares tener por primera vez interacción directa y sistemática con ese Estado.

En el mismo sentido, el apartado que dedicaremos a la Iglesia dentro del Capítulo 5 nos permitirá profundizar en el carácter transversal y complejo que tuvo el fenómeno social que dio origen al nacionalismo. En éste vamos a ver cómo la práctica del cristianismo católico no operó tanto como una herencia, que las élites adoptaron sin más, sino, por el contrario, fue un ejercicio consciente y político. Un fenómeno que dentro de las clases dominantes se manifestó mayormente como una disputa entre los sectores laicistas y los confesionales, donde los segundos no siempre resultaron ganadores y muchas veces se apoyaron en la movilización de las masas populares, pero que, a su vez, estuvo entramado con un proceso global de resignificación del lugar histórico de la evangelización americana.

Finalmente, y como producto del análisis de los puntos anteriores, vamos a abordar la dimensión de los no-sujetos: Aquellos actores que fueron borrados del paisaje de diversidad y sobre cuyos cuerpos se inscribieron los atributos simbólicos, culturales y gastronómicos, que construyeron la nación argentina. En este último apartado, vamos a desarrollar específicamente lo que implicó la “ciudadanización del indio” (Quijada, 2011), sin olvidar que hubo otras alteridades que quedaron subsumidas, subalternizadas o, simplemente, desaparecidas, bajo la identidad hegemónica que impuso el nacionalismo. Así, esperamos poder cerrar con claridad cómo es que la Nación y el Estado moderno en Argentina se

transformaron en una máquina de clonación (Segato, 2007), que privó a nuestro recetario popular de cualquier referencia fácilmente asequible a cualquier diversidad, social y culinaria, no europea, masculina y cristiana.

Finalmente, en las Conclusiones de nuestra tesis, vamos a revisar hasta qué punto fueron debidamente respondidas nuestras preguntas iniciales y a desplegar algunas líneas a futuro, no sólo de cara a nuevas investigaciones, sino, más bien, pensando políticamente nuestras formas de comer y cocinar.

CAPÍTULO 1: Tema problema.

1.1) Definición del tema de investigación

Nuestro objetivo en esta tesis es abordar la relación entre los discursos sobre formas de comer y cocinar en la segunda mitad del Siglo XIX con la emergencia de imaginarios nacionales en Argentina, particularmente en Buenos Aires, en ese período, desde una mirada marxista que recupere los aportes del pensamiento de Antonio Gramsci. Para ello, partimos de las siguientes preguntas generales: ¿Existe algo que podamos llamar “Cocina Argentina”? ¿Es posible pensar en una cocina, entendida como un sistema de alimentos, sin un contexto social y cultural que la defina? Si la cocina es un lenguaje (Montanari, 2006) ¿no es indispensable situarla dentro de un marco de significación? Desde otro punto de vista ¿es posible pensar la Nación, entendida como una identidad colectiva, o, en términos de Anderson (1993), como una *comunidad imaginada*, sin tener en cuenta uno de los actos más fundamentales para la reproducción de la vida humana como es la alimentación?

Más específicamente, nos interesa responder cómo fueron los procesos hegemónicos que llevaron a que se constituyeran ciertas formas culinarias, tendientes a la producción y reproducción de jerarquías sociales, políticas, económicas, étnicas y sexuales. Sobre esto, cuáles fueron los actores involucrados y los contextos históricos nacionales e internacionales que incidieron; cómo fueron los fenómenos de inclusión y exclusión que llevaron a que se incorporaran ciertos elementos por sobre otros en la construcción de un

recetario nacional en este período; y, finalmente, cómo ese padrón hegemónico de alimentación se inscribió en los sujetos individuales y colectivos concretos.

Entendemos que, hasta el momento, tanto para la Antropología como para la Historia, este período ha suscitado poca atención en lo referente a la historia social de la comida en Argentina, mucho más desarrollada en lo que refiere al periodo colonial, hasta los primeros años de independencia (primera mitad del siglo XIX), y en las primeras décadas del siglo XX, cuando hacen su aparición los grandes medios de comunicación y se desarrolla toda una industria del recetario (Silveira, 2005; Álvarez, 2011; Aguirre, 2016). Desde nuestro punto de vista, esto se debe, fundamentalmente, a dos fenómenos: por un lado, la ausencia de fuentes específicamente culinarias, bien documentadas y sistematizadas, algo que, hasta cierto punto, desde la arqueología se ha subsanado con el análisis de restos de cultura material (Babot, Marschoff y Pazzarelli, 2012), pero que aún tiene deudas con el abordaje socio-histórico del proceso vertical de discursos gastronómicos y patrones de alimentación; y, por el otro, por la hiperdimensión que ha tomado un recetario específico para los estudios sobre cocina en Argentina, *El libro de Doña Petrona* de Petrona C. de Gandulfo (1934).

El libro de Doña Petrona ha sido la piedra angular para pensar la cocina argentina del Siglo XX y, debido a su permanencia mediática, vigencia comercial¹ e instalación como ícono pop, sigue siendo atractivo para investigaciones de las áreas más diversas, como ser la antropología, la bibliotecología, la historia y la literatura. Sin embargo, creemos que es necesario apartarnos de esos lugares tantas veces visitados y alumbrar un periodo plagado de dudas.

¹En Argentina, el único libro más vendido en toda su historia es la Biblia.

Por ello, reponer la vista sobre el período que va desde la Batalla de Caseros (1852) hasta la ley Sáenz Peña (1912) no es azaroso. Este período, marca un punto de quiebre para la emergencia del Estado moderno en Argentina y es donde se constituyen los puntales de la idea de *Nación* (Oszlak, 1982; Halperin Donghi, 2005; Segato, 2007; Trincherro, 2007)

Nuestra hipótesis es que existe un estrecho vínculo entre el modelo agroexportador, el modelo político de administración del territorio (la República) y las representaciones sobre la cocina. A su vez, sostenemos que la identidad nacional argentina se ha imbricado con los imaginarios y los rituales colectivos que funda y reproduce la religión católica. Por tanto, creemos que esta combinación de elementos económicos, sociales y culturales ha sido la argamasa sobre la cual se construyó un imaginario nacional en torno a la cocina, especialmente representado por la comida más arquetípica de la nacionalidad argentina: el asado.

Nuestro objeto, entonces, va a ser la cocina, entendida como aquellos alimentos preparados que un grupo considera típicos o representativos (Díaz Córdova, 2010), en la forma en que es presentada por los propios actores. No nos planteamos contrastar las formas materiales en que se consumían alimentos (patrón alimentario), sino las formas en que estos son utilizados como marcadores socioculturales de identificación y diferencia.

Para poder contrastar nuestra hipótesis, nos propondremos revisar fuentes primarias y secundarias de la época: Recetarios, relatos de vida cotidiana, textos políticos, documentos oficiales y notas de prensa gráfica. En este sentido, es importante decir desde ya que ésta metodología marca un límite, ya que sólo podremos acceder a las voces de quienes tuvieron

acceso a estos medios, por lo cual nos dará una visión sesgada de algunos actores pertenecientes a la oligarquía nacional, principalmente porteña.

Ahora bien, como fue expresado más arriba, nuestra intención es indagar en el proceso vertical de generación de imaginarios nacionales (algo sobre lo que volveremos varias veces a lo largo de este trabajo) y para ello necesitamos poder identificar a los actores involucrados, caracterizar históricamente su emergencia, consolidación y declive, dar cuenta de las tensiones y disputas al interior de los grupos dominantes y con sectores subalternos, y poner en relación los intereses de éstos grupos el objeto que a nosotros nos interesa, la cocina. Por tanto, no aspiramos a agotar el tema en este trabajo, sino aportar una visión histórico-antropológica sobre un proceso sumamente complejo y que tiene resonancia hasta nuestros días.

1.2) Compromiso y distanciamiento

Considero importante hacer evidente el modo en que mi vinculación con el tema de investigación, a través de diferentes ámbitos, ha implicado cierto involucramiento. Como plantea Rockwell (2009), creo que la reflexión sobre dicha influencia en el proceso de la investigación resulta indispensable para “un buen análisis etnográfico” o, como es mi caso, un análisis desde la antropología histórica. A su vez, la puesta en valor de este vínculo es necesaria en la medida en que me constituye como investigador e implica lo fundamental de un permanente “proceso reflexivo” para que se pueda generar conocimiento crítico (Bourdieu y Wacquant, 1995).

La vinculación con mi tema de investigación comienza con mi primera carrera en el año 2008, cuando finalicé mis estudios como Técnico Superior en Gastronomía, en el Instituto

Superior en Gastronomía de la ciudad de Trelew, Chubut. Ese mismo año, comencé un viaje personal y profesional por Chile y Perú, que me llevó a tener la oportunidad, en el 2009, de dictar los cursos de Historia de la Gastronomía y Cocina Latinoamericana en el Centro de Altos Estudios Empresariales “SANTA MARÍA REYNA” en Tacna, Perú. Allí, a partir del armado de las clases y el diálogo con colegas cocineros y cocineras que compartían mis inquietudes por el aspecto más social de la comida, comencé a sistematizar mis lecturas y tomé la decisión de iniciar mis estudios en Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires, particularmente influenciado por dos libros que forman parte de la bibliografía de consulta y fuentes de este trabajo: *Cocina Ecléctica* de Juana Manuela Gorriti y *A La Mesa, ritos y retos de la alimentación argentina* de Marcelo Álvarez y Luisa Pinotti.

Entre los cocineros y cocineras latinoamericanos preocupados por el devenir de nuestras cocinas regionales, el libro de Gorriti es una referencia invaluable. Una experiencia prácticamente inédita y precursora de compilación de recetas, que pintan cuadros de platos y rituales de la comida de una época grandiosa en su significación histórica pero, por momentos, tan lejana en la cotidianidad de la gastronomía profesional, aturdida de *foodtrucks, ramen, kale, helados de autor* y demás modas pasajeras. Pero, en lo personal siempre me llamó la atención algo más de ese libro: ¿por qué quiso hacer un recetario? ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué decidió que su cocina se llamara *Ecléctica*? ¿Qué tan extremo y contradictoria en las recetas que quería contar Gorriti que necesitaba de un eclecticismo gastronómico? ¿Por qué, si tenemos uno de los recetarios editados para el público masivo más antiguos del continente, seguimos diciendo que no tenemos cocina (como la “cocina francesa” o la “cocina mexicana”)?

Por su parte, el libro de Álvarez y Pinotti (2000), escrito de una forma maravillosamente amena y accesible a quienes no teníamos ningún conocimiento previo sobre la antropología, me llevaba a algunas respuestas y a nuevas preguntas: ¿Por qué no podemos abrazar nuestra biodiversidad? Si existen las semillas, a pesar del monocultivo; si existe el conocimiento técnico para producir y cocinar; si todavía existen el suelo, los comensales, las ollas ¿Por qué tenemos que intentar comer todos lo mismo, yendo contra las necesidades de la tierra, de los saberes y de los sabores? Todo esto me llevó a pensar el vínculo de intrínseca necesidad entre la historia, la política y nuestro lugar como profesionales. Entré a la carrera de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA con estas dudas en el 2011, las cuales atravesaron todo mi tránsito por el ciclo de grado.

Formé parte de la representación por Mayoría de Estudiantes de la Junta Departamental de Antropología por 2 años (2013-2014) y del comité editorial de la revista “QueHaceres” del Departamento, así como del Centro de Estudiantes de la FFyL. Actualmente, formo parte del Grupo de Estudios socioantropológicos sobre Alimentación y Problemas Contemporáneos de la Universidad de San Martín, mientras mantengo mi trabajo como profesional gastronómico. Creo que estas múltiples pertenencias, así como la estrechez y lejanías entre ellas, me ayudaron a definir mi objeto de estudio en varios sentidos.

En primer lugar, porque creo firmemente en que nos relacionamos con nuestro objeto de estudio a partir de una aproximación empática. No investigamos sobre cosas que nos son absolutamente ajenas, sino con las que nos interpelan, nos incomodan, nos generan dudas, nos llaman la atención en sus constancias y en sus contradicciones. Eso es para mí la cocina. Eso es desde que mi abuela me acercó a su mesada cuando era chiquito. Es el

acercamiento a una de las cosas más íntimas de nuestra vida, pero también la que me genera más dudas sobre el todo, sobre la historia, sobre la sociedad, la cultura, la política, la economía, sobre lo dicho, sobre lo no dicho.

Nunca quise ser otra cosa más que cocinero y es siendo eso que me convertí en antropólogo, y ese pasaje personal a acortar mi objeto en otro sentido: ¿Para qué investigamos? ¿Para quién? ¿En qué contexto? ¿Bajo qué condiciones?

Tengo un conflicto con el objeto de la antropología desde que comencé a conocerla. Me cuesta armonizar la preocupación social que declaran muchos trabajos de nuestra disciplina con la mirada permanente sobre otro subalternizado. Con esto no niego que haya compañeros, compañeras y colegas que hagan maravillosos trabajos sobre sectores sociales postergados o que la aplicación de los conocimientos construidos en esas prácticas de antropología no se traduzca en un beneficio en última instancia para ese grupo. Pero, tengo la sensación de que aún necesitamos entender mejor las dinámicas del poder desde el lugar donde se ejercita ese poder.

Sé que es difícil y hasta contradictorio con la aproximación empática que planteaba más arriba, ya que es un sumamente contradictorio e incómodo para científico comprometido o comprometida con el cambio radical de nuestra sociedad siquiera pensar la posibilidad de construir un vínculo de proximidad, incluso, afectivo con una persona o grupo que en los hechos es agente de opresión(es). Sin embargo, la posibilidad de construir proyectos políticos y científicos alternativos radica en correr los riesgos de nuestras comodidades, de cuestionar nuestras seguridades, de *deconstruirnos* en el sentido que plantea Derrida (1997).

Como dice Brecht cuando se refiere a sus *Cinco dificultades para decir la verdad*: “¿De qué sirve escribir valientemente que nos hundimos en la barbarie si no explicamos claramente por qué?” (1963, 3)

Hacer antropología, hacer ciencia, pocas veces fue tan difícil y tan necesario como ahora. Por tanto, no puedo desconocer el momento histórico de producción de esta tesis, porque sería como pedirle algo a mi material de investigación que no estoy dispuesto a aplicar en mi trabajo. Cuando los discursos hegemónicos plantean una agenda que recuerda al *fin de la historia*, mientras los nacionalismos y fascismos crecen como únicos discursos de confrontación al globalismo neoliberal, y se despliegan un sinfín de nuevas y viejas formas de violencia, los y las antropólogos no estamos ajenos. Nos atraviesa esta realidad, porque habitamos este mundo, porque a nosotros y nosotras también nos ajustan y nos agreden por nuestro género, en tanto trabajadores y latinoamericanos.

Pero, también, podemos formar parte de la resistencia y la transformación. De los cuerpos movilizados y las consciencias críticas. De la generación que se pregunté “cómo llegamos acá” para pensar cómo cambiarlo.

Como se ve en este trabajo, por mi parte he elegido comenzar por la cocina, a sabiendas de que muchas de las cosas hasta aquí enunciadas van a quedar a una enorme distancia. Pero, este es el ámbito donde más conozco, donde creo que puedo hacer mi mejor aporte para entender algunas de las dinámicas del poder, en el cual creo que hay aún más lugares oscuros por donde indagar. Y quizás, finalmente, donde pueda canalizar algunas de las dudas que me acompañan desde que elegí la cocina como profesión y sirvan a otro y otras para construir salidas colectivas para los problemas globales.

Hasta aquí se ha definido el tema de investigación de este trabajo como el vínculo entre los discursos entorno a formas de comer y cocinar en la segunda mitad del Siglo XIX en Buenos Aires con la emergencia de imaginarios nacionales en ese período; se plantearon las razones por las cuales ese tema es considerado un área de vacancia; y se detallaron el objeto y los objetivos del proyecto de investigación. La hipótesis propuesta ha sido que hay una estrecha relación entre el modelo productivo, el modelo político administrativo del Estado y la herencia cultural cristiana en la constitución de imaginarios culinarios en la Nación argentina. Finalmente, para enriquecer estas definiciones, se desarrolló cuál ha sido el trayecto que llevó a formular el tema y los márgenes de la investigación. Lo siguiente será desarrollar los lineamientos teóricos sobre los cuales se enmarcará el trabajo.

CAPITULO 2: Antecedentes y Marco Teórico

En el presente capítulo vamos a desarrollar los antecedentes y el marco teórico de nuestro trabajo de investigación, en el cual nos proponemos repensar el lugar que ocupa lo culinario en la generación de imaginarios nacionales. Para tal fin, hemos definido tres ejes a desarrollar: Antropología y Cocina, Estudios sobre la formación de la Nación en Argentina y Hegemonía y Cocina.

En el primero de estos apartados intentaremos recuperar los trabajos de antropología alimentaria en Argentina y algunos antecedentes internacionales, que nos han permitido definir la relación entre hecho alimentario y otros procesos sociales para así poder clarificar a qué nos referimos con el concepto de Cocina y cuáles son los elementos que nos permiten pensar en una cocina en términos nación. Luego, daremos cuenta de la agencia de los comensales en los procesos de patrimonialización gastronómica y de cómo la existencia de un género editorial específico, como los libros de cocina, puede ayudar a desentramar la mecánica de gestación de un discurso nacionalista. En un segundo apartado, vamos a definir los márgenes del problema analítico que significa la Nación y el nacionalismo, para situar nuestro trabajo en ese campo. Y, finalmente, en el último apartado daremos cuenta de la importancia del concepto de hegemonía para poder relacionar ambos enfoques.

2.1) Antropología y Cocina

Desde finales de los 90' y comienzos de los 2000', la antropología argentina ha abordado seriamente la dimensión cultural, social y económica del hecho alimentario (Álvarez y Pinotti, 1999; Aguirre, 2004; Silveira, 2005). Sin dudas, desde distintos enfoques se ha puesto de relieve que la alimentación es un acto social y cultural, donde la elección y el consumo de alimentos ponen en juego un conjunto de factores ecológicos, históricos, culturales, sociales y económicos, ligados a una red de representaciones, simbolismos y rituales. Comer implica un hecho social complejo que pone en escena un conjunto de movimientos de producción y consumo, tanto material como simbólico. Por tanto, la ingesta de alimentos y los procesos sociales y culturales que lo sustentan, contribuyen a moldear identidades colectivas a la vez que son expresión de relaciones sociales y de poder (Álvarez, 2002).

La alimentación es imprescindible para el mantenimiento de la vida y la reproducción de todo grupo humano. Si bien, en tanto necesidad, es universal, las formas de satisfacerla son diversas. Ante cada elección "natural" (o naturalizada) que realiza un individuo de una sustancia para ser comestible se encuentran implícitas problemáticas sociales muy diversas, que van más allá de lo estrictamente biológico y/o económico. En este sentido, lo que permite clasificar una sustancia permeable a ser digerida por el organismo humano como un alimento es la incorporación de ésta dentro de un sistema de representaciones propias de un determinado grupo social. Estas clasificaciones son siempre relativas, accesibles al cambio a lo largo del tiempo y a la variación de un grupo social a otro. Por esto, nos referiremos a la alimentación como un fenómeno situado, propio de un espacio, un tiempo y una cultura (Aguirre, 2016).

Concretamente, definimos como prácticas alimenticias al conjunto de acciones y relaciones sociales que se estructuran en torno al acto central de ingesta de sustancias alimenticias que puede o no estar relacionado a la perpetuación del organismo vivo (Marschoff, 2010). Como toda práctica social, es la materialización de discursos sociales, que a su vez se encuentran imbricados en discursos más amplios, como dijimos más arriba, propios de una determinada sociedad en un momento dado (Bourdieu, 2010). Es decir que los discursos acerca de la alimentación constituyen un ámbito discursivo particular de estos últimos. Esta relación, entre los discursos particulares de la alimentación y otros discursos vigentes en un momento determinado, hace que el estudio de las prácticas alimenticias sea un ámbito fructífero para analizar aspectos de una sociedad que exceden a la alimentación propiamente dicha. Es decir, que las prácticas alimenticias tienen la propiedad de referir en su materialización a un sinfín de otras conductas (Goody, 1995; Mintz 1996).

En síntesis, podemos decir que la alimentación es un conjunto de prácticas y discursos, los cuales, por medio de la repetición, negación o modificación, se determinan mutuamente. Es por ello que en el acto de preparar un alimento se realiza un proceso de patrimonialización (Álvarez, 2002). Es decir que cuando seleccionamos ingredientes, métodos de cocción, utensilios, condimentos, sobre la base de un conocimiento común aprehendido por los integrantes de un grupo, que identifican al comensal y al cocinero con un pasado, una tradición, se está construyendo esa identidad alimentaria, un patrimonio intangible que estandariza sabores, preparaciones y platos como producto característico y reconocible para un grupo particular. Y ese grupo tenderá a reproducirlo y la inevitable dinámica de la vida social, a cambiarlo (Aguirre, 2016).

En este sentido, aquellos alimentos preparados, que un grupo particular considera típicos o representativos, es lo que Díaz Córdova (2010) denomina “*cocina*”. Esta definición, que es ciertamente conflictiva debido a la polisemia con la que carga la bibliografía antropológica (amén de otras áreas de investigación que también se ocupan de este fenómeno) para referirse al hecho alimentario, nos permite distinguir, por un lado, las categorías analíticas construidas por los investigadores, lo que desde la antropología se denomina “ETIC” y, por el otro, las que provienen de las representaciones que los individuos o grupos formulan sobre sus prácticas, que conocemos como “EMIC”. Claramente, la *cocina* integra esta segunda definición, mientras que podríamos hablar de un patrón alimenticio, para dar cuenta de todo ese otro universo conceptual que depende de las necesidades de la investigación, construido fundamentalmente a partir de frecuencias estadísticas de alimentos, medidos en ingredientes o en nutrientes.

No necesariamente los alimentos que se consideran típicos o representativos son los que realmente se consumen. Sin embargo, justamente lo que nos interesa al conceptualizar a la cocina como categoría EMIC es el valor que se le da a lo comestible, son las representaciones que los individuos tienen de lo que es lo ideal de acuerdo a sus convicciones. En este sentido, para poder incorporar los discursos sobre la alimentación a los análisis sobre la construcción de imaginarios nacionales y viceversa, es necesario recuperar esas voces de los individuos sobre su propia forma de comer y cocinar.

Según Fath y Armelagos (1985), son cuatro elementos los que definen a una cocina: 1) un limitado número de alimentos seleccionados entre los que ofrece el medio (por la facilidad de acceso y utilización de energía); 2) el modo característico de preparar esos alimentos (cortados, cocidos, asados, etc.); 3) los principios de condimentación tradicional del

alimento base de cada conjunto social; y 4) la adopción de un conjunto de reglas relativas al status simbólico de los alimentos, el número de comidas diarias, si las mismas se consuman individual o grupalmente, etc.

A partir de las diversas relaciones de estos cuatro elementos, las cocinas adquieren adjetivación local, clasista, étnica, nacional, etc. En términos “nacionales”, una cocina contiene, fundamentalmente, aquellos alimentos y modos de preparación que son considerados propios o típicos de un determinado país y que constituyen un signo de identidad como grupo social. Es decir, que en el acto de comer se cristalizan estados emocionales e identidades sociales (Álvarez y Pinotti, 2000).

En este punto es interesante volver la vista hacia la acción de los sujetos y cómo dicha agencia constituye un marcador de identidad. Para ello, podríamos recuperar algunos elementos propuestos por Bourdieu (2010) para analizar el *gusto* como un problema sociológico. Para este autor, el qué comemos y cómo lo comemos (y aquí podríamos tender un puente de conexión con el aforismo del gastrónomo francés Brillant-Savarin, ‘*Dime qué comes y te diré quién eres*’) puede decirnos qué lugar ocupamos socialmente, ya que el gusto en sí está socialmente constituido. Sin embargo, no considera que esa capacidad de usar el gusto como indicador se restrinja a los asuntos observados sociológicamente. Sino que todos usamos el gusto como marca de quiénes somos nosotros mismos y de quiénes son los otros. Entonces, Bourdieu complejiza el estudio del gusto, a partir de introducir la práctica y la voluntad de los sujetos como parte del análisis.

El gusto no sería sólo producto e indicador de clase social. El gusto es también una práctica en la cual nos clasificamos. Por supuesto que los sujetos estamos severamente restringidos

en esa capacidad de clasificarnos. Estamos limitados para ascender de una clase social a otra, o para cambiar de sistema de signos que marcan los gustos pertenecientes a una clase particular. Es por tanto que Bourdieu presta especial atención al autodidacta que, por un acto de voluntad, cultiva los gustos específicos de una clase, pero advierte que éste individuo, debido a la ansiedad que le suscita ubicarse en aquella clasificación, constantemente denuncia la arbitrariedad de esas clasificaciones, al punto de ignorar su derecho a ser ignorado.

Tensionando aún más la frontera de dicha agencia, Tobin (2002) nos propone recuperar los aportes de los estudios de género de Judith Butler (1993) y Eve Sedgwick (1993), a partir del modelo de la teatralidad o *performativity*. Sintéticamente, la teoría de la teatralidad que ofrece Butler se interpreta, según la perspectiva de Tobin, como si las categorías de género, y por extensión las de raza y etnicidad, pudieran ponerse y sacarse con facilidad. El género y la etnia, entonces, son entendidas como categorías susceptibles de ser modificadas a voluntad. En base a esto, Tobin sugiere que la teatralidad en la gastronomía norteamericana refleja la “*prepotencia yanqui*”. Recuperando algunos de los postulados de bell hooks (2000), Tobin va a decir que los miembros de la clase blanca y privilegiada de los EEUU suelen re-inventarse gastronómicamente. Esto se traduce en que el racismo blanco, el imperialismo y la dominación del sistema patriarcal predominan a través del consumo prepotente, donde es “*comiéndose al Otro*” que uno afirma su poder y sus privilegios. La puesta en escena se da cuando ese comerse al otro se hace meditadamente, como si al consumir las cocinas tailandesa o mexicana los platos debieran ser saboreados tan picantes como los mismos mexicanos o tailandeses las comen.

Según Tobin, en Argentina la única preparación que pareciera tener el status de plato nacional y esa actitud performativa es el asado. Como marcador de identidad, el asado es una manera “argentina” de establecer y reforzar lazos. A su vez, como símbolo de identidad nacional, fuertemente patriarcal y machista en su núcleo denso, el asado también privilegia a los varones por sobre las mujeres. En la misma línea, Aguirre (1999), quien es pionera y una de las autoras más prolíficas en esta materia, plantea que en una sociedad con una herencia machista tan fuerte como la nuestra, el manejo del fuego, la carne y el gran cuchillo, son patrimonio exclusivo y excluyente de la masculinidad.

En este sentido, si bien desde los albores de la colonia, en la estructura de costos del consumidor rioplatense la carne vacuna se encontraba dentro del rango de “costo barato” y fue siempre consumida muy por encima de otros alimentos equivalentes (Silveira, 2005), sus efectos en la dimensión identitaria son de enorme trascendencia, ya que, como plantea Natalia Milaneso (2014), el consumo es una experiencia sociocultural subjetiva que individuos y grupos emplean para validar o crear identidades, expresarse, diferenciarse de otros, establecer formas de pertenencia y estatus social.

Particularmente, en las últimas décadas del Siglo XIX, período sobre el cual vamos a trabajar detenidamente en los capítulos 4 y 5 de esta tesis, Remedi (2017) plantea que Argentina experimentó un proceso de modernización que involucró transformaciones en la economía, la sociedad, la cultura y la política. Esta modernización estuvo asociada a la emergencia de una modernidad alimentaria, europeizante, materializada en dos dinámicas de cambio de consumo: una implicó el afrancesamiento de los hábitos de consumo de los sectores de la clase acomodada y, la otra, un intercambio recíproco entre los sectores populares nativos y los colectivos migrantes. El autor advierte que ambos procesos tuvieron

sus limitaciones y que, en el caso de las élites, implicó la emergencia de una *diglosia culinaria*, resultado de la coexistencia de una *endococina*, criolla para la familia y colaciones corrientes, y una *exococina* afrancesada para ocasiones especiales y espacios públicos que eran privilegiados para la exaltación y diferenciación.

Quizás, para complejizar un poco más la visión sobre las divisiones al interior de la cocina argentina, conviene retomar una vez más la propuesta de Tobin (2002), en términos de otra forma de diferenciación que él propone: entre una cocina fundada en los libros de cocina, vinculada a lo hogareño y femenino, y, otra, predominantemente de varones, la cual, salvo raras excepciones, no se trasmite por vía escrita. Pensando en ésta última división, que será revisitada a lo largo de esta tesis, es interesante pensar cómo ha sido el abordaje de los libros de cocina.

Los libros de cocina y su contribución a la formación de identidades nacionales es el tema central que aborda el antropólogo hindi-americano, Arjun Appadurai (1983), en su trabajo *HowtoMake a NationalCuisine: Cookbooks in Contemporary India*. En éste, Appadurai sostiene que los libros de cocina funcionan creando comunidades nacionales, reflejando una dinámica similar a la que había sido advertida por Benedict Anderson (1993) al pensar el concepto de *capitalismo impreso*.

En base al ejemplo citado por Anderson, diarios de tirada masiva que contenían noticias provenientes de distintas territorialidades unificadas bajo la idea de Nación, Appadurai observa que, en la India, para las amas de casa de las clases altas, los libros de cocina contribuyen a la formación de identidad nacional, al incluir recetas de todo el subcontinente hindú. Él sostiene que estos libros (escritos en inglés), entre otras cosas, alientan la

nostalgia de los migrantes profesionales, tanto en la India como en el exterior, de esas élites que van a tener la tarea de erigir un Estado postcolonial y construir una narrativa de unidad, integridad y tradición nacional. Algo que también podríamos pensar en el contexto latinoamericano.

En esta línea, la relación entre la construcción de la nacionalidad en los Estados post coloniales emergentes en el siglo XIX y lo culinario, para México en primer lugar, pero con conexiones claras con otros procesos en el continente, fue abordada por Sarah Bak-Geller (2009, 2013), quien propuso evidenciar la dimensión política de las prácticas y los discursos gastronómicos, para así poder pensar el fenómeno de la nación moderna desde la comida. Para tal fin, se vale de un meticuloso análisis de los primeros recetarios mexicanos examinando 3 variables: la creación de un repertorio de ingredientes y platillos “nacionales”, la articulación de un nuevo lenguaje culinario referido a una nueva nación y la introducción de un pasado histórico que le proporciona a ella una dimensión de autenticidad y tradición. Así, Bak-Geller observa que los primeros recetarios mexicanos representan una vanguardia en el género editorial del libro de cocina y que el poder de abstracción, centralización, estandarización y normativización de esos libros de recetas en español publicados por editores franceses, fue sustancial para la existencia de una cocina nacional. Fue así que la localidad se pensó región, que la élite se concibió mexicana y que la receta recién creada se afirmó “tradicional”.

En Argentina, desde hace un tiempo se está revisando la existencia de literatura culinaria desarrollada especialmente desde fines del siglo XIX (Álvarez, 2011a). Lamentablemente, no existe documentación suficiente y precisa que permita reconstruir la perspectiva culinaria antes del siglo en cuestión (como puede ser en el caso de los archivos franceses y

mexicanos). Con lo cual, la descripción de hábitos alimentarios y menús aparece matizada en el registro de viajeros y memorialistas.

Varios autores se han ocupado de remarcar el hecho de que las campañas de alfabetización que estuvieron en la base del proyecto modernizador iniciado durante el último cuarto del siglo XIX ensancharon notablemente el universo de lectores; es por ello que, además de una amplia difusión de revistas y folletines, los libros de cocina tuvieron una gran aceptación no sólo entre los sectores acomodados sino entre el nuevo público constituido por las amas de casa de la incipiente clase media (Álvarez, 2011b). Sin embargo, *La Cocina de Ecléctica* de Juana Manuela Gorriti, publicado en 1890, no constituía (ni pretendía serlo) una representación del canon culinario “nacional”, sino, más bien, un ejercicio que implica a una comunidad de mujeres de clase alta, mayormente latinoamericanas, empeñadas en dar a conocer “*los frutos de la ciencia más conveniente a la mujer*”. Consecuentemente, otros recetarios de circulación en ese período, como “*La Perfecta Cocinera Criolla*”, de Teófila Benavente, y “*La Cocinera Criolla*”, de Marta de la ciudad de Santa Fe, reflejan una identidad culinaria que es una suma de partes, donde contrastan recetas de origen francés, alemán, inglés, norteamericana, entre otras, con platos de filiación hispanocriolla. Es por tanto que, para situar correctamente los discursos gastronómicos en este período, debemos volver a comprender las particularidades del proceso de construcción de la “argentinidad”.

2.2) Estudios sobre la construcción de la Nación argentina

Para comenzar a caracterizar a qué nos referimos con los conceptos de Nación y nacionalismo es ineludible comenzar por uno de los textos fundamentales en esta materia: *Comunidades Imaginadas*² de Anderson (1993).

En este trabajo, Anderson parte de afirmar que las naciones no fueron el producto de condiciones sociológicas dadas (como la lengua, la raza o, incluso, la religión), sino que fueron imaginadas en su existencia y que, la nacionalidad, al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales, propiedad de una clase particular. En este sentido, lo que intentará demostrar es cómo la creación de estos artefactos fue el resultado de un cruce complejo de fuerzas históricas discretas; pero que, una vez creados, se volvieron “modulares”, capaces de ser trasplantados, con grados variables de autoconciencia, a una gran diversidad de terrenos sociales, de mezclarse con una diversidad correspondientemente amplia de constelaciones políticas e ideológicas; y llegar a dilucidar por qué han generado apegos tan profundos (Anderson, 1993).

Para ello, Anderson sugiere definir instrumentalmente a la nación cómo “una comunidad imaginada como inherentemente limitada y soberana³”. Esto es: *Imaginada*, porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocen jamás a la mayoría de sus compatriotas, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión; *limitada*, porque incluso la mayor de ellas tienen fronteras finitas, aunque elásticas, nada más allá de las cuales se encuentran otras naciones; *Soberana*, porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico

² El título original es *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Anderson, 1983).

³Op. cit. pp. 21

jerárquico, divinamente ordenado; y, finalmente, se imagina como una *Comunidad*, porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal, y es, en última instancia, esta fraternidad la que explica que tantas personas estén dispuestas a morir por ella.

En este sentido, Anderson propone considerar las raíces culturales del nacionalismo, con la muerte como la última de toda una gama de fatalidades. Ya que, a diferencia del marxismo o el liberalismo, este “ismo” se preocupa profundamente por la inmortalidad, lo cual sugiere una fuerte afinidad con imaginarios religiosos.

Según este autor, el gran mérito de las concepciones religiosas del mundo ha sido su preocupación por el ser humano, el cosmos y la contingencia de la vida. La supervivencia de distintas formas de vida religiosa en centenares de sociedades diferentes, revela su respuesta imaginativa a la carga aplastante del sufrimiento humano. Esto es esencial, dado que Anderson vincula la emergencia del nacionalismo, a finales del siglo XVIII, con el crepúsculo del pensamiento religioso en Europa.

Con el reflujó de las creencias religiosas, en el siglo de la Ilustración, del secularismo racionalista, no desapareció el sufrimiento que formaba parte de ellas. Lo que se requería era, entonces, una transformación secular de la fatalidad en continuidad, de la contingencia en significado. Si los Estados nacionales pueden ser concebidos como “nuevos” o “históricos”, las naciones a las que dan una expresión política presumen un pasado inmemorial, y presumen un futuro ilimitado. La gestación del nacionalismo fue así la conversión del azar en destino. Con esto, Anderson nos propone pensar el nacionalismo

alineado con los grandes sistemas culturales que lo precedieron, y de donde surgió por oposición.

Ahora bien, nuestro autor sitúa el auge de este tipo de comunidad en el contexto de retracción de otras formas de comunión como las comunidades religiosas y los reinos, pero, también, la vincula con el surgimiento de lo que el autor denomina “capitalismo impreso”, institución por medio de la cual la nación tomaría forma concreta en la modernidad. A su vez, también afirmó que la experiencia histórica del nacionalismo en Europa Occidental, en América y en Rusia proporcionó a los posteriores nacionalismos un conjunto de formatos modulares de los cuales las élites africanas y asiáticas escogieron los que prefirieron. Así, Anderson trata de abordar el fenómeno del nacionalismo como parte de la historia universal del mundo moderno, engranado una argumentación cultural, económica y política del proceso.

Sin embargo, Partha Chatterjee propone una perspectiva disidente en este último punto: “Si los nacionalismos en el resto del mundo tenían que escoger su comunidad imaginada entre ciertos formatos modulares que Europa y América les proporcionaban, entonces ¿qué se les dejaba imaginar?” (Chatterjee, 1996). En base a la evidencia de los nacionalismos anticoloniales, Chatterjee plantea que la fuerza y la creatividad de la imaginación nacionalista en Asia y África radica, no solamente en una identidad, sino, más bien, en una diferencia con los formatos modulares de las sociedades nacionales propagadas por el Occidente moderno. Según la lectura que hace este autor, el anticolonialismo forja su propio espacio de soberanía dentro de la sociedad colonial, mucho antes de iniciar la lucha política dentro del poder imperial.

Esta soberanía nace dividiendo el mundo de las instituciones y las prácticas políticas en dos campos: 1) El material (o “exterior”), el de la economía, la ciencia y el Estado, donde Occidente ha ratificado su superioridad y Oriente intenta cuidadosamente imitarlos; y 2) el espiritual (o “interior”), que apunta a los aspectos esenciales de la identidad cultural. Entre más se triunfe en imitar los logros occidentales en el campo material, mayor es entonces la necesidad de preservar las características de la propia cultura espiritual.

El Estado colonial se mantiene fuera del campo “interior” de la cultura nacional, pero eso no quiere decir que el llamado campo espiritual permanezca inalterable. De hecho, desde allí el nacionalismo lanza su proyecto más poderoso, creativo e históricamente significativo: modelar una cultura “moderna” nacional que no es de ninguna manera occidental. Si la nación es una comunidad imaginada, es aquí donde empieza a presentar una razón de ser. Este es su verdadero y básico espacio, la nación ya es soberana aun cuando el Estado siga en manos del poder colonial.

Esta perspectiva, nos invita a considerar la densidad de las diferencias culturales emergentes de antagonismos históricos complejos en cada nación y en cada región, que hacen, por ejemplo, que la percepción de negritud o de indianidad en cada país varíe en función de lógicas históricas propias (Segato, 2007).

En función de nuestro trabajo, si Anderson nos aportó una conceptualización de la Nación como una comunidad históricamente imaginada, la polémica introducida por Chatterjee nos lleva a pensar cómo son las dinámicas internas a esos imaginarios que hacen que sean modificados a través del tiempo y en distintos espacios. Ahora, necesitamos ir un poco más allá.

Adhiriendo a la línea crítica propuesta por Chatterjee, Rita Segato (2007) nos habla de “formación nacional”. Este concepto llama la atención sobre el hecho de que los procesos de otrificación, racialización y etnitización propios de la construcción de los Estados nacionales emanan de una historia que transcurre dentro de los confines, y al mismo tiempo plasma el paisaje geográfico y humano de cada país. A su vez, esto resulta en una formación imaginaria de ese “paisaje”, captado a veces en pinturas históricas, relatos novelados de la vida cotidiana y paisajismos artísticos. Es por eso que llama “alteridades históricas” a los perfiles humanos que resultan de ese proceso y enfatiza su emergencia situada en la localidad, en la región y, sobretodo, en la nación. El trazado de líneas de fractura propias de procesos históricos particulares configuran la matriz de producción de diferencia que Segato llama “formaciones nacionales de alteridad⁴”.

Ahora bien, en el caso de Argentina, como señala Claudia Briones (2005), vale aclarar que, a pesar del peso e incidencia uniforme de las políticas del Estado federal y de las construcciones de alteridad hegemónicas en arenas nacionales, distintos estados provinciales parecen haber ido “copiando con diferencias” estos lineamientos, desde formas históricamente específicas de inscribir no sólo la relación *provincia/nación*, sino también la relación *provincia/alteridades* internas.⁵

En Argentina, las fronteras provinciales (económicas, sociales, políticas e identitarias) emergen, se resignifican y se disputan en y a través de prácticas complejas de

⁴Segato, Rita 2007. La Nación y sus otros. raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de Identidad. Buenos Aires, Prometeo. pp.28

⁵ Briones hace esta caracterización refiriéndose específicamente a las políticas destinadas a las poblaciones indígenas en el territorio argentino. Sin embargo, a los fines de nuestra argumentación, nos es muy útil para delimitar los alcances y limitaciones que tiene hablar de “imaginarios nacionales” en un país vasto como el nuestro.

incorporación/subordinación de la “provincia” y sus “sujetos” a la nación como Estado. Cada “provincia” es una construcción histórica problemática que, yendo más allá de una mera instancia jurídico-administrativa y una geografía naturalizada, deviene, en un nivel crítico de lectura, en alteridades situadas⁶.

Como plantea Trincherro (2003) la narrativa hegemónica que da sentido y coherencia a la Nación en Argentina se basa en la invisibilización del etnocidio que le dio origen al Estado moderno. Sin embargo, siguiendo a Segato (2007), podemos decir que todo Estado nacional es otrificador, es alterofílico y alterofóbico simultáneamente. Se vale de la instalación de sus otros para entronizarse, y cualquier proceso político debe ser comprendido a partir de ese fenómeno vertical de gestación del conjunto entero y del arrinconamiento de las identidades “residuales” o “periféricas” de la nación.

Pensado en ese eje vertical de gestación de la Nación y la agencia de las élites criollas a finales del periodo decimonónico y en la primera década del siglo XX, nos resulta interesante recuperar los aportes de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (2016). Estos autores, en una serie de artículos colaborativos elaborados entre 1977 y 1981, que fueron reunidos por primera vez en 1983 bajo el nombre “Ensayos Argentinos: De Sarmiento a la vanguardia”, abordaron desde la perspectiva de la sociología literaria el problema de la emergencia del campo intelectual argentino. En estos trabajos, Altamirano y Sarlo van a torcer y expandir el concepto de campo intelectual elaborado por Pierre Bourdieu⁷ para

⁶ Este tipo de construcción de identidad provincial heterogénea, en el caso del consumo alimentario, ha sido ampliamente abordado por Fernando J. Remedi (2005), a partir del caso de la provincia de Córdoba entre los años 1870 y 1930.

⁷Sobre este concepto véase Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en J. Pouillon y otros, *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967. Dice Bourdieu: “A medida que los campos de la actividad humana se diferenciaban, un orden propiamente intelectual, dominado por un tipo particular de legitimidad, se definía por oposici[on al poder económico, al poder político y al poder religioso, es decir, a

apropiarlo y reunir en torno a él la constelación de rasgos que lo constituyen como fenómeno particular y no como mera realización local de las ideas europeas (Altamirano y Sarlo, 2016). La colocación periférica de una cultura respecto de otra considerada paradigmática, en este caso la argentina respecto de la europea, y la cuestión de la identidad nacional como tema y como problema, cargados a su vez de valencias sociales y políticas, son extraños al modelo de campo elaborado por Bourdieu, pero eran rasgos constitutivos del campo intelectual argentino y este, por lo tanto, según Altamirano y Sarlo, no podía ser realmente aprehendido prescindiendo de ellos.

En efecto, lo que se impuso en éstos trabajos es la complejidad y la heterogeneidad que constituye a la élite criolla, no sólo intergeneracionalmente, sino atravesada por delimitaciones étnicas, económicas y políticas. Una élite consciente de sí, de las tareas históricas que se proponía, que, bajo la gestión de la llamada generación del ochenta – liberal en su forma institucional y oligárquica en su funcionamiento efectivo- , había motorizado una profunda modificación de las relaciones económicas y de la estructura social, así como un acelerado proceso de urbanización, principalmente en Buenos Aires y el área litoral, regimentado bajo la custodia de sus componentes básicos: la gran propiedad terrateniente y su aliado, el imperialismo británico (Altamirano y Sarlo, 2016).

2.3) Hegemonía y cocina

Como fue planteado en Capítulo 1, nuestro objetivo es poder problematizar el lugar que ocupa la cocina en la construcción de imaginarios nacionales, sobre lo cual hemos

todas las instancias que podían pretender legislar en materia de cultura en nombre del poder o de una autoridad que no fuera propiamente intelectual” P. 136.

propuesto que existe un estrecho vínculo entre el modelo agroexportador, el modelo político de administración del territorio (la República) y las representaciones sobre la cocina. A su vez, sostenemos que la identidad nacional argentina se ha imbricado con los imaginarios y los rituales colectivos que funda y reproduce la religión católica. Por tanto, creemos esta combinación de elementos económicos, sociales y culturales han sido la argamasa sobre la cual se construyó un imaginario nacional en torno a las formas de comer y cocinar, especialmente representado por la comida más arquetípica de la nacionalidad argentina: el asado. Sin embargo, planteamos que este proceso no ha estado libre de disputas y “negociaciones”, y es por ello que creemos que el concepto que mejor se ajusta para dar cuenta de esa complejidad es el de hegemonía.

En los años 20, el pensador y político italiano, Antonio Gramsci, estudió las formas políticas de dominación en las sociedades modernas y las llamó hegemonía. Este concepto, que definió cómo el modo en que las clases dominantes someten a la clase proletaria, plantea que las clases dominantes, especialmente la burguesía, instalan formas de control social a partir de la economía, la política y, fundamentalmente, la cultura. Según él, la hegemonía se vuelve carne a través del sistema educativo, la religión y los medios de comunicación. A finales del siglo XX, cuando, luego de la caída del bloque soviético, la globalización capitalista intentó romper las fronteras comerciales y culturales en pos de un “nuevo orden mundial”, las ideas de Gramsci retornaron con fuerza, siendo recuperado por diversos movimientos políticos e intelectuales, especialmente en América Latina.

Siguiendo a Segura (2015), la lectura de Gramsci en América Latina permitió adoptar diversas categorías analíticas de su discurso y rebalsar los ámbitos académicos para involucrar a la política y sus lenguajes. Y es así como se introduce un cambio en el

pensamiento para la transformación social: desde la lógica del asalto del poder se pasa a la construcción de nuevos poderes, la lógica de construcción de hegemonía. En nuestro país, a mediados de los 60' esta perspectiva a va a comenzar a generar eco en sectores vinculados al Partido Comunista Argentino, primero como un bien cultural y, luego de la edición de los *Cuadernos de la Cárcel* (1935) por el colectivo editorial *Pasado y Presente* (y de la posterior ruptura del grupo con el PC), ya con acento el rol político que las ideas del pensador italiano para comprender las necesidades de la sociedad para alcanzar su autoconsciencia (Aricó, 2005).

Como plantea Roseberry (2014), para Gramsci la hegemonía era un concepto material y político, que ayudaba a entender las relaciones complejas y dinámicas entre lo dominante y lo popular, o entre la formación del Estado y las formas de acción cotidianas. Es por tanto, que exploramos la hegemonía no como una formación ideológica acabada y monolítica sino como un proceso problemático, disputado y político de dominación y lucha.

¿Qué utilidad tienen, entonces, los análisis de hegemonía o de “procesos hegemónicos”?

Desde nuestra perspectiva, creemos que es clarificador recordar que el principal arquitecto de este concepto lo utilizó, en parte, para analizar el fracaso de la burguesía piamontesa para conducir y conformar un Estado nación unificado (Gramsci, 1981). El valor del concepto para Gramsci, en este caso particular, yacía en iluminar las líneas de división y fragilidad, las alianzas no concretadas y las fracciones de la clase incapaces de hacer que sus intereses particulares parezcan ser los intereses de un colectivo más amplio. Para nosotros, la riqueza del concepto radica en comprender la dinámica de conflicto dentro de las élites criollas; corremos, como proponía Thompson (1973), del corset de la historia estructuralista para entender la relación dialéctica entre los procesos de dominación

cultural, política, institucional, y las formas de explotación económica, en este caso, capitalista y post colonial. Nos permite, a su vez, sacar mayor provecho de las fuentes disponibles sobre la cocina en el Río de la Plata a finales del siglo XIX y articular esta información con otras referidas a los proyectos de Estado.

En definitiva, el mérito particular de esta comprensión del proceso hegemónico radica en el hecho de que ayuda a esbozar un mapa más complejo de un campo de fuerza. A enfocar la atención sobre aquellos lugares de ruptura, aquellas áreas donde no se puede conseguir un marco discursivo común, sirve como puerta de entrada al análisis de un proceso de dominación que moldea tanto al “Estado” como a la “Cultura Popular”. Creemos que no existen dos polos inertes, entre Alta y Baja Cocina, sino que hay un proceso dinámico, donde los grupos subalternos y los dominantes traman alianzas y se modifican uno al otro a lo largo del tiempo.

En síntesis, en éste capítulo hemos visto que la alimentación es un hecho social total (Marschoff, 2010), que en ella se producen y reproducen significantes sociales, políticos, culturales y económicos, y que éstos son apropiados por los sujetos como prácticas de patrimonialización y de producción de sentido. Hemos dicho, a su vez, que esos discursos dialogan otros enunciados de delimitación y de pertenencia étnica, de clase y nacional, que se modifican a lo largo del tiempo y que toman características propias en diferentes lugares. Finalmente, definimos *cocina* como una categoría EMIC, propia de los sujetos, en contraposición a *patrón alimentario*, una categoría fraguada por el/los investigador/es, para luego avanzar en algunas características de lo culinario en la historia social de la comida en Argentina, haciendo hincapié en la particular composición de jerarquías y de la aptitud relativa de los recetarios para nuestro caso particular.

Por su parte, dijimos que tanto la Nación y como el nacionalismo son construcciones históricas y sociales. En este sentido, dimos cuenta del proceso de emergencia de éstos, tanto desde la perspectiva de Anderson como la de Chatterjee, de los puntos de encuentro y los matices entre estos autores, para luego profundizar sobre el fenómeno y dar cuenta de la formación de alteridad interna a la Nación. Por último, tal como lo hicimos en torno a lo culinario y el concepto de *cocina*, fueron abordadas algunas de las particulares del caso de Argentina, prestando especial atención a la emergencia de una élite intelectual a finales del periodo decimonónico y la trascendencia de ésta en la formación de “lo nacional”.

Finalmente, desarrollamos, en forma bastante escueta, un concepto muy complejo como es el de hegemonía, para explicar la aplicabilidad que, entendemos, tiene para abordar lo complejo del vínculo entre la Nación y lo culinario. De este destacamos su dimensión material y política, para poder ponerlo en función del análisis de las tensiones internas a los grupos de la élite criolla, y explicar forma dinámica y dialéctica que tiene todo proceso de dominación.

Ahora, en el siguiente capítulo, vamos a abordar los aspectos metodológicos de nuestro proyecto de investigación, situando nuestro trabajo en la tradición de la antropología histórica y dando cuenta del método de construcción del dato socio-histórico, así como de los alcances y limitaciones de las fuentes consultadas.

CAPÍTULO 3: Aspectos metodológicos.

En el Capítulo 1 de esta tesis hemos desarrollado los principales lineamientos de nuestra investigación: Definición del tema, objetivos generales y específicos, e hipótesis de trabajo. A su vez, dimos cuenta del compromiso y el distanciamiento con nuestro objeto de estudio, haciendo hincapié en cómo nuestra biografía personal y profesional se entrelazan con nuestros intereses científicos e intelectuales. Luego, en el Capítulo 2, abordamos los aspectos teóricos de nuestro trabajo, dando cuenta de los antecedentes y el marco conceptual sobre el cual se enmarca nuestra tesis, centrado en tres ejes problemáticos: La cocina, el nacionalismo y la hegemonía. Ahora, vamos a dar cuenta de los aspectos metodológicos de nuestra investigación. Es por ello que el presente capítulo ha sido dividido en dos partes: En la primera, haremos una veloz revisión de algunos de los autores más importantes que han bregado por un puente entre la antropología y la historia, para enmarcar nuestra investigación dentro de esa tradición y luego, en una segunda instancia, daremos cuenta de los alcances y limitaciones del material con el que hemos trabajado.

La investigación, en tanto construcción de conocimiento, implica relacionar distintas dimensiones de una problemática de modo sistemático y metódico, analizando los procesos que se generan en sus interdependencias y sus relaciones históricas contextuales (Achilli, 2005). La definición metodológica de una investigación supone la intersección de consideraciones tanto empíricas como epistemológicas y teóricas, ya que, como propone Bourdieu (1995), las cuestiones metodológicas no pueden ser escindidas de las premisas teóricas con las cuales se construyen las hipótesis de investigación. En este sentido, el

énfasis no se encuentra en el apego dogmático a ciertas técnicas de recolección de datos o “monoteísmo metodológico”, a la que Giddens (1982) denomina críticamente “consenso ortodoxo”, en tanto tratamiento de lo social de modo análogo a los fenómenos naturales que pone el énfasis en el método vinculado a lo empírico en completa disociación con las opciones teóricas y epistemológicas. Es lo que Achilli (2005) llama “lógica disyuntiva”, en tanto implica una separación/disociación entre diferentes aspectos de la investigación: sujeto cognosciente/objeto de estudio, teoría/hecho empírico. En contraposición con ello, pretendemos avanzar en base a lo que la autora propone como “lógicas complejas/dialécticas”.

Cuando se incorpora una visión dialéctica para abordar la investigación, se parte de la concepción de lo social en tanto complejo, contradictorio y en permanente movimiento. El reconocimiento de esa complejidad implica relacionar diferentes niveles y órdenes de mediación en los procesos sociales, lo social estructural, lo cotidiano y lo institucional, en interacción dialéctica con las experiencias que los sujetos construyen. El proceso de investigación en dicho marco debe ser respetuoso de estas características y, en ese sentido, no puede disociar las cuestiones teóricas de las empíricas del mismo modo que debe contener una reflexión crítica de auto objetivación del proceso en sí. Esto hace necesario que los diseños de investigación no sean estandarizados sino “flexibles”.

Esta tesis se realiza desde una perspectiva etnográfica, entendida no como un método sino como un enfoque o una perspectiva, “algo que se empalma con método y teoría, pero que no agota los problemas de uno ni de otro” (Rockwell, 2009). A su vez, al plantear un problema que vuelve sobre acontecimientos pasados y cuyos protagonistas ya no pueden

dar nuevos testimonios, es indiscutiblemente una investigación historiográfica. Por lo tanto, nuestro trabajo demandó herramientas de ambas perspectivas.

3.1) Antropología e Historia

Retomando de Rockwell (2009) la consideración de que la antropología siempre ha sido ecléctica, incorporando de muchas otras disciplinas sus técnicas, y teniendo en cuenta que dichas combinaciones varían según los problemas estudiados y las perspectivas teóricas de cada investigador, nos parece importante comenzar el apartado metodológico de esta tesis dando un breve repaso de la trayectoria que ha unido a la historia y la antropología.

Hoy en día, los antropólogos y antropólogas damos por descontada la necesidad de conjugar antropología e historia, de hecho, es común aconsejar acompañar los trabajos de campo con una pesquisa histórica-archivística (Viazzo, 2003). Sin embargo, no siempre fue así la relación entre estas disciplinas.

Como nos relata Pier Paolo Viazzo (2003), la antropología del periodo de entreguerras, particularmente la escuela malinowskiana, partía de un fuerte prejuicio antihistorista (quizás por momentos sobredimensionado por sus detractores), ligado al rechazo a los planteos epistemológicos del evolucionismo. Esto llevó a un distanciamiento progresivo entre ambas áreas del conocimiento que, si bien ayudó a desarrollar algunos de los elementos más distintivos de la disciplina antropológica, obturó la posibilidad de mutuo enriquecimiento, tanto conceptual como metodológico.

Las razones por las cuales la antropología, particularmente la escuela británica, hasta 1950 demostraron hacia la historia desinterés o, incluso, hostilidad, se puede sintetizar en 3

elementos: una reacción frente a la “historia especulativa” del evolucionismo y el difusionismo; el esfuerzo de crear una identidad disciplinar para la antropología, subrayando la centralidad del trabajo de campo; y, finalmente, la supuesta falta de documentación histórica para las sociedades estudiadas por los antropólogos (Viazzo, 2003). Sin embargo, entrando a la segunda mitad del siglo, ésta situación comenzó a cambiar.

Sin dudas, uno de los primeros en reclamar la reunificación de ambas disciplinas fue Edward Evan Evans-Pritchard (1902-1973). En su célebre e influyente conferencia “Anthropology and History” (1961), Evans-Pritchard, quién diez años antes se había convertido en paladín del acercamiento entre antropología e historia, planteaba dos tesis. La primera, de carácter fundamentalmente teórico y metodológico, era que una sociedad no podía ser adecuadamente comprendida sin estudiar y conocer su historia. Los funcionalistas habían sostenido que, aún si la historia de una sociedad está documentada, esto es irrelevante para su estudio funcional. Para el autor de *Los Nuer* (1990), ésta posición le resultaba absurda, ya que descuidar la historia de las instituciones impide, no sólo estudiar los problemas diacrónicos, sino también poner a prueba las mismas construcciones funcionales a las cuales los funcionalistas atribuían tanta importancia, desde el momento en que es la propia historia la que le ofrece una situación experimental.

En segundo lugar, para Evans-Pritchard hay un problema abiertamente epistemológico, que atañe a la identidad de la antropología social. Ya que, tanto para los evolucionistas victorianos como para la escuela fundada por Radcliffe-Brown, el objetivo último de la antropología era el de reducir toda la vida social a leyes o proposiciones generales sobre la naturaleza de la sociedad en grado de conseguir la predicción (Viazzo, 2003). En cambio,

nuestro autor consideraba que la antropología social no sólo debía explorar el pasado de las sociedades de las cuales se ocupaba, sino que fuese ella misma “una especie de historiografía” (Evans-Pritchard, 1990). Entonces, desde esta perspectiva, la característica fundamental del método histórico no es la relación cronológica de los eventos sino su integración descriptiva, y es esta característica la que vincula a la historiografía y a la antropología social. A diferencia de lo que proponían sus predecesores en Oxford, para Evans-Pritchard la antropología social no era una ciencia natural de la sociedad, sino una disciplina humanista cuya tarea era estudiar las sociedades como sistemas morales más que como sistemas naturales, de buscar modelos y no leyes científicas, de interpretar más que explicar.

Por el lado de la historia, unos años después de la prédica de Evans-Pritchard, uno de los aportes más interesantes para la síntesis entre ambas disciplinas lo realiza Edward Palmer Thompson (1924-1993). En su conferencia del año 1976 llamada “Folk, Anthropology and Social History”, Thompson plantea que, si bien se debe fomentar la relación entre la antropología social y la historia social, ésta no debe ser cualquier relación. Para ello, propone, antes que nada, clarificar qué antropología y qué historia se intenta integrar.

Thompson plantea que su deseo no es llegar a una confluencia con la antropología social, sino con la antropología marxista, y en esa perspectiva es necesario abandonar la concepción, muchas veces estática, de “base” y “superestructura”, que en la ortodoxia marxista identifica a la “base” con los factores económicos y concede una prioridad heurística a los comportamientos y necesidades económicas sobre las normas y los sistemas de valores. Desde su perspectiva, el método propuesto por el materialismo histórico ha

dirigido su atención, en primer lugar al modo de producción y las relaciones de producción que le acompañan, y se ha interpretado que esto revela un determinismo económico último.

Para Thompson, el problema de esta afirmación radica en que se parte de una conceptualización muy restringida de “economía” y de una analogía incorrecta, que ni el propio Marx habría concebido tan rígida. Según él, el abordaje de la simultaneidad de expresión de las relaciones de producción características de todos los sistemas y áreas de la vida social y no la idea de la primacía (porque es más “real”) de lo “económico”, donde las normas y la cultura están consideradas como un “reflejo” secundario, es el camino para entablar un dialogo con la antropología.

Sin embargo, Thompson no se propone poner en cuestión la centralidad del modo de producción (y las correspondientes relaciones de poder y propiedad) para una teoría materialista de la historia, sino la idea de que es posible describir un modo de producción en términos “económicos”, dejando de lado como elementos secundarios las normas, la cultura, los conceptos críticos alrededor de los cuales se organiza el modo de producción. Para él, esta división arbitraria entre base y superestructura puede quedar bien en el papel por un tiempo, pero, al examinar cualquier sociedad real, deberíamos rápidamente descubrir su inutilidad.

Siguiendo a éste autor, los errores que penetraron la tradición marxista llevaron a confundir el centralmente importante de modo de producción con una definición restringida de lo “lo económico”, y también a confundir las instituciones, la ideología y la cultura de la clase dominante con *toda* la cultura y la “moralidad”. Las relaciones de producción, en las sociedades modernas, encuentran su expresión en la formación y lucha de clases. Pero, la

clase no es una categoría estática que se puede medir en términos positivistas o cuantitativos. La clase, para el marxismo que propone Thompson, es una categoría histórica, que describe a las personas relacionándose unas con otras en el transcurso del tiempo, por lo tanto el modo en el que adquieren consciencia de sus relaciones, se separan, se unen, entran en conflicto, forman instituciones y transmiten valores es en términos de clase. Es por ello que la clase es una formación “económica”, al tiempo que es una formación cultural. Lo que cambia, cuando el modo de producción y las relaciones de producción cambian, es la experiencia de los hombres y mujeres vivos. Y esta experiencia se plasma en términos de clase, en la vida social, y en la conciencia, en el asentamiento, la resistencia y las elecciones de hombre y mujeres.

En síntesis, la relación entre “ser social” y “conciencia social” que propone Thompson, es: en una sociedad dada, en la que las relaciones sociales se establecen en términos de clase, hay una organización cognitiva de la vida que se corresponde con el modo de producción y las formaciones de clase evolucionadas históricamente. Este es el “sentido común” del poder, que satura la vida cotidiana, que se expresa, más o menos conscientemente, en la aplastante hegemonía de la clase dominante y en sus formas de dominación ideológica. Sin embargo, dentro y fuera de la cúpula de dominación, hay innumerables contextos y situaciones en los que los hombres y mujeres, al enfrentarse a las necesidades de su existencia, elaboran sus propios valores y crean una cultura propia.

La presión sobre el ser social sobre la conciencia social se muestra, no tanto en la oposición base/superestructura, como en congruencias, contradicciones y cambio involuntario. Según Thompson, quien clara y abiertamente recupera gran parte del pensamiento gramsciano para abordar los problemas de la historia social, no es posible

manejar los procesos históricos profundos en ninguna dimensión, sin prestar atención a las preguntas que, en efecto, abordan los antropólogos y antropólogas.

Aún más cerca en el tiempo, en una compilación de estudios histórico-antropológicos sobre las islas Hawai, Fiji y Nueva Zelanda publicada bajo el título *Islands of History*, Marshall Sahlins (1985) iba a demostrar con gran entusiasmo la existencia de documentación archivística para los habitantes de las islas de los mares del sur, y que, además, siendo ésta de origen relativamente más reciente, era más rica y precisa que aquella disponible para, por ejemplo, Europa medieval (Viazzo, 2003). Sin embargo, el volumen de Sahlins iba más allá, develando los riesgos que debían enfrentar los antropólogos y antropólogas que se limitasen a cotejar con perspicacia de historiador las versiones editadas e inéditas de los diarios de viaje o a sumergirse en los archivos de navegación. Haciendo eso, antropólogos y antropólogas corrían el riesgo de hacer pura y convencional historia de archivo y de acercarse a las islas de los mares del Sur en las naves de los exploradores en vez de utilizar los propios conocimientos etnográficos y esperar, por así decirlo, la llegada de los europeos y su historia desde la playa. En este sentido, Sahlins llegó a describir cómo las fuentes etnográficas si fuesen oportunamente interrogadas, no solo iluminarían sobre muchos de los eventos y comportamientos, que si consultadas solo las fuentes de archivo, habrían estado destinados a quedar como enigmas, sino también revelar modos diversos de conceptualizar el tiempo y la relación entre pasado y presente.

Fueron tan influyentes las proposiciones de Sahlins que el lema que llegaría a la antropología histórica de los años noventa, “a diferentes culturas, diferentes historicidades”, se convertiría en la voz de orden que, luego de haberse encaminar a historiadores e historiadoras hacia el estudio de “otras historias” en Europa (las historias de los

subalternos, las mujeres, las infancias, como proponía Thompson), instaría a la antropología a combinar el análisis de fuentes etnográficas y de archivo historias concebidas y vividas diversamente: “historias de otros, otras historias”.

Simultáneamente, en el mismo año que Sahlins dio a conocer *Islas de Historia*, Sidney Mintz, uno de los autores fundamentales para los estudios de antropología alimentaria, publicó la primera edición “*Dulzura y Poder: El lugar del azúcar en la historia moderna*” (1985). En él, Mintz plantea, a partir del estudio de las sociedades Caribeñas, una serie de lineamientos para el encuentro entre antropología e historia.

Según Mintz, la mayoría de los pueblos del Caribe, descendientes de población amerindia y de la migración europea, africana y asiática, han sido rurales y agrícolas. Es por este motivo que, generalmente, trabajar con ellos significa trabajar en el campo; interesarse por lo que producen en su trabajo. A su vez, éstos grupos siempre han estado involucrados con un mundo más amplio, ya que, desde 1492, la región se vio atrapada por las redes de control imperial, tejidas desde Ámsterdam, Londres, Madrid y otros centros europeos y norteamericanos. Por lo tanto, cualquiera que trabaje con los sectores rurales de esas sociedades se vería inevitablemente inclinado a ver esas redes de control y dependencia desde el punto de vista del Caribe. Por así decirlo, ver desde abajo y hacia afuera desde la vida local, en vez de desde arriba y hacia adentro. Sin embargo, esta visión tiene algunas de las mismas limitaciones que la perspectiva de la generación anterior de observadores, para quienes la mayor parte del mundo dependiente, externo y no europeo, era en muchos aspectos una visión imperfecta de Europa, remota y poco conocida. Es por tanto que, cualquier visión que excluya el lazo entre la metrópolis y la colonia al elegir una perspectiva e ignorar la otra resulta necesariamente incompleta.

Sobre esto, Mintz se pregunta en qué formas, más allá de las obvias, se llegaron a interconectar, a entrelazar incluso, el mundo *exterior* y el europeo; qué fuerzas, además de las puramente militares y económicas, fueron las que sostuvieron ésta íntima interdependencia, y cómo fluyeron las utilidades en relación con las maneras en que se ejerció el poder. Para nuestro autor, este tipo de preguntas cobra un significado específico cuando también se quieren conocer las historias particulares de los productos que las colonias proporcionaban a las metrópolis, como ser el café, el chocolate, el tabaco u otros.

Particularmente, plantea Mintz, el azúcar ha tenido, en la mayoría de las épocas, la demanda más continua de la región caribeña. Sin embargo, cuando un investigador se pregunta a dónde van los productos tropicales, quién los usa y para qué, y cuánto están dispuestos a pagar por ellos, se hacen preguntas sobre el mercado. Pero, estas preguntas solo conciernen a la metrópolis, al centro de poder, no a la colonia dependiente, objeto y blanco del poder; y, en cuanto se trata de vincular el consumo y la producción, de hacer coincidir la colonia con la metrópolis, existe la tendencia de que el “eje” y la “orilla” se salgan de foto.

La propuesta de Mintz es hacer antropología del consumo de azúcar en el marco de un proceso histórico de mutua determinación. Aunque él podría no estar de acuerdo con ésta síntesis, casi como un encuentro entre la economía política y la antropología simbólica. Pero, como el propio autor se pregunta: “¿qué podría ser menos “antropológico” que el examen histórico de un alimento que adorna toda mesa moderna?” (Mintz, 1995: 25)

En su trabajo, Mintz vincula la transformación de las islas caribeñas de una serie de economías de plantación al cambio de la dieta y el crecimiento del consumo de azúcar en

Inglaterra entre el siglo XVII y el XIX. Hacer eje sobre la estructura de consumo, incluidas aplicaciones tan diversas del azúcar como ser medicamentos, decoración, conservación y endulzante, permitió al autor abordar las transformaciones de éste a lo largo de todo ese período, así como la transición de un uso exclusivo entre miembros de las clases altas hasta un consumo más generalizado. El cambio de dieta y del lugar que ocupa el azúcar en ella está explícitamente vinculado al cambio en la estructura de clases, es decir, a la proletarianización de los trabajadores y las consecuentes modificaciones en los grupos domésticos, los hábitos laborales, la forma de sociabilización dentro y entre unidades domésticas. Es por ello que Mintz presenta un sólido argumento a favor de que la antropología de estas sustancias tan hogareñas y cotidianas puede ayudar a aclarar cómo cambia el mundo de lo que era a lo que puede llegar a ser, y cómo, al mismo tiempo, logra seguir siendo igual en muchos aspectos.

Volviendo la vista a los trabajos específicamente sobre nuestro continente, a finales de la década de 1980 surgió una compilación de artículos sobre el mundo andino llamada *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World*, dirigida por Steve Stern (1987). En la introducción de este volumen, Stern se lamenta de que, si bien en las décadas precedentes la investigación en historia y antropología andinas se han mostrado efervescentes de innovación y entusiasmo intelectual, el sentido de las implicancias derivadas de tales investigaciones ha estado en gran parte restringida a la propia área andina. En dicho volumen, Stern se propone revertir esa tendencia, para lo cual lanza un desafío a los estudiosos y teóricos de otros campesinados, para que incorporen la experiencia del mundo andino en sus paradigmas y metodología. En base a las experiencias

de trabajo recopiladas en *Resistance*, Stern desarrolla cuatro sugerencias metodológicas, orientadas a historiadores y etnógrafos.

En primer lugar, Stern va a partir de estudiar los pueblos andinos como actores, sujetos de historia, continuamente comprometidos en moldear sus sociedades, como forjadores de relaciones políticas, no como meros reactivos, al punto de ejercer frecuentemente un importante impacto limitante sobre sus superiores locales y sobre otros actores o sistemas “externos” (Stern, 1990). Según él, esta perspectiva, sirve como prerequisite para comprender las causas y el carácter de la agitación política en los Andes. De esto se deriva directamente la primera de las sugerencias metodológicas, la cual exige el análisis explícito de patrones preexistentes de “adaptación en resistencia”, como un prerequisite esencial para cualquier teoría o explicación que apunte a comprender los procesos de rebelión campesina.

Siguiendo a Stern, las formas de adaptación en resistencia que adoptaron las comunidades campesinas en los Andes, implicaron una acción política innovadora del campesinado para comprometer al Estado. Por tanto, sólo preguntándonos por qué, en qué período y de qué manera los patrones previos de “resistencia” probaron ser más compatibles y “adaptables” a la estructura de dominación más amplia, y tal vez incluso su legitimación parcial, podemos entender por qué la resistencia culminó algunas veces en violentos estallidos colectivos contra la autoridad.

De lo anterior se deriva que el exitoso análisis de “adaptación en resistencia” que precedió al estallido de la rebelión o insurrección requiere, a su vez, que se vea a los campesinos como continua y activamente implicados en relaciones políticas con otros campesinos y no-

campesinos. El enfoque que propone Stern, ve la rebelión como una variante de corto plazo dentro de un proceso de larga duración, por tanto, los antropólogos y antropólogas que aborden problemas andinos deben nutrir sus estudios con herramientas de la historiografía, y ésta es la segunda propuesta metodológica de nuestro autor: trabajar sobre marcos temporales simultáneos, que aborden períodos relativamente cortos, “episódicos” o “coyunturales”, y períodos que quizás lleguen a abarcar siglos, para entender las injusticias, memorias y estrategias históricas que dan forma a los objetivos, conciencia y tácticas de los rebeldes.

Stern critica duramente la idea de “conciencia campesina”, por encontrarla demasiado estrecha para explicar las aspiraciones y los compromisos ideológicos de los campesinos de los andes, que según él van más allá de la obsesión con las tierras locales, las garantías de subsistencia, o la autonomía (entendida como el simple deseo de ser dejados en paz). Es por ello, que la tercera sugerencia metodológica que realiza es que los estudios sobre rebeliones campesinas deben tratar la conciencia como una cuestión problemática, en vez de predecible, deben prestar especial atención a la “historia cultural” del área estudiada y descartar nociones sobre el inherente localismo y el carácter defensivo del campesinado. A su vez, según Stern, si se toma seriamente la conciencia campesina en los Andes, se debe sopesar inmediatamente el significado de la etnicidad.

Al referirse a la etnicidad, Stern la entiende como el proceso de usar supuestos atributos culturales y físicos que se consideran fuertemente adheridos a las personas implicadas y, por tanto, no fácilmente renunciables, adaptables o transferibles. Atributos que sirven para trazar las fronteras sociales que ubican a las personas en grupos diferenciados dentro del mundo más amplio de la interacción social. Según Stern, las relaciones e identificaciones

étnicas pueden servir para articular quejas y visiones del mundo campesino y no-campesino, en la medida en que las fronteras étnicas no coincidan con las fronteras de clase. Y es sobre éste último punto el que nuestro autor va a desarrollar como su cuarta sugerencia metodológica: un análisis que no incluya la dimensión étnica debe ser justificado en vez de ser tomado como punto de partida. De allí, que los trabajos de historia del mundo andino, no pueden desprenderse de los métodos de la antropología. Para ésta tesis, ésta última reflexión nos parece de suma importancia.

Con esto, podemos afirmar que el problema de la identidad en general y de la cocina en particular, entendida como práctica de patrimonialización (Álvarez, 2002) y como representación subjetivada por grupos e individuos (Díaz Córdova, 2010), nos impone integrar perspectivas históricas y antropológicas. Como plantean Hugo Trincherro (2003) y Rita Segato (2007), el Estado Argentino se funda sobre un fenomenal genocidio y etnocidio. Por tanto, cualquier análisis que intente abordar los procesos históricos que atravesaron la realidad nacional durante la segunda mitad del siglo XIX no puede libremente abandonar la dimensión étnica. En este sentido, la Guerra del Paraguay (1864-1870), la Conquista del Gran Chaco (1870-1917) y la Conquista del Desierto (1878-1885) fueron procesos determinantes para la constitución de las fronteras externas e internas de la Nación Argentina, todos ellos fuertemente cargados de problemáticas étnicas y que, puestos en su justa relación, nos ayudan a pensar las características propias del nacionalismo argentino y la emergencia de alteridades internas.

En el siguiente apartado avanzaremos sobre los alcances y limitaciones de las fuentes que consultamos, destacando el origen de las mismas (tanto en términos del contexto de producción del documento como de las condiciones de archivo) y dando cuenta de aquellas

que no pudimos consultar, pero que consideramos importantes para avanzar en investigaciones futuras.

3.2) Fuentes. Alcances y limitaciones

La primera limitación que debimos asumir de este trabajo, tanto en el planteo del problema como en la elaboración de listas de material a consultar, fue la imposibilidad fáctica de acceder a fuentes de primera mano de grupos subalternos. Debido al acceso desigual a la prensa, las editoriales y los cargos públicos que reportan documentación a los archivos estatales, grandes masas de población no han podido dejar testimonio, sin mediación de un tercero, de su propia perspectiva de los procesos sociales que atravesaron. Esto planteó un problema para la elaboración de preguntas antropológicas, ya que tradicionalmente estamos más acostumbrados a proponernos dudas *desde* los grupos oprimidos.

Esto, en los hechos, se traduce a que, si bien podemos encontrar en crónicas de la época, en documentos oficiales o en textos literarios, menciones a una voz indígena, afrodescendiente, euromigrante o criolla popular, siempre fue puesta en papel o “traducida” por un agente de los sectores medios-altos o altos de la oligarquía rioplatense. Es por ello que nuestro problema de investigación fue planteado en términos de cómo éstas élites pensaron la Nación, de cómo llevaron adelante los procesos verticales de generación de imaginarios nacionales y de qué tensiones se advierte los discursos que éstos grupos producían sobre sus condiciones históricas y la relación de éstos con imaginarios gastronómicos. En este sentido, optamos por dividir el material disponible en tres grupos y analizar las relaciones y procesos cotidianos, reconociendo el conjunto de representaciones, significaciones y sentidos que generan los sujetos como parte de un conjunto social, es

decir en la interacción/relación en tanto modo de producción de sentidos sociales (Achilli, 2005).

Como paso preparatorio, para definir las fechas sobre las que se iba a realizar el recorte y ordenar el material en función a las preguntas que de allí se desprendieran, se realizó una pesquisa histórica, a partir de los trabajos de Héctor Hugo Trinchero (2003), Tulio Halperin Dongui (2005), Fernando Javier Remedi (2006) y Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (2016). De ésta se definió como período análisis del proceso de constitución de la Nación en Argentina desde 1852 (caída del General Juan Manuel de Rosas), hasta 1912 (sanción de la Ley de Sufragio Universal “Roque Sáenz Peña”). De éste recorte es importante decir que, si bien se advirtió, tanto en la bibliografía consultada sobre historia y antropología de la alimentación en Argentina, como el diálogo con otros colegas que trabajan ésta materia, que el período inmediatamente posterior, a partir de 1931, con la edición del “El Práctico Cocinero Argentino” de Antonio Gonzaga y, más aún, en 1934 con la publicación de “El Libro de Doña Petrona”, de Petrona Carrizo de Gandufo, la gastronomía y “el buen comer” es un tema mucho más recurrente en los medios de comunicación y en la vida cotidiana, lo que nos interesaba era poder ver cómo los discursos alimentarios se insertan en tramas mayores de significación. En definitiva, tomar a la gastronomía como nuestra *aldea* a partir de la cual ver cómo se construye un discurso nacionalista e identificar cómo éste se relaciona con otras dimensiones y actores de la vida social.

Los cuerpos de documentación que trabajamos fueron: En primer lugar, diarios y revistas de la época, para lo cual se optó, debido a la intención de abarcar un período relativamente largo de tiempo (1852-1912), por centrarnos en 2 diarios y una revista, El Nacional (1852-

1898), *La Nación* (1870 hasta 1912) y *El Mosquito* (1863-1893). En relación a este material, para adaptarlo al tiempo disponible para nuestra investigación, se tomó la decisión de tomar ejemplares elegidos de forma aleatoria (con excepción de algunas fechas puntuales que llamaron la atención durante la pesquisa histórica) de los 60 años que intentamos abordar y construir así una muestra, entendemos, bastante representativa. De éste *corpus* de información se pudieron extraer datos del suministro de abastos en la Ciudad de Buenos Aires (que muchas veces se redistribuía hacia las provincias), de publicidades de la época, de actores que cumplían oficios domésticos para las familias de la oligarquía y, en algunos casos, crónicas de hechos especialmente trascendentes para nuestra investigación, a escala nacional o internacional.

En segundo lugar, tomamos a los textos políticos, las obras literarias y los recetarios publicados como una gran crónica multivocal de la época. Integramos allí obras como *Una Excursión a los Indios Ranqueles* (1870), *El Matadero* (1871), *Martín Fierro* (1872), *La Gran Aldea* (1884), *Los Siete Platos de Arroz con Leche* (1889) y *La Tierra Natal* (1889) con textos como *El Facundo* (1845), *Argirópolis* (1850) y *Las Bases* (1852), entre otros, y recetarios como *Cocina Ecléctica* (1890) y *La Perfecta Cocinera Criolla* (1890). Esto, que a primera vista parece caótico, nos sirvió para sumergirnos en el período como si fuera una inmersión etnográfica, donde los sujetos tienen nombres propios, deseos, pasiones, rencores, aspiraciones, biografías, y su relatos son siempre parciales, contaminados, fabuladores, no lineales y eclécticos. Esto nos permitió construir las categorías como en un trabajo de campo, a sabiendas de que los interlocutores no se dirigían a nosotros (o por lo menos no en un sentido estricto) y de que cada versión de los acontecimientos tenía que ser puesta en consideración de los datos históricos concretos y de los objetivos de nuestra

investigación. Quizás no haga falta aclararlo, pero, como se habrá visto, no excluimos de esto a los relatos de ficción, ya que ellos también son canales de intervención en los debates de su tiempo. Sobretudo, a la vista de que muchos de los actores que podemos recuperar de ese momento compartían la cualidad de ser narradores a la vez que militares, políticos, periodistas, literatos o intelectuales.

Por último, le dimos un lugar particular a los documentos oficiales. Para ello, fue especialmente importante el trabajo en el Archivo General de la Nación y en Archivo Historio de la Provincia de Buenos Aires, ubicado en la ciudad de La Plata, ambos consultados en reiteradas oportunidades a lo largo de 2018 y 2019. En el primero pudimos tener acceso a material relevante para la caracterización del período final de nuestro recorte. En él pudiendo tomar registro de celebraciones oficiales, particularmente a las vinculadas con los actos en torno a los 100 años de la Revolución de Mayo de 1810, y a grabados y fotografía de los primeros años de siglo XX, los cuales nos brindaron, por primera vez, una imagen nítida de los paisajes sociales que intentábamos recuperar.

En el caso del archivo provincial, lo que nos interesaba particularmente allí era visitar los documentos sobre la fundación de la Ciudad de La Plata, ya que, una de las hipótesis que se fue desarrollando a lo largo de la investigación era que ese acto suscitaba un ejemplo muy concreto de la espectacularidad de los imaginarios nacionales que promovía la generación del 80 y que podíamos encontrar allí una muestra de cómo eso se traducía en la gastronomía.

Cabe destacar que también fue visitado otro archivo, el Museo, Biblioteca y Archivo Histórico Municipal “Dr. Horacio Beccar Varela”, de la ciudad de San Isidro en marzo y

abril de 2019. En él se encuentra el recetario de la casa “Quinta Los Ombúes” (lugar donde ahora se emplaza el archivo), fechado en 1880 a nombre de María Beccar Varela. Si bien éste documento resultó de gran interés en términos personal y fue muy agradecido que nos permitieran acceder al original antes de su publicación, al ser un recetario doméstico, original de su propietaria e imposible de comparar con otros similares, se optó por excluirlo de ésta investigación.

A su vez, hay otros tres archivos que no pudieron ser consultados, a pesar de intentar reiteradas veces presentar notas o contactar con los responsables de la documentación. Estos son el archivo de la Gran Logia Masónica de Buenos Aires, la biblioteca del Jockey Club de Buenos Aires y el archivo de la Sociedad Rural Argentina. En los dos primeros, el rechazo fue aducido a la no membresía del investigador, lo cual inhabilita el acceso al interior de los edificios de éstas instituciones. Y, en el último caso, se alegó problemas administrativos.

La intención de poder consultar la documentación con la que cuentan éstas instituciones no fue caprichosa, sino que se originó a partir del análisis de la biografía de algunos de los actores que más se destacaron en nuestra investigación y del conocimiento de que ellas grades cantidades de materiales que registran su actividades e incidencia histórica. Una de ella, inclusive, desde antes de que exista el propio Estado Argentino.

En fin, a pesar de las restricciones planteadas más arriba y de que, seguramente, hay mucho más explorar, inclusive entre las fuentes a las que sí tuvimos acceso, creemos que la investigación en ésta materia no se agota en nuestro trabajo. De hecho, creemos que hay mucho más para aportar desde la interdisciplinaridad. En éste sentido, es posible pensar un

mejor aprovechamiento del material si se integran herramientas del análisis literario, que podría permitir extraer más elementos de los textos que hemos trabajado. O de la arqueología, a partir de la cual podríamos cotejar los datos obtenidos de las fuentes con información cuantitativa de restos óseofaunísticos o de materiales de cocina y de servicio de sitios del área urbana y la campaña bonaerense.

Creemos, a su vez, que nuestro objetivo no ha sido buscar una empanada perdida en la historia social de la comida en Argentina, por lo cual la subalternidad ha quedado de costado. Nos centramos plenamente en el eje vertical de generación de imaginarios nacionales sobre la cocina y la alimentación, pero los procesos son dinámicos y las experiencias de contradicción y conflicto que nosotros pudimos encontrar en los actores de las élites criollas que dieron forma a la Nación pueden ser otras desde la perspectiva de sujetos subalternizados.

A partir de esta revisión metodológica podemos afrontar el trabajo del capítulo siguiente, en el que abordaremos las características de la gastronomía porteña y del litoral argentino, prestando atención al proceso de diferenciación y distanciamiento que atravesó esta sociedad a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

CAPÍTULO 4: Comer ‘a la argentina’.

“ A p a r t i r d e 1 8 8 0 , l a R e p ú b l i c a A r g e n t i n a n a c i ó n b a j o l a g u í a d e l l e m a p a z y a d m i n i s t r a c i ó n q u e c a r a c t e r i z ó l a p r i m e r a p r e s i d e n c i a d e l G e n e r a l J u l i o A . R o c a (1 8 8 0 - 1 8 8 6) . A n t e l o s h o m b r e s q u e f o r m a b a n l a c l a s e d i r i g e n t e d e l p a í s - l o s h o m b r e s d e l a G e n e r a c i ó n d e l O c h e n t a - s e a b r i ó e n t o n c e s u n c a m p o p r o p i c i o p a r a l a s r e a l i z a c i o n e s i n s t i t u c i o n a l e s . M u c h o e r a , p o r c i e r t o , l o q u e h a b í a p o r h a c e r e n e l á m b i t o a d m i n i s t r a t i v o o f i c i a l , p e r o t a m b i é n m u c h o l o q u e p o d í a y d e b í a h a c e r s e e n l a e s f e r a p r i v a d a , t a n t o d e s d e e l p u n t o d e v i s t a s o c i a l c o m o c u l t u r a l . ”

Jockey Club de Buenos Aires, “Nuestra Historia”.⁸

En este capítulo abordaremos las particularidades de la alimentación en Buenos Aires en las últimas décadas del periodo decimonónico y en los primeros años del siglo XX. Este es un periodo de enormes modificaciones demográficas, culturales, económicas y, necesariamente, gastronómicas. El objetivo aquí es poder dar cuenta a grandes rasgos de los procesos de cambio en el patrón alimentario de la sociedad porteña y del litoral, pensando que, como hemos dicho en el Capítulo 1 y 2 y que retomaremos en el capítulo 5 la construcción vertical del discurso nacionalista está fuertemente ligada con la proyección de los imaginarios pampeanos y de la Ciudad de Buenos Aires. Dicho esto, de ninguna manera queremos borrar las particularidades y la heterogeneidad culinaria de todo el territorio que comprende el Estado argentino, sino, por el contrario, el propósito de esta tesis es entender cómo, de todo ese abanico de diversidad, resultan entronados ciertos elementos como miembros absolutos del recetario nacional. En este sentido, cómo fue que los “porteños”,

⁸ Consultado el 27/05/19. Disponible en <http://www.jockeyclub.org.ar/JockeyNeWeb/HISlahistoria.php>

los ciudadanos del Puerto de Nuestra Señora del Buen Ayre, desarrollaron un gusto completamente ajeno a los productos fluviales-a pesar de habitar una ciudad emplazada en la vera del río más ancho del mundo-. A su vez, cómo fue que platillos con base de maíz – pieza fundamental de la alimentación americana-, como el locro y la mazamorra, quedaron ligados a la “tradicición” y, en la misma operación, distanciados espacial y temporalmente de la “modernidad alimentaria”. Finalmente, cómo fue que se constituyó una narrativa hegemónica sobre lo culinario en el Río de la Plata y cómo se relaciona ésta con las alteridades provinciales. Para poder comenzar a responder algunas de éstas cuestiones, creemos que es necesario entender cómo era el paisaje social y gastronómico en el propio momento de emergencia de la idea de Nación en Argentina, cuando las élites criollas se dieron a la tarea intelectual y política de organizar administrativa, social, económica y culturalmente a la Nación Argentina.

En este capítulo daremos cuenta de las modificaciones que atravesó la sociedad rioplatense y cómo estas provocaron transformaciones en la disponibilidad de alimentos y en lo que Fernando Remedi (2005) llamó *gramáticas culinarias* locales en las últimas décadas de periodo decimonónico y los primeros años del siglo XX. En este sentido, haremos propio el modelo propuesto por Remedi para analizar la historia social del consumo alimentario en Córdoba entre 1870 y 1930. Este autor expone el afrancesamiento y lo que él da a llamar *diglosia gastronómica* de las élites criollas, que desarrollaremos en profundidad a lo largo del capítulo, así como el encuentro y la fricción entre dos modelos alimentarios: uno local y eminentemente carnívoro, y otro migrante, esencialmente vegetariano. A partir de nuestro propio *corpus* documental para el periodo 1853-1912, nos aprestaremos a presentar algunas

modificaciones a dicho modelo para adaptarlo a la Ciudad de Buenos Aires y el Litoral⁹, a sus actores y dinámicas territorializadas. Luego, intentaremos ofrecer una descripción propia de *alta y baja cocina* en Argentina y nos propondremos poner en relación ésta definición con el nacionalismo como problema.

4.1) Modernidad gastronómica a final del siglo XIX: Afrancesamiento de las élites y mestizaje relativo en los sectores populares.

Como decíamos más arriba, uno de los modelos más completos para analizar el cambio en el patrón alimentario en el periodo final del siglo XIX y de las primeras décadas del siglo XX en Argentina es el que ofrece el historiador Fernando J. Remedi (2005). Él sostiene que la diversidad del régimen alimentario es un indicador crucial de desigualdad social, espacial y étnica. Esto se traduce en la imposibilidad de formular seriamente pretenciosas generalizaciones sobre las características del consumo de comestibles del conjunto de la población, en su caso la cordobesa, sin ponderar considerablemente su alto grado de heterogeneidad. En este sentido, Remedi demostró que el consumo de alimentos en la sociedad de la provincia de Córdoba, y por extensión a de todo el territorio argentino, era una realidad heterogénea, rica y plural. Así, para este autor las diferencias dietarias – cualitativas y cuantitativas-, visibles a partir de la presencia o ausencia de cierto producto, la significación de los diversos comestibles en la canasta familiar y la calidad de éstos, permiten visualizar la existencia de consumo diferenciado desde el punto de vista social - distancias verticales-, espacial –distancias horizontales- y étnico.

⁹ En este punto es necesario decir que Remedi en su propio trabajo advierte los puntos de comparación y llega a decir que, muy probablemente, los cambios que llevaron a ésta modernidad alimentaria hayan sido más tempranos y dinámicos en la Ciudad de Buenos Aires y el Litoral.

Según Remedi, las distancias sociales en las dietas fueron afirmándose con el transcurso del período, siendo mucho menos sensibles en sus albores que en sus postrimerías, especialmente desde el punto de vista de la composición de la ingesta y la calidad de los productos. En las primeras décadas del período, frente al régimen alimentario monótono de los sectores populares se encontraba el de los acomodados, que –aunque mucho más abundante- no era tan diversificado o refinado como podía esperarse. A propósito de esto, vale recordar algunas notas de La Tierra Natal, minuciosa y nostálgica memoria escrita por Juana Manuela Gorriti, que precedió su ansiado retorno al país tras el exilio¹⁰:

“Al frente, en el extremo del patio sombreado de árboles, perfumado con jazmines y rosales floridos, el comedor, abiertas sus puertas, mostrábanos la mesa servida con el almuerzo que nos aguardaba.

Manjares exquisitos: carne, huevo y legumbres en las más sabrosas confecciones. El jugo de ese asado que sólo allá se hace; el pollo tostado bajo una capa de pan rallado, aceite, vinagre y perejil.

- Siquiera un bocado de esto –decía Rosaura.
- Prueba esto otro –añadió Luis- y sabrás lo que es bueno.
- ¡Sí, deliciosa! Cuánto tiempo que no comía con tanto apetito. Pero ¡ah! ¿dónde está mi anhelado *uchutimpu*¹¹?

Risa general.

¹⁰ En otra parte de la obra diría: “Lágrimas de doloroso enternecimiento subieron del corazón, al recuerdo del tiempo en que, niña, de pie y con devota unción, asida a la mano de mi padre, escuchaba ese canto sagrado, en los días clásicos de la patria...” Gorriti, J. Op. Cit., p. 20.

¹¹ *Puchero* boliviano muy consumido en el norte argentino, especialmente en las provincias de Jujuy y Salta, de donde era oriunda Gorriti.

Las dos Juanitas, dos vivísimas muchachas que nos servían, desaparecieron corriendo y corriendo volvieron, luego, con una fuente caldosa, humeante, exhalando el rico aroma del *culantro*¹² y la *yerba buena*¹³ que festoneaba sus bordes.

- ¡El uchutimpu!” ([1889] 2003: p. 18)

Como se desprende del último fragmento, las élites criollas hasta entrada la mitad del siglo mantenían pautas de consumo alimentario muy ligadas a la tradición hispano-criollas, a pesar de contar con personal doméstico y elaborados servicios de mesa. Algo similar podemos detectar en la obra de Lucio V. Mansilla, considerado por muchos el arquetipo del *sibarita nacional*¹⁴, quien sentencia:

“(…) después de haber recorrido la Europa y la América, de haber vivido como un guaraní en el Paraguay; de haber comido mazamorra en el Río de la Plata, charquicán en Chile, ostras en Nueva York, macarroni en Nápoles, trufas en el Périgord, chipá en Asunción (...) Lo más sencillo, lo más simple, lo más inocente es lo mejor: nada de picantes, nada de trufas. El puchero es lo único que no hace daño, que no se indigesta, que no irrita” ([1870] 1993: p. 30-31).

El aparente horizontalismo acusado por Gorriti y Mansilla se va a ir desplazando hacia un proceso de diversificación y distanciamiento vertical a lo largo del período decimonónico. Esto está estrechamente ligado a una serie de circunstancias que tomaron forma

¹² Cilantro

¹³ Hierba aromática comestible de sabor y aspecto similares a la menta

¹⁴ Bruera, Matías (2006). *La Argentina Fermentada: Vino, alimentación y cultura*. Buenos Aires, Paidós.

paulatinamente durante el período, en especial, según plantea Remedi, una mayor estabilidad del abastecimiento y el paulatino incremento –en volumen y variedad- de las disponibilidades de alimentos, por el aumento de la producción en el país y la importación procedente de Europa. Aquí el ferrocarril jugó un papel muy significativo, porque supuso mayor estabilidad relativa en el ingreso de los productos y mayor diversificación de su oferta –en número de artículos y procedencias-, contribuyendo de este modo a la transformación del problema alimentario, ante todo, en una cuestión de poder adquisitivo más que de existencia.

En el periodo de entre siglos en Argentina operó una expansión cuantitativa y cualitativa del mercado alimentario, derivada del aumento del ingreso *per capita* –resultado de un crecimiento económico fuerte y sostenido que, según Halpeín-Dongui (2005), por lo menos en el litoral, tiene sus raíces en la estabilidad relativa que comenzó durante el periodo rosista- y de la expansión demográfica, en la que convergieron el crecimiento vegetativo y la contribución migratoria interna y europea. Esto fue decisivo en la emergencia de una mayor diferenciación social del consumo alimentario, como se percibe a fines del período.

Para Remedi, el amplio y multifacético proceso de modernización experimentado por la sociedad cordobesa (y la del resto del país) en el período incluyó también la emergencia paulatina de una modernidad alimentaria, de tendencia europeizante, materializada en dos dinámicas de cambio de los patrones de consumo, cada una de ellas con características propias, debido a su contenido, los contextos temporo-espaciales que las contuvieron y los grupos sociales involucrados.

La primera dinámica de cambio alimentario fue protagonizada por los sectores sociales urbanos capitalinos de posición acomodada, que, según Remedi, durante la década de 1870 sustituyeron parcialmente sus patrones hispano-criollos por los de la cultura francesa. Desde nuestra perspectiva, esto se conecta con un fenómeno que ya había sido advertido por Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (2016): Para los hombres del 37' y luego, no sin matices, para los de la generación del 80', Francia simboliza lo más alto de la civilización, allí donde las ideas de la libertad y el progreso se tornan doctrina política. El país galo es, entonces, para las élites criollas una necesidad a la hora de juzgar la pobreza de la tradición colonial y española, y un lienzo donde plasmar el programa de independencia cultural respecto de esa tradición.

Los síntomas de transformación se perciben en los albores de la década de 1880. El afrancesamiento de los patrones alimentarios se convirtió en una moda culinaria de la que, según Remedi, formaban parte restaurantes y platillos que se fueron incorporando al paisaje urbano. Álvarez y Pinotti (2000) comparten ésta tesis y enumeran algunos aportes significativos para el paisaje culinario rioplatense, como ser las crêpes (devenidas en panqueques), las omelettes, la masa de hojaldre y los crissants (rebautizados “medialunas”). Por nuestra parte, hemos hallado numerosas referencias a productos importados en periódicos y revistas del periodo, desde licores y quesos hasta golosinas, especialmente chocolate, destacando siempre como un rasgo positivo o una garantía de calidad el origen del producto en la nación de Proust.

Para Remedi, este proceso era el resultado de la difusión social intercontinental de los usos culinarios de la cultura francesa¹⁵, a la que contribuyó muy especialmente la presencia de una colectividad francesa reducida pero muy activa en el ámbito gastronómico y también factores estrictamente económicos como la expansión cuantitativa y cualitativa de las disponibilidades de comestibles y el incremento del nivel de ingresos. Desde nuestro punto de vista, el carácter consciente por parte de la élite criolla de dicho afrancesamiento conllevó, a su vez, a que el emergente Estado nacional tomara parte en ese proceso, siendo visible, por ejemplo, en los festejos a propósito del Centenario de la Revolución de Mayo. Como revelan los documentos de la Comisión Nacional creada en 1908 para a los fines de dicha celebración, en las distintas cenas ofrecidas por el Poder Ejecutivo se sirvieron platos como *s o u p á, foid grasy preparazionesa l'orange*¹⁶.

Pero este afrancesamiento alimentario de los sectores acomodados, dice Remedi, se circunscribió casi exclusivamente a los espacios públicos y las comidas de ocasión, mientras que los tradicionales patrones culinarios hispano-criollos mantuvieron una fuerte presencia en el ámbito hogareño y cotidiano. Para el historiador cordobés, en ese segmento social emergió una verdadera *diglosia culinaria*, resultado de la coexistencia de una *endococina* criolla para la familia y las colaciones corrientes y una *exococina* afrancesada para ocasiones especiales que ameritaban una celebración y, más aún, para las comidas y los eventos sociales que se concretaban fuera del hogar. Esto lo pudimos apreciar, sobretodo, en los anuncios “clasificados” de los diarios del periodo, donde vimos reiteradamente que las familias de la élite solían pedir cocineros y cocineras “del país”, en

¹⁵“El imperio francés es la última forma de hegemonía en el comer. La verdad es que, aparte de la china, la francesa es la única ‘haute cuisine’ que ha sobrevivido a los cambios culinarios”. d. J. Rywert (1984), *De demostratos en la cocina: para una arqueología del gusto*, En: J. Kuper (Ed.) *La cocina de los arqueólogos*, Barcelona, Tusquets. P. 76

¹⁶AR_AGN, VII, 18-3-7, Comisión Nacional del Centenario de 1910.

contraposición con otros anuncios que solicitaban cocinera o cocinero francés o “familiarizado con dicha cocina”¹⁷.

La segunda dinámica de cambio de los patrones alimentarios que marca Remedi, en el caso de Córdoba, se desarrolló durante la década de 1890, notándose ya sus efectos a comienzos del siglo XX, y puso en el centro del escenario a la cocina de los sectores populares. Los vectores primordiales que provocaron dicho cambio alimentario fueron dos. El primero, el enriquecimiento cuantitativo y cualitativo de las disponibilidades locales de comestibles, resultado del incremento y diversificación de la producción primaria local y su complementación con la introducción de alimentos provenientes de distintas áreas del país y, sobretodo, de Europa, algo que, ya vimos, también afectó a las élites.

Por otra parte, el segundo vector que caracteriza Remedi, fue el contacto directo entre la creciente migración extranjera y la población criolla, lo que representó un encuentro de dos modelos alimentarios con esencias marcadamente diferentes: uno local, eminentemente carnívoro, y otro importado, fundamentalmente vegetariano. El encuentro entre ambos, no sin fricciones y resistencias, dio lugar a una aculturación recíproca que se materializó en una mayor diversificación del régimen alimentario de ambas parcialidades, aunque en los dos casos la carne quedó finalmente como el artículo central. A propósito de esto último, es interesante marcar que, según el trabajo de Mario Silveira (2005), en este período se registró un marcado descenso del consumo *per capita* de carne en relación a la primera mitad del siglo, lo cual podría estar relacionado con este encuentro de universos culinarios, y un aumento significativo del precio del producto. Sin embargo, como señala Silveira, la

¹⁷Entre los muy numerosos ej.: *La Nación*, 12 y 20/01, 13/02, 24/3, 04/05, 12/06 y 21/07/1879 p. 3, 14/07, 20/08, 06/09, 10/10, 05/11, 09/12/1880 p.3; *El Nacional*, 14/01, 20/02, 04/03, 17/04, 15/05/1883 p.4

carne vacuna continuó estando muy por encima del consumo de otros alimentos, inclusive de otros con características similares, como la carne porcina y ovina, y continuó dentro del rango de productos “baratos” dentro de la canasta de consumo en la zona del litoral y la Ciudad de Buenos Aires.

Volviendo a las características del intercambio entre las fracciones locales y migrantes, el mismo, según Remedi, fue facilitado por dos circunstancias. La primera, muchos migrantes extranjeros que se radicaron en nuestro territorio se dedicaron a la producción de comestibles que hasta entonces eran escasos en el mercado local o de abastecimiento irregular, satisfaciendo mediante su consumo sus propios gustos étnicos y comercializando el excedente. La segunda, la difusión efectiva de los patrones alimentarios de los extranjeros merced a la significativa participación que tuvieron en el sector gastronómico. Según Álvarez y Pinotti:

“Hacia la época del Centenario, cuando la ola española supera a la italiana, los ‘gallegos’ (y especialmente los auténticos hijos de Galicia) asomarán tras los mostradores de almacenes, hoteles, restaurantes, bares y confiterías (...) La gastronomía italiana será adoptada, resignificada y servida por cocineras y cocineros españoles en lugares públicos y en casas particulares. Se estaba produciendo, en todo caso, el fin de las ‘islas culinarias’ de los grandes contingentes migratorios: La revolución ‘que acaba estructurando las características esenciales¹⁸ del menú porteño’” (2000: 76).

¹⁸La cursiva es nuestra, ya que consideramos complejo hablar de “esencial”, cuando creemos que el término que mejor se ajusta es “histórico”.

La presencia de un significativo número de migrantes extranjeros también estimuló la introducción de nuevas pautas de comportamiento alimentario en las épocas de festividades. Asimismo, este movimiento formó parte de la *modernidad alimentaria* que tuvo lugar en gran parte de los centros urbanos del país, sobretudo en Buenos Aires, impregnada de un claro y difuso tinte europeizante. Sólo por citar un ejemplo, podemos decir que festividades como la Navidad, que si bien siempre formó parte del calendario de conmemoración católica, en este período tomó mayor fuerza y adoptó paulatinamente mucha de la simbología propia de Europa, inclusive del norte europeo, donde el clima es completamente distinto al que se vive en éstas tierras en la misma época del año.

Como podemos ver, es perceptible la complejidad inherente a la emergencia de la modernidad alimentaria de entre siglos, parte integrante de un proceso de modernización mucho más abarcativo, pluridimensional y polisémico. De todos modos, como advierte Remedi, ambos procesos que hemos desarrollado tuvieron sus límites. La modernidad alimentaria contuvo dinámicas de cambio que encontraron fronteras sociales y espaciales allende las cuales se inscribían las permanencias dietarias de la cocina criolla. Las dos dinámicas de cambio señaladas, cada una a su manera, conllevaron modificaciones en la dieta de la población nativa, pero no implicaron la disolución y extinción de los patrones de consumo criollos mediante una fusión con sus semejantes importados y la conformación de una nueva síntesis aglutinante con identidad propia, lo que contrasta con una visión común sobre la identidad argentina, no sólo gastronómica, que se resume en el dicho popular “*ok mexicanos descienden de los mayas, los peruanos de los incas y los argentinos de los barcos*”. En su lugar, hubo encuentros e intercambios, incorporaciones recíprocas de ciertos artículos y pautas de consumo, homologaciones culturales,

asimilaciones y sustituciones parciales, junto a significativas persistencias, no sólo en el caso que estudió largamente Remedi, de quién tomamos nuestro modelo y que advierte de las particularidades geográficas de la provincia de Córdoba¹⁹, sino que creemos que es extensible a otros centros urbanos y productivos de Argentina²⁰.

En suma, la modernidad alimentaria supuso cambios, transformaciones y permanencias, la coexistencia de lo nuevo y lo viejo, lo extranjero y lo criollo, el pluralismo étnico y alimentario. A su vez, algo sobre lo que no nos hemos detenido en esta breve síntesis del panorama gastronómico del periodo pero que es importante, es que el cambio alimentario presentó una nítida y sólida frontera espacial. Desde nuestra perspectiva, entendemos, esta ha sido subsidiaria de la distribución desigual del proceso migratorio, que se debió a la fenomenal concentración de la tierra (algo sobre lo que volveremos más adelante), lo que dejó a enormes contingentes migrantes atados a los grandes centros urbanos.

Sin dudas, la realidad alimentaria de fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX se muestra extremadamente compleja y dinámica; la segmentación social, las asincronías regionales y el pluralismo étnico cruzaban transversalmente el universo alimentario, sometido a complejas dinámicas de cambio en los patrones de consumo. Con todo esto, se refuerza una vez más la idea de que la alimentación es un *hecho social total*, inserto en una trama de significantes sociales que lo definen y se definen a partir de él. Ahora bien, dentro de ésta lógica, si queremos entender, y ese es el objetivo de esta tesis, a la alimentación cómo una puerta para abordar la dinámica de los procesos hegemónicos, de la generación

¹⁹Remedi señala que Córdoba se encuentra en una geografía particular de Argentina, como punto de tensión entre el litoral (Buenos Aires y toda la pampa húmeda) y el noroeste de nuestro país, tradicionalmente más postergado y legajo en relación a los procesos modernizadores, tanto económicos como sociales.

²⁰Esta simetría es compartida y fundamentada tanto por Fernando Remedi (2005) como por Marcelo Álvarez y Luisa Pinotti (2000).

vertical de imaginarios sociales, tenemos que profundizar en qué es eso que define como “tradicional” ese patrón de alimentación hispano-criollo que tanto hemos nombrado y por qué pareciera aferrarse a una idea inmutabilidad.

4.2) Crítica a la definición de tradición alimentaria

Desde nuestro punto de vista, y para los objetivos que este trabajo se propone, la crítica que le podemos hacer a la propuesta de Remedi radica en que, al limitarse a describir el proceso de distanciamiento y diferenciación del consumo entre las clases altas y los sectores subalternos, no llega a analizar cuáles son los elementos que le dan integridad al sistema alimentario, más allá de la disponibilidad de ciertos productos. Dónde se produce esa *gramática culinaria* común que hace que, aun con enormes diferencias materiales, tanto los sectores populares como los grupos de la élite, puedan referenciarse como parte de una tradición gastronómica compartida. Es decir, aquella propia de “la Nación de la carne, el fuego y el gran cuchillo”, parafraseando a Patricia Aguirre (1999). En este sentido: ¿Alcanza con hablar de una “tradición hispano-criolla” para referirse a eso que se contrapone con la modernidad alimentaria? ¿Por qué, en esa tensión entre una cultura culinaria mayormente carnívora y otra mayormente vegetariana, la carne de vaca se impone como el centro del nuevo universo gastronómico? ¿Podemos explicar ese fenómeno sólo refiriéndonos a una oferta de precios al consumidor o disponibilidad? ¿Qué sistema cultural subyace y estructura ese binomio de mutua exclusión entre tradición y modernidad? ¿Son las élites y los sectores subalternos presos de las mismas determinaciones históricas y tienen la misma agencia a la hora de determinar patrones culturales de consumo?

Marcelo Álvarez señala que la alimentación genera un fenómeno de patrimonialización, es decir que la ingesta de alimentos y los procesos sociales y culturales que lo sustentan, contribuyen a moldear identidades colectivas a la vez que son expresión de relaciones sociales y de poder (Álvarez, 2002). El hecho alimentario, según lo describe Remedi, está definido a partir de un corte de clase del consumo, que identifica distancias culturales. De esto se desprende que en el periodo que analizamos la élite criolla consume en los espacios públicos una moda gastronómica afrancesada, la cual implica ciertas prácticas de refinamiento en la producción y consumo de los alimentos, contrarias o diferentes al patrón de consumo preexistente en el mismo sector social. Desde nuestra perspectiva, esto pareciera aplicar sólo a una parte del fenómeno de patrimonialización alimentaria.

Según releva el propio Remedi, así como otros autores, las élites criollas son conscientes de que consumen una moda, pero, añoran la tradición. Como lo ejemplifica el Martín Fierro, la gran epopeya criolla, escrita y enormemente difundida en éste período:

“Venía la carne con cuero,

La sabrosa carbonada,

Mazamorra bien pisada,

Los pasteles y el güenvino...

Pero ha querido el destino

Que todo aquello acabara.”

([1872] 2005: p. 26)

Claramente, en el trayecto del personaje, “todo aquello acabara” refiere al fin de los días de tranquilidad de Fierro y augura los infortunios que está por narrar. Sin embargo, creemos que es importarte centrarnos más bien en la intención del autor. Hernández, al igual que Mansilla en el mismo período, comienza a invertir la figura del gaucho que había construido Sarmiento en *Civilización y Barbarie* (1845), para construir una visión más melancólica y amigable de las pampas. Como dice Mansilla:

“Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado. El paisaje ideal de la Pampa, que yo llamaría, para ser más exacto, pampas, en plural, y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas.

Vivimos en la ignorancia hasta de la fisonomía de nuestra Patria...”

([1870] 1993: p.72)

Para éstos hombres, “las pampas” se comienzan a llenar de imágenes nostálgicas:

“El fogón es la delicia del pobre soldado después de la fatiga. Alrededor de sus resplandores desaparecen las jerarquías militares. Jefes superiores y oficiales subalternos conversan fraternalmente y ríen a sus anchas. Y hasta los asistentes que cocinan el puchero y el asado, y los que ceban el mate, meten, de vez en cuando, su cuchara en la charla general, apoyando o contradiciendo a sus jefes y oficiales, diciendo alguna agudeza o alguna patochada” (Mansilla, 1993, p.31).

Entonces, si definimos la cocina de la élite sólo por el consumo afrancesado, estaríamos simplificando una narrativa que, en realidad, lo que hace es entronizar dos modelos alimenticios: uno fugaz e importado y otro tradicional, local (en un sentido de lejanía espacial con los centros urbanos, de profundidad en el territorio nacional) e íntimo.

En este sentido, bien vale recordar que las tradiciones, como dice Hobsbawn (1983), que parecen o reclaman ser antiguas son a menudo bastante recientes en su origen, y a mayormente inventadas. En este sentido, las “tradiciones inventadas” implican un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas, abiertas y tácitas, de naturaleza simbólica y ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente su continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, normalmente intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado. Creemos que esa tradición alimentaria a la que se refiere Remedi y otros autores (Ducrot, 1998; Archetti, 1999; y Álvarez y Pinotti, 2000), amén de la materialidad que tenga en el patrón de consumo, forma parte de una serie de respuestas culturales a una nueva situación social, que toman forma de referencias a viejas situaciones o que imponen su propio pasado por medio por medio de una repetición casi obligatoria.

La nostalgia que, desde la mirada Appadurai (1983), pareciera ser un elemento fundamental para la narrativa de las élites que imaginan una nación poscolonial, aquí se presenta a través de las grietas de la modernidad alimentaria, está implícita y explícita en la resistencia a un fenómeno acelerado de modernidad cosmopolita que avanza desde las ciudades hacia la campaña, del puerto de Buenos Aires hacia el interior profundo de la Nación. Así se entiende que, a diferencia de lo que pasó en la India (Appadurai, 1983) o en México (Bak-Geller, 2009), la idea de comunión nacional a través de la cocina y la comida no representa

tanto el triunfo de una identidad que se levanta como respuesta a los años de dominación colonial sino, más bien, como un resquicio, un refugio, que se escapa de las olas modernizadoras.

En *Cocina Ecléctica* de Juana Manuela Gorriti (1890), por ejemplo, figuran platillos al gusto de San Martín o de Sarmiento. Sin embargo, aquí no hay institucionalización escrita de la cocina en términos de Nación, a pesar de que existen recetarios en éste período. La tradición gastronómica corre por un carril distinto al de las cocinas profesionales. Por ende, la transmisión de recetas por medio de publicaciones puede construir, en todo caso, otro tipo de comunidad, una de mujeres, aristócratas y, en cierto sentido, transnacional (Tobin, 2001; Álvarez. 2011), más no está habilitada para ser el puente de difusión de las prácticas de performance del nacionalismo culinario.

Por tanto, la alta cocina, entendida como una sofisticación de las técnicas de preparación y los modales de la mesa, puede identificarse con el fenómeno de afrancesamiento descrito por Remedi. Sin embargo, la cocina pensada desde una perspectiva de patrimonialización sería mejor representada por el relato ocurrido cerca de agosto de 1879 en Reconquista, Santa Fé, y que fue recuperado por Eduardo Achetti:

“Los colonos llegaron y Obligado, luego de saludar a cada uno con un fuerte apretón de manos, les comentó que ese día iba a empezar el proceso para transformarse en *criollos*, nuevos habitantes de un nuevo país que debía ser construido con el esfuerzo mancomunado de extranjeros y nativos: soldados y oficiales iban a comer junto con ellos. La sorpresa mayor fue la comida que les iba a ser ofrecida: Tres novillos gigantes asados con su cuero por más de 12 horas en pozos cavados en la tierra. La historia cuenta que por horas y horas,

en un ambiente de fraternidad que la hospitalidad de una comida compartida hace posible, colonos y militares nativos comieron carne y más carne y sólo carne. Al terminar el pantagruélico almuerzo el Coronel Obligado expresó a viva voz su orgullo por haber sido partícipes y testigos del proceso de transformación de los fulanos en verdaderos criollos.” (Cracogna, 1988. citado por Archetti, 1999)

Como podemos apreciar en estos relatos, la eucaristía de la carne se consagra alrededor del fogón y sus actores fundamentales son hombres y vacas. Una triada indisoluble que representa el núcleo gastronómico de la argentinidad y de los imaginarios nacionalistas. No es extraño, entonces, que sea justamente *El Asado*²¹, de Ignacio Manzonei, la obra que obtenga la medalla de oro en la Exposición Nacional de Arte de Córdoba en 1871. Este cuadro, cuyo nombre completo es “Gaucho porteño en actitud de enseñar a un extranjero el modo peculiar de cortar la carne”, exalta la figura del criollo en contraposición directa con el migrante a través de la figura del gaucho, poseedor de un saber solo aprehensible en las pampas.

La subversión del espacio, donde la civilización y la barbarie pervierten su definición territorial, no tuvo pocas tensiones y eso puede explicaren parte la enorme difusión que tuvo en 1872 *El Matadero* de Esteban Echeverría. Aquella obra clave del romanticismo criollo, escrita casi 30 años antes (entre 1838 y 1840), narra de manera brutal la relación imaginaria entre la urbe y la campaña, como un espejo del combate político y militar que los hombres del 37 entendían se daba entre los unitarios y el rosismo, este último derrotado en 1852.

²¹ La obra a la cual hacemos referencia es la que ilustra la tapa de ésta tesis. Referencias biográficas de la obra disponibles en: <https://www.bellasartes.gob.ar/coleccion/obra/2890/> (consultado el 26/03/2019)

Sin embargo, la generación del 80 y, más aún la del Centenario, van a profundizar el giro criollista. De hecho, en las primeras páginas de sus Memorias, en 1904, Mansilla va a decir:

“Tengo también una pretensión, modesta pretensión que confío será coronada con algún éxito. Consiste en ayudar a que no perezca del todo la *tradición nacional*²². Se transforma tanto nuestra tierra Argentina, que tanto cambia su fisonomía moral y su figura física, como el aspecto de sus vastas comarcas en todas direcciones. El gaucho simbólico se va, el desierto se va, la aldea desaparece, la locomotora silba en vez de la carreta, en una palabra nos cambia la lengua, que se pudre, como diría Bermúdez de Castro, el país” (1955: p. 65)

El gaucho, el desierto, la carreta ya no son los representantes de una realidad “bárbara” que hay que dejar atrás en la marcha hacia la “civilización”, sino los símbolos con los que se trama la tradición nacional que el “progreso” amenaza destruir. En ese contexto, una fracción de la élite criolla, que comienza a constituirse como *campo intelectual*²³, encuentra una razón histórica.

Es por ello que durante las últimas décadas de éste período van a emerger instituciones culturales como el diario La Nación (fundado en 1870), la Facultad de Filosofía y Letras (1896) y la Revista Nosotros (1907), entre otras, para dar fuerza y carácter político a las ideas que enaltece nacionalismo criollo. Esto, a su vez, va a desbordar a las élites y sus estructuras, para entramarse más allá de lo aparente y colonizar tanto lo público como lo privado.

²² La cursiva es nuestra

²³ P. Bourdieu 1967, “Campo intelectual y proyecto creador”. En J. Pouillon y otros, *Problemas del estructuralismo*. Siglo XXI, México

En suma, lo que creemos es que en este período no hay en las formas de comer y cocinar simplemente un conflicto entre modernidad y tradición, en la que éste último sería meramente una supervivencia de un pasado remoto. Sino que, más bien, lo que se pone en marcha es una dinámica de mutua determinación, en la que el nacionalismo gastronómico es tanto resistencia como *alter ego* de la modernidad. Un proceso en el cual el nacionalismo debió seleccionar entre ciertos atributos simbólicos, pasados y presentes, para construir una narrativa de autolegitimación y de soberanía. Las características de dichos atributos, los actores involucrados y las dinámicas históricas que llevaron a su consolidación, serán los puntos centrales del próximo capítulo.

A modo de síntesis de este capítulo, podemos decir que hasta aquí hemos mostrado cómo el modelo descrito por Remedi nos permite entender cómo fue el contexto de transformaciones sociales durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX y cómo a partir de allí se gestó un fenómeno de distanciamiento y diferenciación entre las clases altas y los sectores subalterno. En este sentido, se plantearon las bases para comprender la heterogeneidad de dicho proceso y la emergencia de una *diglosia culinaria*, que afectó específicamente a las élites criollas. Ahora bien, desde nuestra perspectiva, éste proceso estuvo complementado por la decisión consciente de dichas élites criollas de fraguar una *tradición*, de inventar una serie de prácticas, arraigadas en situaciones de una territorialidad y un tiempo específicos, y promovidas a través de instituciones culturales en general y artísticas en particular, sin negar la agencia que tuvieron los sectores subalternos.

A nuestro entender, como plantea Chatterjee (1996), el nacionalismo poscolonial emerge en lo que él llama *campo interior* o “*espiritual*”. Esto supone que hay dos campos de soberanía: uno *material* o “*exterior*”, el de la economía, la ciencia, el Estado, donde

Occidente (Europa) ha ratificado su superioridad; y otro interior, que apunta a los aspectos esenciales de la identidad cultural. Desde este último, el nacionalismo lanza su proyecto más poderoso, creativo e históricamente significativo: modelar una cultura “moderna” nacional. En este sentido, si la nación es una comunidad imaginada, como planteaba Anderson (1993), es aquí donde empieza a presentar una razón de ser.

Nos encantaría en este punto poder afirmar livianamente, como hace el periodista Daniel Balmaceda (2016), que a las élites criollas les importaba tanto generar una identidad culinaria particular, que invitaron a José Hernández a hacer un asado el día de la fundación de La Plata (19 de Noviembre de 1882), como gesto máximo del criollismo gastronómico. Sin embargo, nuestra propia pesquisa de los registros del Archivo Histórico Provincial no lo pudo corroborar esta hipótesis y, de hecho, nos llevó a volver al modelo de afrancesamiento de Remedi.

Ahora bien, como se ha dicho, la alimentación es en sí un fenómeno de patrimonialización, una materialización práctica de discursos sociales. En éste sentido, hemos visto que la construcción de un discurso nacionalista requiere la gestación de una *tradición*, como una reminiscencia a algo esencial e inmutable, y que las prácticas alimentarias pueden operar como un recurso nostálgico. En definitiva, el surgimiento de la Nación como un proyecto de identidad cultural complejo y multicausal, sin embargo, creemos que la cocina y la comida son un buen lugar para comenzar a abordarlo.

En el siguiente capítulo, avanzaremos sobre las características históricas de las élites locales y por qué creemos que allí se encuentra la clave para entender las particularidades del nacionalismo criollo en este periodo y la identidad culinaria que éste contiene.

CAPÍTULO 5: el *self* de las Pampas.

*“ ... H a b í a h o m b r e s , se de untajaba e comed una lahguia; y mandaban o ,
e n l a z a r u n n o v i l l o , s e l a q u i t*

Fray Pedro José de Parra, 1751

*“ ... S e c o n v i e n e n u n d í a p a r a c o m e r c a r n e l a
derriban y bien trincada de pies y manos le sacan, casi vivo, toda la rabadilla con cuero, y
haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen,
s i n m á s a d e r e z o q u e u n p o c o d e s a l*

Concolorcorvo, 1771

En el primer capítulo de esta tesis planteamos como problema necesidad de abordar el vínculo entre la emergencia del pensamiento y los discursos hegemónicos en torno a formas de comer y cocinar en Argentina en la segunda mitad del Siglo XIX. En base a ello, formulamos una serie de preguntas generales con el objetivo de dar cuenta de la dinámica que motoriza este vínculo, los actores involucrados y las implicancias históricas de dicho proceso: ¿Existe algo que podamos llamar “Cocina Argentina”? ¿Es posible pensar en una cocina, entendida como un sistema de alimentos, sin un contexto social y cultural que la defina? Si, como plantea Massimo Montanari (2006) la cocina es un lenguaje ¿no es indispensable situarla dentro de un marco de significación? Desde otro punto de vista ¿es posible pensar la Nación, entendida como una identidad colectiva, o, en términos de

Anderson (1993), como una *comunidad imaginada*, sin tener en cuenta uno de los actos más fundamentales para la reproducción de la vida humana como es la alimentación? ¿Cuáles son las condiciones estructurales y sociales que determinan que ciertos discursos se entronquen dentro de una narrativa nacionalista de la comida?

Como resultado de ésta reflexión, propusimos como hipótesis que fueron tres los grupos centrales de la élite criolla que incidieron con mayor preponderancia en la generación de imaginarios gastronómicos en el marco de una narrativa nacionalista que durante éste período alcanzó su cenit. Ellos son: la Estancia, como unidad productiva fundamental del sistema de acumulación capitalista que imperó entre 1852 y 1912; el Ejército, como principal estructura garante y ordenadora del Estado; y la Iglesia católica, como referente para la identificación de prácticas de comunión e integración cultural.

En los Capítulos 2 y 3 dimos cuenta del marco conceptual y metodológico sobre el cual basamos nuestra investigación, en vistas de cumplir con los objetivos trazados en el Capítulo 1. Para ello, realizamos una extensa revisión bibliográfica para definir a qué nos referimos con “cocina”, con “nación” y por qué consideramos necesario abordar ambas desde el concepto de hegemonía propuesto Gramsci (1981). En relación al primero de éstos enunciados propusimos abordarlo como la representación que los sujetos tienen de sus propias formas de comer y cocinar, distinguiéndola de las construcciones conceptuales que generan los investigadores y comúnmente se conocen como patrón alimenticio. A su vez, desarrollamos la relación que tiene cocina, en tanto hecho social, con otros discursos económicos, políticos, culturales, etc., y cómo a través de la puesta en práctica de ésta se generan procesos de patrimonialización, es decir de inscripción de esos discursos como características identitarias. Luego, abordamos el problema de la nación y el nacionalismo

como categorías históricas, o sea como conceptos ligados a la lucha por la soberanía de un orden social determinado, y como esto, en Argentina está sumamente ligado al desarrollo del Estado moderno capitalista de alta concentración de la propiedad terrateniente. Finalmente, nos inclinamos a favor de un enfoque conceptual gramsciano, que abona por recuperar el concepto de hegemonía, entendido como un enunciado histórico, conflictivo, dinámico, que nos permitía entrar de lleno en el análisis de los procesos de transformación que afectaron nuestro período de análisis, determinando tanto el carácter del nacionalismo como el de cocina en Argentina hasta las primeras décadas del siglo XX.

En base a lo anterior, asumimos que lo mejor para encarar nuestra investigación era articular metodología de análisis tanto de la antropología como de la historia. Es por tanto, que situamos nuestro trabajo en esa tradición de intersección y mutuo enriquecimiento disciplinar. Esto nos permitió sacar mejor provecho de las fuentes disponibles y visitar una gran cantidad de trabajos que abordaron problemas similares y ponerlos a dialogar para alcanzar nuevas conclusiones.

En el Capítulo 4 pudimos comenzar a desenvolver nuestro propio análisis. Primero recuperando el modelo propuesto por Fernando Remedi (2005) de afrancesamiento y diglosia culinaria de las élites criollas, aportando datos que surgieron de nuestra propia pesquisa archivistica y que nos permitieron readaptar el modelo para la territorialidad que nos proponíamos abordar. De esto surgió una imagen, a nuestro entender, bastante clara del contexto de cambio social, demográfico, económico y gastronómico de Buenos Aires y el litoral durante éste período. Pero, luego, avanzamos sobre los límites que le encontramos a dicho modelo. En este sentido, lo que despertó para nosotros especial interés fue el carácter aparentemente ahistórico que parecía presentar la idea de “tradicición” en el modelo de

Remedi. Es por ello, que nos planteamos una serie de preguntas en torno a esa tradición hispano criolla que describía el autor y llegamos a la conclusión de que ella no era una supervivencia que pugnaba contra la “modernidad alimentaria”, sino emergía del propio seno de la élite modernista y que se emparentaba más con la ética que propugnaban las instituciones del emergente campo intelectual, que con cualquier tipo de resistencia marginalizada o subaltenizada.

Ahora, en este Capítulo nos proponemos ir más allá e intentar responder las preguntas específicas que dieron origen a nuestra investigación: ¿Cómo fueron los procesos hegemónicos que llevaron a que se constituyeras ciertas formas culinarias, tendientes a la producción y reproducción de jerarquías sociales, políticas, económica, étnicas y sexuales? ¿Cuáles fueron los actores involucrados y los contextos históricos nacionales e internacionales que incidieron en la generación de imaginarios culinarios nacionalizados? ¿Cómo se dieron esos fenómenos de inclusión y exclusión que llevaron a que se incorporaran ciertos elementos por sobre otros la construcción de un recetario nacional en este período? y, finalmente, ¿Cómo ese padrón hegemónico de alimentación se inscribió en los sujetos individuales y colectivos concretos?

Para responder estas preguntas y otras que fueron surgiendo a medida que avanzaba nuestra reflexión histórica-antropológica, en éste último Capítulo lo primero es comenzar por los sujetos. Para ello, vamos a comenzar realizando una breve descripción del contexto histórico en el cuál éstos se desarrollaron, haciendo especial hincapié en las tensiones en torno a la emergencia del Estado.

Nuestra intención en este primer apartado es marcar cómo en este período las disputas dentro de la élite criolla en relación a las características que debía que tener un Estado capitalista moderno, estructuraron las alianzas y las disputas dentro y fuera de la clase dominante y dieron forma a los intereses y motivaciones del pensamiento nacionalista. Dicho esto, luego avanzaremos específicamente sobre un análisis estructural del modelo de acumulación, de lo cual se desprende como actor central el propietario terrateniente, al cual nos referiremos como La Estancia.

Entonces, La Estancia será tomada como un actor particular, dinámico, históricamente determinado y en permanente tensión con otros modelos de acumulación capitalista. Esto es esencial, ya que nos permite entender por qué los propietarios estancieros generaron instituciones específicas e incidieron en la formación del Estado con una virulencia que otros sectores no consiguieron. Sin embargo, como consideramos que no es suficiente para entender la complejidad del surgimiento del nacionalismo y su relación con la cocina y otras formas culturales, vamos a referirnos a otros dos actores que para nosotros son igualmente centrales: El Ejército y La Iglesia.

El abordaje de estas dos instituciones nos permitirá entender cómo el pensamiento nacionalista y las prácticas culturales que lo acompañan se escurrieron y desbordaron a las clases dominantes. Es por tanto, que en el apartado que dedicaremos al Ejército, vamos a intentar desarrollar cómo éste construyó una narrativa autolegitimante. La cual no sólo alcanzó su cenit gracias la superación de las disputas armadas dentro de la élite, desplazando el conflicto hacia el interior del Estado central, sino que la propia profesionalización del cuerpo castrense permitió a grandes sectores de las masas populares tener por primera vez interacción directa y sistemática con ese Estado.

En el mismo sentido, el apartado que dedicaremos a la Iglesia nos permitirá profundizar en el carácter transversal y complejo que tuvo el fenómeno social que dio origen al nacionalismo. En éste vamos a ver cómo la práctica del cristianismo católico no operó tanto como una herencia, que las élites adoptaron sin más, sino, por el contrario, fue un ejercicio consciente y político. Un fenómeno que dentro de las clases dominantes se manifestó mayormente como una disputa entre los sectores laicistas y los confesionales, donde los segundos no siempre resultaron ganadores y muchas veces se apoyaron en la movilización de las masas populares, pero que, a su vez, estuvo entramado con un proceso global de resignificación del lugar histórico de la evangelización americana.

Finalmente, y como producto del análisis de los puntos anteriores, vamos a abordar la dimensión de los no-sujetos. Aquellos actores que fueron borrados del paisaje de diversidad y sobre cuyos cuerpos se inscribieron los atributos simbólicos, culturales y gastronómicos, que construyó la nación argentina. En este último apartado, vamos a desarrollar específicamente lo que implicó la “ciudadanización del indio” (Quijada, 2011), sin olvidar que hubieron otras alteridades que quedaron subsumidas, subalternizadas o, simplemente, desaparecidas, bajo la identidad hegemónica que impuso el nacionalismo. Así, esperamos poder cerrar con claridad cómo es que la Nación y el Estado moderno en Argentina se transformaron en una máquina de clonación (Segato, 2007), que privó a nuestro recetario popular de cualquier referencia fácilmente asequible a cualquier diversidad no europea, masculina y cristina.

5.1) Breve introducción histórica.

A mediados del siglo XIX, en el territorio que va a pasar a comprender Argentina, nos encontramos con una serie de problemas que podrían sintetizarse como la carencia de un Estado. Esto, que parece un resumen brutal, va a ser el eje medular del conflicto por constituir un orden social, político y económico perdurable, y va a tener ramificaciones múltiples e igualmente conflictivas.

El esquema de poder rosista, sobre el cual se había podido conquistar cierta estabilidad por casi 3 décadas (minimizando los conflictos armados entre la provincia de Buenos Aires y el resto de la Confederación y trayendo algo de crecimiento económico) no fue capaz generar una institucionalidad sostenible. Así, la falta de voluntad política para generar un orden constitucional, que garantice la unidad territorial y normalice canales para administrar la disputa por el poder, terminó generando la caída del propio régimen, el 3 de febrero de 1852. En los años venideros, si bien los actores que van a suceder a Rosas como las principales figuras de la política local, Justo José de Urquiza, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda, van a dar algunos pasos importantes, fundamentalmente la sanción de la Constitución Nacional de 1853, el clima de inestabilidad política va a perdurar por varias décadas.

De este modo, los constantes alzamientos federales contra el poder de Buenos Aires y de la provincia de Buenos Aires contra la Nación van a dinamitar todos intentos de organización nacional. Situación que va a perdurar hasta la supresión de las Guardias Nacionales, brazo armado de las provincias, en la transición hacia la presidencia de Julio Argentino Roca, en 1879.

Este período, que comúnmente se conoce como “de organización nacional”, y que abarca los años desde la sanción de la Constitución del 53 hasta la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880, fue el telón de fondo de una serie de transformaciones radicales. Desde la modernización del sistema productivo local, que implicó la refuncionalización de los campos, el desarrollo de conectividad interregional a través de los ferrocarriles, la incorporación masiva de mano de obra, el surgimiento de instituciones de crédito y financieras específicas, las expansiones de las áreas de explotación terrateniente y el nacimiento de diversas ramas de manufactura; así como redefinición del paisaje social, con la llegada de enormes colectivos migrantes (fundamentalmente europeos), la homogenización étnica y cultural a través de la ampliación de la escuela, entre otras instituciones, y la creación de nuevas ciudades y áreas pobladas; hasta la síntesis de las principales controversias al interior de la élite por el control del Estado, en un partido hegemónico, que va a regir hasta la sanción de la Ley Electoral del 1912, el Partido Autonomista Nacional (PAN).

Hasta aquí, todo pareciera seguir un orden lógico. Del caos y la fragmentación al slogan con el que Roca bautizó su primer gobierno, “paz y administración”. Sin embargo, como lo han descripto muchos autores y autoras (Romero, 1965; Gorostegui, 1972; Ansaldi, 1980; Lettieri, 1999; Halperin Dongui, 2005 y 2009; Sábato, 2012; entre otros), lejos estuvo de ello.

En realidad, lo que sucede es que la política en éste tramo histórico, desde 1853 hasta 1912, se ordena de una forma distinta a la que imperaba en el periodo inmediatamente anterior, previo a la Batalla de Caseros, y a la que se va a regir luego de la Ley Saenz Peña, de la que nacen los partidos modernos, se potencia la incursión del movimiento obrero organizado, el

sufragismo femenino y hacen su aparición otros actores sociales. Por tanto, si bien la disputa por el poder en esta etapa se propone la normalización institucional, esta no coarta la pelea entre fracciones. En este sentido, el Estado es, en definitiva, una arena de combate por el poder (Vilas, 2005), en la que distintos grupos de la élite traman alianzas y generan conflictos, dentro y fuera, con el objetivo de imponer una lógica propia de organización social, económica y cultural.

Entonces ¿cuáles son las fracciones que se enfrentan por el control del Estado en éste período? Bueno, como bien advierte Hilda Sabato (2012), en esta etapa no se ordena en términos de partidos ni de programas. Las voluntades entre los grupos de la élite criolla parecieran coadunarse de manera *ad hoc*, dependiendo la coyuntura y los actores involucrados, en el marco de 3 grandes acuerdos de lo que se entendía aquel entonces por progreso: La promoción de la inmigración y colonización para el desarrollo de nuevas áreas productivas; la expansión de la educación formal como principal herramienta para la modernización de las masas populares; y la consolidación de un marco regulatorio a tono con las ideas liberales imperantes en la época y la ampliación de las zonas de explotación capitalista mundial. De esto se desprende que las lealtades federalistas, nacionalistas, autonomistas, podían cambiar rápidamente e involucrar a figuras que en su recorrido biográfico pasarían por más de una auto-denominación política, como fue el caso de destacados protagonistas de la época como Mitre, Alsina o Mansilla.

Por todo esto, nos interesa entrar en la caracterización de 3 grupos que van a ser transversales a muchas de éstas diputadas, pero que van a protagonizar otro tipo de enfrentamientos al interior de la elite gobernante, al punto de desbordarla y lograr imprimir

sus intereses y sus atributos simbólicos en toda la sociedad. Nos referimos a La Estancia, La Iglesia y El Ejército.

5.2) La Estancia.

A lo largo de este extenso periodo (1852-1910), algunos empresarios de las familias acaudaladas de Buenos Aires y el litoral demostraron una impresionante habilidad para explotar las actividades más lucrativas de cada momento histórico. El comercio a distancia, base sobre la cual se erigieron las principales fortunas coloniales rioplatenses, de las cuales se destacan los Anchorena, Segurola, Belgrano y Tellechea, constituyó por medio siglo el núcleo original de acumulación (Hora, 2012). En esta región, donde no existían ni emprendimientos mineros ni grandes ciudades y en la que tanto los mercados como las empresas urbanas y rurales poseían una escala muy modesta, el comercio a distancia constituía la única plataforma que permitía escapar a las constricciones impuestas por el entorno local para el enriquecimiento de una minoría potentada. La comercialización de bienes de alto valor unitario a través de una extensa geografía que iba desde Potosí a Cádiz, que permitía lucrar con las diferencias de precios existentes entre mercados distantes y mal comunicados, para el período pre-revolucionario constituía el único nicho en el que podía labrarse una gran fortuna. Esta condición particular fue, sobretudo, significativa durante la era de los Borbones, cuando Buenos Aires se convirtió en una de las principales cabeceras de la reorientación atlántica del imperio español.

En este sentido, Tulio Halperín Dongui (2002) relata que el primer quiebre importante en la producción de excedente a través del comercio a distancia se produce en la etapa

inmediatamente posterior a la independencia. Es así que el derrumbe del vínculo colonial erosionó el tránsito de minerales de Potosí a Buenos Aires y estimuló la apertura comercial y el arribo de mercaderes provenientes del Atlántico Norte. Esta nueva situación hizo que un núcleo significativo de la élite porteña reorientara su actividad comercial hacia regiones y mercados donde se hallaban mejor protegidos de la competencia con los nuevos dominadores del vínculo externo.

Desplazados de los circuitos comerciales más dinámicos y rentables, comenzaron a explorar alternativas fuera de la actividad mercantil. En la década de 1820, muchos miembros de la élite emprendieron inversiones en la producción rural para la exportación, un ámbito que había tomado impulso tras la apertura comercial y donde empezaron a surgir empresas de una escala desconocida en la era colonial. Ello no supuso, sin embargo, un vuelco completo de sus actividades al campo.

Durante la etapa de alta inestabilidad institucional que se prolongó hasta mediados de siglo, los Anchorena, Pereyra Iraola, Villafañe y otros, combinaron inversiones agrarias con colocaciones en comercio y crédito y en bienes de renta urbana. Así, articularon inversiones riesgosas de alta rentabilidad con otras menos rentables pero más seguras.

A mediados del siglo XIX se produjo una transformación decisiva en su estrategia de inversión, producto a su vez de la aceleración del crecimiento y del cambio en el entorno institucional en el que desarrollaban sus negocios. La afirmación del orden político, la creciente solidez de las instituciones económicas y la expansión productiva crearon un nuevo contexto en el que los patrones de inversión conservadores perdieron atractivo, impulsando a los capitalistas a invertir en las actividades dinámicas y rentables. La expansión económica abrió grandes oportunidades de negocios en todos los sectores de la

economía; no todas, sin embargo, se mostraron igualmente atractivas para los capitalistas nativos (Hora, 2012). La expansión del mercado y la mayor estabilidad institucional también crearon incentivos para el arribo de nuevas y más poderosas empresas extranjeras que dominaban tecnologías y recursos de capital que se hallaban fuera del alcance de los capitalistas criollos, así como para el desarrollo de un empresario de origen inmigrante. El desembarco de grandes firmas extranjeras que pusieron bajo su control los segmentos dominantes del sistema de transporte, y parte considerable de la actividad comercial mayorista, así como el desarrollo de grandes casas bancarias, tanto públicas como privadas, recortaron oportunidades de inversión en sectores en los que la élite local había incursionado en el pasado. Al tiempo, y pese a la veloz expansión que entonces experimentaba la economía argentina, el tamaño relativamente reducido del mercado interno siguió imponiendo límites a las oportunidades de acumulación en áreas tales como la producción de manufacturas o la actividad comercial.

Al compás de la expansión de la demanda mundial de lana, Buenos Aires inició una de las transformaciones productivas más importantes de la historia argentina, el ciclo del ovino. En pocos años, la provincia se convertiría en uno de los principales exportadores de lana del mundo con un rebaño que se multiplicaba y mejoraba en calidad y rendimiento (Sábato, 2012).

Este tránsito entre modelos de acumulación por parte de la élite local fue generando, por un lado, un cambio de subjetividad, del eje ultramarino a la “frontera interior” (elemento sobre el cual nos centraremos más adelante) y, por el otro, sentó las bases para otro cambio dentro del modelo de desarrollo pecuario sobre el cual nos interesa detenernos un momento,

debido a la importancia simbólica que tiene en los imaginarios nacionalistas de la argentinidad.

5.2.1) “ *O d a a l a s v a c a s y l a s m i e l e s* ”

Como ha demostrado Mario Silveira (2005), la producción y el consumo de carne vacuna en la zona del litoral, especialmente en la provincia de Buenos Aires, desde el periodo colonial hasta entrado el siglo XX, siempre ha sido muy alta. Sea ganado cimarrón o de rodeo, los datos que releva Silveira hablan de un consumo promedio a lo largo de todo el siglo XIX de alrededor de 237 kilos de carne bovina *per cápita*, cifra que contrasta enormemente con los 54 kilos por habitante que se consumen en la actualidad.

Tal como plantea Silveira, las crónicas de la época dan cuenta de esta sobreabundancia de carne vacuna y su bajísimo precio. Así, por ejemplo, en su diario de viaje de 1834 el naturalista inglés, Charles Darwin, apunta, a propósito de la visita que realiza a un campo bonaerense, lo que responde un militar cuando éste le pregunta sobre el costo de la carne: “En nuestro país damos la carne a nuestros perros, no hay por qué vendérsela a los cristianos” (citado en Silveira, 2005, p. 129).

Sin embargo, de lo que queremos dar cuenta aquí es de un proceso mucho más complejo que la simple herencia de un patrón productivo o alimentario. Así, creemos que para que el ganado vacuno tuviera un lugar tan destacado dentro del universo productivo del campo argentino durante este período, debió disputar al interior de la élite criolla una fracción con el ímpetu y la tenacidad de imponer un modelo de desarrollo.

A propósito de esto, Carmen Sesto (2005) plantea que existió un sector de la élite, al cual ella denomina “vanguardia”, que fue el responsable de instrumentar cuatro etapas de

transformaciones productivas orientadas al refinamiento y expansión del ganado vacuno: La primera entre 1856 y 1873, en la que las modificaciones más importantes provienen de la reproducción local de vacunos mejorados y, correlativamente, se perfila un sistema intensivo en pequeña escala alrededor de puros pedigree, con la formación de personal especializado. La segunda entre 1873 y 1887, en que este modelo a escala soporta la inclusión de un paquete tecnológico de avanzada, para implementación de métodos más eficaces de cambio racial, de sistemas de manutención y cuidado, con la adaptación de un nuevo sistema de alambrado, de norias y la división del trabajo en tareas cada vez más específicas y rutinarias. Una tercera entre 1887 y 1895, donde se introducen una serie de cambios en la cadena productiva con la ampliación de los alfalfares y la combinación de los pastos tiernos; y otros que tienden a agilizarlo, como la vinculación de las poblaciones centrales con los potreros; la organización jerárquica de la mano de obra y la nueva distribución de las áreas de trabajo. Por último, una cuarta etapa entre 1895 y 1900, donde la máxima eficiencia se alcanza por los cambios realizados previamente y por la funcionalidad que le imprime el sistema de administración general, además de la incorporación de maquinaria de última generación y el cambio de escala del personal permanente. Es muy notorio que el ritmo de esas transformaciones productivas se acelera a partir de la segunda secuencia. Este proceso se ve facilitado por la apertura de la economía y la mayor vinculación de los mercados locales con los internacionales, que se refleja en la creación de una demanda de alto poder adquisitivo en el mercado de reproductores y en el consumo urbano.

Sin embargo, según Sesto, a lo largo de este proceso el impulso innovador provino de una vanguardia empresarial, que aún no contaba con el incentivo de la demanda ampliada, que

haga necesaria la imposición de un producto nuevo totalmente alejado de lo que se hacía rutinariamente. Por tanto, la implementación de esas tecnologías fue un proceso endógeno, azaroso y acumulativo que no pudo ser realizado automáticamente.

Así, Sesto definirá a los terratenientes pampeanos de la segunda mitad del siglo XIX que promovieron estas modificaciones en los procesos productivos como una vanguardia “schumpeteriana”, dando cuenta de que cómo éstos introdujeron un producto nuevo: las razas Shorthorn, Hereford y Aberdeen Angus especializadas en la producción de carnes. Al mismo tiempo que realizaron las transformaciones creativas necesarias para la implantación de esta tecnología pecuaria, teniendo como objetivo último el acceso y control de mercados altamente selectivos como el de reproductores en el país y el de carnes en Gran Bretaña.

Para Sesto, lo que resulta evidente es que ésta vanguardia implementó una fórmula productiva exitosa, pero que le exigió asumir grandes riesgos, incrementar la dotación de capital fijo, capacitarse técnicamente y asumir el desafío de realizar las adaptaciones creativas necesarias, a fin de achicar la brecha tecnológica entre los países más avanzados y el nuestro.

La vanguardia surge y se diferencia nítidamente del resto de los terratenientes alrededor de la labor desarrollada con lanares refinados por precursores británicos, de los cuales aprenden que el cambio racial es un negocio que le asegura una considerable ampliación del margen de ganancias, apostando a mercados de muy diferente especialización y calidad en el país e internacionalmente.

Como prerrequisito para convertirse en innovadores se cuenta la libre disponibilidad de sus tierras y una considerable fortuna adquirida en otras actividades, de lo cual se desprende la transversalidad de origen de los integrantes del grupo. Esto se ve, por ejemplo, en el caso

de Leonardo Pereyra, típico integrante de esa vanguardia, quien dispuso de la herencia paterna, formada en la provisión del ejército de Juan Manuel de Rosas, primo de los Anchorena, otros beneficiados con este emprendimiento; a su vez, otros miembros, como Gregorio Villafañe venían del comercio, incluso de herencia colonial; así como criadores de ovinos mejorados, como Félix Alzaga Unzué. Todos ellos, al igual que José Martínez de Hoz, Eduardo Olivera, Ricardo Newton, Carlos Casares, Federico Leloir y los demás miembros de la vanguardia, fueron elenco estable en la Comisión Directiva de la Sociedad Rural Argentina, fundada en 1866 para apalancar esta transformación y coadunar voluntades políticas y empresariales.

Esta vanguardia, a su vez, adquiere un discurso autolegitimante a mediados de la década de 1870, cuando formulan una estrategia productiva de largo alcance en donde el punto clave lo constituye la adopción de esta tecnología pecuaria; quizás la adaptación creativa más específica tiene que ver con la remodelación del régimen “a campo”, a fin de hacer viable la cría “a campo” de razas mejoradas como productores de carne.

La adopción de esta nueva tecnología resultó fácil de asimilar, ya que, como hemos planteado anteriormente, este producto era compatible con la orientación productiva ya establecida: la cría extensiva del vacuno criollo, del que disponían extensos rodeos. Pero, también, se vio facilitado porque, con antelación o paralelamente, se había reasignado recursos al mejoramiento del lanar, en cuanto a capacitación, entrenamiento del personal, y reorganización del establecimiento.

En esta estrategia la vanguardia asoció en un solo proceso la adopción y la difusión de esta innovación tecnológica. Para ello utilizó dos mecanismos básicos de difusión: uno más tradicional, la venta de sus productos mejorados a otros hacendados, y, otro más novedoso,

la creación de una estructura de información tecnológica en diversas revistas especializadas.

El cambio es tan radical y beneficioso que, de una oligarquía que a principios del periodo decimonónico contaba con fortunas muy inferiores a las de otras ex colonias ibéricas (como México o el Perú) o de otras áreas productivas similares (como Australia y Nueva Zelanda), van a pasar a tener riquezas equiparables a la de las aristocracias europeas (Hora, 2012).

De allí que el nacionalista Leopoldo Lugones (a quién nos permitimos parafrasear para titular éste apartado) escribirá, con motivo de la celebración del centenario de la gesta independentista de 1810, su “*Oda a los ganados y las mieles*”, como un homenaje a la Sociedad Rural Argentina. En dicho poema, publicado para la ocasión a modo de fanzine por el diario La Nación, Lugones dibuja su paisaje ideal de la pampa y los destinos argentinos:

*“ ... P i é r d e s e e l t r e n p o r l o s d e s i e r t o s c a m p o s ,
Al paso que en vedijas perezosas
Se deshacen sus blancas balas de humo
Por las cañadas húmedas de sombra.
En vasta dispersión paca el rebaño
Que entre el profuso pastizal engorda,
Asegurando al semental pujante
S u p l a n t e l d e l u c i e n t e s v a q u i l l o n a s . ”*

En el mismo versario, Lugones se toma el tiempo de identificar a quienes serán para él la gran amenaza para los valores y la integridad de la nación, aquella “chusma de ultramar...”. Pero, sobre esto, también volveremos más adelante.

Para finalizar este apartado, es importante decir que no todos los miembros de la élite criolla compartían al dedillo la estrategia de éste modelo de desarrollo y esto quedó planteado, como no podía ser de otra manera, por el mayor polemista de la época. Así, cuando presidente y en pleno acto en la joven ciudad de Chivilcoy, Domingo Faustino Sarmiento sintetizó, con una frase célebre y de altísimo poder adjetivante, su visión del sector oligárquico que se oponía a sus propuesta de desarrollar *farmers* criollos y que priorizaba el desarrollo pecuario bovino, a ellos se refirió como aquella “aristocracia con olor a bosta de vaca” (citado en Rodríguez, 2017, p. 12).

Sin embargo, y como sucedió con muchas propuestas sarmientinas, éstas no se harían carne (o lo harían parcialmente tras una larga dilación) en un proyecto político y económico práctico ni hegemónico.

Así, los sectores más fuertes de la élite criolla, no sólo dejarán atrás un modelo productivo que imperó en los primeros 50 años del siglo XIX, sino, también, un modelo de poder. En este sentido, es interesante notar que, simultáneamente con el desarrollo de la vanguardia, comienza el declive de otro tipo de estanciero, que había protagonizado las décadas anteriores. Un terrateniente que intenta implementar en su establecimiento reformas generadas en el Reino Unido, pero que debe resignarse a que su actividad sea constantemente interrumpida por su condición de líder militar que debe intervenir en la lucha fratricidas de su tiempo. Esto es, un estanciero que no sólo arma y comanda un ejército para salvaguardar la integridad de su capital (por ejemplo de los malones de indios

y cuatreros que roban ganado) sino que interviene en la política desde las armas. Rosas, Urquiza y Mitre son comúnmente los ejemplos más citados de éste tipo de liderazgo que coaduna la faceta económica con la beligerante, pero es una condición que van a compartir la mayoría de los terratenientes de la época hasta entrado la década de 1870.

Es por ello, que la institución que va a sustituir aquel uso “horizontalizado” de la violencia armada, no sólo deberá erigirse como garante y protector de las fronteras exteriores, sino, como roca sobre la cual se cimienta la integridad de la Nación, que ya no admite que cada fracción conforme un proto o sub Estado, de tinte aristocrático y con capacidad militar propia. Por tanto, es tiempo de hablar del Ejército.

5.3) El Ejército.

En la historiografía argentina sobre el Siglo XIX, el Ejército Nacional tiene 3 nombres propios: La Guerra del Paraguay, La Conquista del Desierto y Julio Argentino Roca. En ellos se resume el tránsito de la institución militar, de una herramienta del emergente Estado Nacional para garantizar el control vertical a un eje articulador de la propia disputa por el poder. Sin embargo, lo que quizás esta síntesis deje de lado es el factor “ciudadanizante” que tenía el ejército, en términos de acceso a la “vida pública” y del rol que desde el comienzo jugaba en la maquinaria electoral. A su vez, la narrativa autolegitimante de los altos mandos militares constituyó un elemento fundamental en la generación de imaginarios nacionales. Por tanto, resulta sumamente necesario abordarlo como un actor particular dentro de la élite, que la subsume y la desborda, para comprender el *ethos* del nacionalismo que surge en éste período.

Desde la Batalla de Caseros en 1852 hasta la sanción de la Ley de Milicias de 1879, la organización militar fue clave para conseguir el ordenamiento interno de la República. Así, a poco de asumir como presidente de la Confederación, Justo José de Urquiza impulsó una importante reforma destinada a dotar al país de una fuerza armada nacional. Hasta ese momento, la organización militar había sido descentralizada: cada provincia tenía su sistema de defensa, que en la mayoría de los casos incluía cuerpos profesionales y una milicia de ciudadanos. Después de Caseros, el Acuerdo de San Nicolás entregó a Urquiza el mando del conjunto de las fuerzas militares provinciales, creando así en el papel una instancia militar supralocal. De ahí en más, el gobierno confederado se propuso dar forma efectiva al ejército nacional bajo el comando centralizado del presidente de la república.

Así, como costumbre en el siglo XIX, el nuevo ejército nacional incluyó el Ejército de Línea, que tenía carácter profesional y estaba compuesto por oficiales de carrera y soldados pagos, “enganchados” por propia voluntad o reclutados por la fuerza, y la Guardia Nacional, integrada por todos los ciudadanos. La creación de esta última imprimió un carácter nacional a una institución –la milicia- que hasta entonces había sido netamente local, y si bien las milicias provinciales no desaparecieron, pasaron a ocupar un rol cada vez menor en el entramado militar.

Urquiza ordenó la creación de varios regimientos con dependencia nacional y dividió el territorio en cinco regiones, cada una a cargo de un comandante, a quien debían subordinarse las fuerzas de la región.

Sin embargo, su intención de constituir un ejército que respondiera al comando nacional se topó con un escollo muy complejo: la tradición de autonomía militar de las provincias.

Buena parte de los regimientos, tanto profesionales como milicianos, estaban insertos en las tramas del poder local y eran reticentes a subordinarse a la autoridad central. En ese sentido, la creación de la Guardia Nacional dificultó aún más el proceso. Ya que, si bien por ley constituía una reserva del Ejército de Línea y dependía del mismo comando supremo, su organización quedó en manos de las provincias, por lo que en la práctica fue controlada, durante varias décadas, por los gobernadores más que por el ejecutivo federal, quienes la utilizaban regularmente para dominar los colegios electorales y suprimir las disidencias.

Habiendo heredado el problema de las Guardias Nacionales, una vez electo presidente, Bartolomé Mitre se propuso fortalecer la capacidad del gobierno central en materia militar, para doblegar cualquier intento de impugnación de su poder por medio de las armas, algo que había quedado latente luego de la integración de Buenos Aires y la Confederación bajo un mismo Estado nacional. De este modo, el nuevo líder del Ejecutivo creó el Ministerio de Guerra y Marina, que puso a cargo del veterano general, fiel al liberalismo mitrista, Juan Andrés Gelly y Obes, y la Inspección y Comandancia General de Armas, que en 1864 pasó a manos del general Wenceslao Paunero.

Tras la derrota de Pavón en 1861, las fuerzas de línea confederadas se habían desbandado y muchos de sus efectivos se retiraron a las provincias, en particular a Entre Ríos, tierra de Urquiza. Las tropas vencedoras pertenecían, en su mayoría, a la Guardia Nacional de Buenos Aires, y con esas fuerzas, que sumaban unos 10.000 hombres, Mitre doblegó a los opositores y controló temporalmente al interior. Esos efectivos fueron, a su vez, la base sobre la cual el presidente decretó en enero de 1864 la creación de un ejército profesional permanente de línea, con unos 6000 hombres, divididos en seis regimientos de infantería,

ocho de caballería y uno de artillería, además de guarniciones fijas de frontera y batallones de “indios amigos”. Al tiempo decidió licenciar a la Guardia Nacional de Buenos Aires. Sin embargo, Toda esta organización sufriría cambios importantes al estallar la Guerra contra el Paraguay.

La guerra impuso reclutamientos masivos y la reestructuración de mandos y regimientos en función del conflicto bélico. Por tanto, para contar con esas tropas, el gobierno central debió negociar con los dirigentes locales. Ya que la clave del poder de los gobernadores yacía en su potestad en relación con las milicias provinciales y la Guardia Nacional, eran ellos quienes en los hechos movilizaban esa reserva del ejército, que cumplieron un activo papel en las luchas internas, externas y de fronteras durante el todo periodo. Las fuerzas federales que se resistieron, al ser declaradas ilegales por los liberales mitristas, pasaron a ser calificadas como “montoneras”.

Una de las montoneras más importantes de éste período fue la de Felipe Varela, ex edecán de Urquiza y ex lugarteniente de Vicente Ángel Peñaloza alias “el Chacho”, quién lideró en 1866 un alzamiento desde Cuyo contra el gobierno de Mitre. Como dato a destacar, resulta interesante ver que para dar sustento a ésta sublevación, Varela dio a conocer una proclama dirigida a los “argentinos”, donde fundamentaba su accionar, resumía los agravios que muchos compartían y los llamaba “¡A las armas!” para combatir a los que consideraba usurpadores del gobierno nacional (citado en Sábato, 2012). Constitucionalismo, anticentralismo, antiporteñismo y americanismo eran sus principios, y Mayo y Caseros, San Martín, Alvear y Urquiza las referencias a un pasado glorioso que aparecía mancillado por el accionar del “caudillo Mitre” y “el centralismo odioso de los espurios hijos de la culta

Buenos Aires”. Los porteños eran acusados de monopolizar los tesoros públicos y absorber las rentas de las provincias, así como de “odio fratricida” a los provincianos.

Luego de la supresión de los alzamientos montoneros y de la guerra civil que propuso el levantamiento federal entre 1866 y 1867 contra el poder de Mitre, desde Mendoza hasta Salta, el ejército alcanzó gravitación decisiva en el Interior. Ciertamente fortalecido por la prueba paraguaya, en poco tiempo el cuerpo militar nacional había atravesado una enorme transformación.

El costo de la guerra contra el Paraguay había impuesto concentración de recursos militares y financieros en la administración central. El aparato del Estado se fortaleció y el ejército fue una institución clave para ello. Aumentó su presupuesto, se definieron sus estructuras y jerarquías internas; se ampliaron los cuadros, fogueados en la larga contienda; se articularon redes de camaradería y complicidad entre los oficiales; y se generó un espíritu de cuerpo que incluyó a una tropa de orígenes y simpatías políticas diversas pero que, una vez en el frente, compartió penurias y luchó denodadamente contra un enemigo común. Sin dudas, ese ejército salió de la guerra ya convertido en una pieza fundamental del engranaje del poder.

Curiosamente, el sangriento desastre de la Batalla Curupaytí en septiembre de 1866 reveló a la sociedad de la época que la guerra iba a ser mucho más larga, dura y cruenta de lo que había prometido Mitre cuando la elevó a una “causa nacional”. Pero, más que traer desprestigio a la fuerza, inspiró entre los oficiales una creciente desconfianza sobre una conducción militar que imponía sacrificios tan altos y, aparentemente, tan inútiles. Es ese

cuerpo de oficiales el que es solicitado desde 1867 por el coronel Lucio V. Mansilla para apoyar la candidatura de Domingo F. Sarmiento.

A pesar de que los federales habían sido quebrados y derrotados, los liberales mitristas fueron incapaces de remontar la mala imagen que les había traído la guerra. Así, jaqueado por grupos de su mismo tronco, que formaron una nueva constelación política más amplia a la que prontamente se sumarían viejos federales, Mitre perdió su lugar de poder. Mansilla era sobrino de Rosas y seguidor de Urquiza hasta la víspera de Pavón. Pero, sin embargo, nada de ello impidió al autor de “Excursión a los Indios Ranqueles” ganar la adhesión de sus camaradas de armas y apalancar la candidatura presidencial de Sarmiento, quien finalmente derrotaría a Rufino de Elizalde, delfín de Mitre, en las elecciones de 1868.

Sarmiento estaba convencido de la necesidad de subordinar la Guardia Nacional al ejército regular y, por lo tanto, de restarles autonomía en ese rubro a las provincias, a favor del Estado central. Así, en 1872 fue terminante: “Toda limitación que (se) ponga al poder nacional militar sobre el uso de la Guardia Nacional es suicidar la Nación y hacer nacer por fuerza lo que con tantos sacrificios destruimos o neutralizamos entre todos, a saber: las milicias” (Citado en Sábato, 2012, p. 123)

Bajo la presidencia de Sarmiento se creó en 1870 el Colegio Militar para formar a los futuros oficiales de manera profesional, y en 1872 se fundó la Escuela Naval Militar, en un país que durante la guerra había exhibido grandes debilidades en esa materia. Se compraron buques para formar una marina de guerra y se realizaron grandes y sistemáticos esfuerzos por ampliar y modernizar todo el equipamiento militar. Los mecanismos de reclutamiento fueron modificados a fin de que todas las provincias, tuvieran o no fronteras exteriores que

defender, contribuyeran con soldados para el Ejército de Línea, en proporción a su población.

Sin dudas, la ampliación burocrática y territorial del Estado central bajo la gestión de Sarmiento mostró sus frutos llegado el periodo de sucesión presidencial. Por ello, para las elecciones de 1874, la figura estelar es Nicolás Avellaneda, quien había sido el ministro más activo del proyecto de expansión educativa, pero que exhibía también otros atributos.

Desde el Ministerio de Educación, Avellaneda había tejido una extensa red de relaciones políticas en todo el territorio nacional. Por su origen tucumano, a su vez, lograba cuajar muy bien con el nuevo discurso federalista que comenzó a organizarse gracias a plumas como la de José Hernández, entre otros. Además, el otrora ministro contaba con un activo fundamental proveniente del ejército: la activa militancia de un joven oficial de gran prestigio dentro de la fuerza, Julio Argentino Roca.

Pero Roca no fue sólo fenomenal traficante de influencias a favor de Avellaneda, sino que sirvió como general destacado, cuando el mitrismo impugnó la elección del sucesor de Sarmiento y se alzó en armas. Roca logró suprimir la rebelión en 1874, venciendo al general Arredondo, aliado de Mitre, en la segunda batalla de Santa Rosa. De esta manera, el gobierno nacional, ya con Avellaneda a la cabeza, logró firmar su autoridad en todo el territorio de la república y Mitre quedó definitivamente expulsado a los márgenes del nuevo partido supralocal que dominaría la política argentina las próximas décadas, el Partido Autonomista Nacional (PAN), fundado por el nuevo presidente.

Sin embargo, la presidencia de Avellaneda no fue armoniosa ni tranquila, ya que estuvo signada en gran parte por la crisis económica de 1873. Como consecuencia de una crisis

financiera originada en Austria, que afectó a los países de Europa y a los EEUU, se generó un clima de restricciones en los mercados de capital, que frenó las corrientes de préstamos e inversiones y, a su vez, afectó los precios de las exportaciones. Pronto, el gobierno argentino se encontró ante una emergencia fiscal que se agravaba día a día. Para recuperar el equilibrio, la administración de Avellaneda decidió hacer un ajuste brutal del gasto público.

A poco de comenzar el nuevo gobierno, se recortaron empleos estatales y se redujo un 15% los sueldos y las pensiones de la administración pública, entre otras medidas. En relación a esto, Avellaneda sintetizó en una frase, tristemente célebre, quienes pagarían los costos de la crisis: “Hay dos millones de argentinos que economizarán hasta sobre su hambre y su sed, para responder en la situación suprema a los compromisos de nuestra fe pública en los mercados extranjeros”.

Tras la restricción del gasto, renegociación de los créditos externos, nuevos préstamos (obtenidos gracias a una gran gestión en la política exterior), relanzamiento de las exportaciones y una activa política de conciliación con las demás fracciones políticas, el gobierno de Avellaneda logró sortear la crisis. Al mismo tiempo, la administración central decidió promover la más grande embestida colonizadora sobre el territorio indígena.

Sobre esto, apenas solucionado el conflicto político y militar de su asunción, Avellaneda escribió al coronel Álvaro Barro, el 20 de agosto de 1875: “La cuestión fronteras es la primera cuestión de todas, y hablamos incesantemente de ella aunque no la nombramos. Es el principio y el fin, el alfa y el omega. (...) Suprimir a los indios y las fronteras no implica otros términos sino poblar el desierto.”

La crisis había mostrado la urgencia de incorporar nuevas tierras al proceso productivo (la república, por ese entonces, ocupaba alrededor del 50% del territorio que reclamaba como propio) y terminar con la inseguridad en la amplia franja de la frontera, que generaba incertidumbre y recurrentes pérdidas para el sector agropecuario. Para tal fin, la política de la gestión Avellaneda con respecto a los indígenas atravesó dos etapas. En la primera, se ejecutó el plan diseñado por el Ministro de Guerra, Adolfo Alsina, que consistía en ocupar progresivamente el territorio comprendido entre la frontera vigente y la nueva línea fijada en los ríos Negro y Neuquén, e inducir la asimilación gradual de los nativos a la sociedad argentina a través de un extenso sistema de zanjas y fuertes. Este plan fue duramente criticado por su carácter defensivo, tanto por quienes sostenían que protegerse detrás de zanjas (que operarían como muro de contención para avance paulatino) era un método destinado al fracaso como por quienes abogaban por una estrategia más ofensiva, como el General Roca, centrada en perseguir a los indígenas hasta su aniquilación.

En 1876 el plan de Alsina se puso en marcha y columnas militares avanzaron hacia el sur de la provincia de Buenos Aires. Se instalaron fuertes que unían en una línea Puan, Carhué, Guaminí, Trenque Lauquen e Italó, y se cavaron 370 kilómetros de zanja. En simultáneo, se encargó también una avanzada científica, destinada a reconocer y relevar el territorio, además de planificar y dirigir la construcción de la zanja.

A fines de 1877, la muerte de Alsina y su reemplazo por Roca, dieron inicio a la segunda etapa, que implicó un giro tanto en la táctica militar como en la estrategia respecto a los indígenas. La Campaña del Desierto, que ahora se procuraba “ir directamente a buscar al indio a su guarida, para someterlo o expulsarlo, oponiéndole en seguida no una zanja abierta por el hombre, sino la grande e insuperable barrera del río Negro” (citado en Sábato,

2012, p. 211), terminó signando uno de los capítulos más oscuros de la historia del Estado argentino y el principal rostro de éste giro, a los pocos años, fue elegido presidente. Sobre las implicancias más profundas de éste proceso nos detendremos mejor más adelante.

Antes de pasar a hacer algunas apreciaciones globales en torno al tránsito que hace el ejército nacional, de la Confederación a la Guerra contra el Paraguay y a la Conquista del Desierto, creemos que es importante marcar que, con la vuelta de Roca a Buenos Aires, ya electo presidente y habiendo dejado el comando de la campaña en el general Conrado Villegas, también se cerró el capítulo de las Guardias Nacionales.

El gobierno de Avellaneda había derrotado electoralmente a los autonomistas de Buenos Aires, encabezados por Carlos Tejedor, gobernador de la provincia, y había impuesto a Roca como sucesor. Este resultado fue impugnado por Tejedor, quién llamó al pueblo de Buenos Aires a levantarse en armas. Ante esta situación, Avellaneda hizo votar al Senado la Ley 1072, el 18 de octubre de 1880, que establecía: “Queda prohibido a las autoridades de las provincias la formación de cuerpos militares bajo cualquier denominación que sea”, para intentar frenar la movilización de tropas que ya se estaba generando en la provincia. Sin embargo, esto no hizo mella en la actitud beligerante del Gobernador.

Avellaneda decidió mudar temporalmente, entonces, el poder federal y nombrar capital nacional provisoria a la ciudad de Belgrano, a fin de prever movimientos de asalto y esperar a la reorganización del ejército nacional. Pero, lo que estaba en juego en esta contienda era si Buenos Aires podía o no continuar oponiéndose a la autoridad de la Nación y se iba a resolver definitivamente en esa contienda.

El ejército al mando de Roca, entonces, marchó con caballería y artillería, para establecerse en la zona de Chacarita y esperar el desenlace de los acontecimientos. Así, se dieron violentos enfrentamientos en Puente Alsina, los Corrales y Barracas, que terminaron en dar por tierra el alzamiento porteño y dejar al poder central como único vértice de la organización nacional.

Buenos Aires había sido finalmente derrotada y sometida a la nación. La prohibición de los cuerpos militares provinciales se hizo efectiva y Roca, a su vez, pasaba a ser, ya no un ocupante transitorio del sillón de Rivadavia, sino, el representante máximo y el líder positivista de una constelación de actores que se habían estado constituyendo a lo largo de todo el período decimonónico.

5.3.1) El Ejército como actor “ciudadanizante”.

Como hemos comentado más arriba, al interior del ejército se fue conformando una sólida jerarquía, formada en la profesionalización del cuerpo militar a lo largo de las distintas administraciones y de la experiencia de campo, que ayudó a secularizar las diferencias producto de los orígenes disímiles de los miembros de la fuerza y a homogeneizar una narrativa interna de autolegitimación. En este sentido, Roca, como emergente de la organización castrense, no se entrona a sí mismo sólo como un garante de “paz y administración” para los intereses de los sectores terratenientes y la banca inglesa, sino que, esencialmente, es el representante del prestigio que ha ganado el ejército para con toda la sociedad del siglo XIX. Es el Ejército como institución y no tanto el general tucumano como individuo, más allá de sus aptitudes personales para la política, quién surge como árbitro legítimo para la pelea de fracciones, no sólo de extracción oligárquica.

Debido a los métodos de reclutamiento y la profesionalización, que exigía la permanente movilización de las milicias del ejército nacional, éste se manifestaba muchas veces como la primera interacción directa y sistemática de la población mayoritaria con el Estado central. Así, quienes eran reclutados para la acción dentro del Ejército de Línea ya no quedaban a disposición de un alzamiento espasmódico y de la solicitud de un caudillo provincial, como en las Guardias Nacionales, sino que el propio cuerpo de oficiales y la vida en campaña se volvían el espacio de sociabilización de cuatreros, criollos, negros, “gringos”, gauchos e indios. Una constelación de actores de origen étnico y socioeconómico muy dispar.

Esto último, no quiere decir que los altos rangos militares fueran accesibles a cualquier “hijo de cristiano” o que el ejército por sí mismo tuviera un afán democratizante. Lo que intentamos plantear es que el ejército nacional tiene un origen y unas características muy diferentes al de otras instituciones, que llegaron a disputar proyectos de Estado durante éste período, y que esto determinó que se generaran al interior de la fuerza una serie de rituales y prácticas significantes tendientes a la cohesión y diferenciación del colectivo.

Entonces, si la Sociedad Rural Argentina se constituyó como una organización paraestatal, adunada por un proyecto estratégico de desarrollo económico y social para la Argentina, el Ejército nace de las propias entrañas del Estado. De hecho, el ejército es el Estado, en la medida en que su historia es la historia de la emergencia y consolidación del segundo a través del primero.

En este último sentido, el ejército construye su narrativa histórica como una herencia de las luchas patricias contra la “tiranía” y los intentos de sumisión y desgarramiento de la nación.

Es por tanto que todos los movimientos militares se van a hacer en defensa de la libertad y de la Constitución. Inclusive, como vimos en el caso del alzamiento de Felipe Varela, cuando se trate de las Guardias Nacionales.

Es la Constitución, la carta magna de la República, la garante en última instancia de que no sea destazada la nación en luchas fratricidas o caiga en la tiranía. Para la defensa de ésta, el ejército es su brazo armado, pero también es la institución del Estado que mejor atraviesa todo el tejido social y es capaz de movilizar voluntades, inclusive a las armas, si estuviera en peligro. Esa es su tarea histórica. Es por ello que el ejército sobrevivió al desprestigio que generó los costos de la Guerra contra el Paraguay. Lo que se puso en tela de juicio allí fueron los comandos “civiles”²⁴, no las jerarquías regulares y profesionales del ejército o su razón de ser para los intereses de un Estado capitalista en expansión.

Tanto es así que, como dijimos antes, los sectores terratenientes, centrales en la economía argentina, van a ir delegando cada vez más en las fuerzas armadas regulares el comando belicista y hasta la salvaguarda de los procesos republicanos. Su intervención en los comicios y las juntas electorales, por ejemplo, sólo van a ser cuestionadas circunstancialmente por los perdedores, nunca repudiado por todo el sistema político como una ofensa a la democracia. La libertad y la democracia representativa estaban garantizadas porque existían las fuerzas armadas de la Nación, elemento que va a gravar el pensamiento de las élites nacionales e, inclusive, latinoamericanas hasta entrado el Siglo XX.

²⁴ El entrecomillado es porque es difícil caracterizar netamente como civil al comando de Mitre o Sarmiento desde el Ejecutivo. Ambos tuvieron una destacada carrera como líderes militares, incluso en la etapa previa a sus respectivas presidencias, pero no como producto de una formación castrense profesional, sino como el resultado del ejercicio de la violencia armada “horizontal” al cual nos referimos anteriormente.

De este modo, el vuelco del eje ultramarino al interior, a la expansión productiva hacia la pampa húmeda, significó, también un giro en la definición de los “intereses de la nación” y del rol del ejército.

Tal como sucede con otros procesos hegemónicos en otros países de occidente, en este mismo periodo y en las primeras décadas del siglo XX, que vierten sobre los imaginarios y discursos nacionalistas los intereses de clase dominantes, la narrativa de la nación argentina toma como su espacio vital el área de desarrollo del capitalismo agrario, y la inserción en el mundo (dominado por las potencias europeas, especialmente Inglaterra, y EEUU) como producto de esa ventaja competitiva natural que es la extensa y “despoblada” tierra del litoral. Esta definición se entrelaza con otros marcos conceptuales de referencia que veremos más adelante y que invierten una lógica del pensamiento sarmientino, que concebía a la tradición española como un elemento retardatario de la civilización, a la altura de la población originaria o del “gauchaje”, en favor de una concepción de la colonización ibérica como un paso histórico en función de la civilización y en contra la barbarie.

La nación se hace, entonces, contra las rémoras de la barbarie, lo que incluye un rechazo absoluto a la “tiranía”. Esta última, alternativamente se coloca en figuras como Solano López, pero que va a virar hasta dar contra el propio Mitre. Esto hace que, inclusive con la reivindicación del federalismo hernandista, no pueda ser incorporado en la narrativa nacionalista de finales del siglo XIX la figura de Rosas. El ex gobernador de la provincia de Buenos Aires va a ser por largos años el vértice de intersecciones de todas las referencias a la tiranía. Pero, también, la nación va a ser la causa de la civilización (europea y cristiana) contra una barbarie en clave indígena.

Lo que se construye en la campaña, entonces, es una nación de libres e iguales. De cristianos, masculinos, cis género, que toman las armas y se hacen a la conquista de la nación en los márgenes, en esa área de tensión porosa que es la “frontera”. Y no una frontera con otro Estado de orden capitalista, sino en la frontera contra la barbarie. Sea en Paraguay o en la Patagonia. Una frontera de hombres a caballo y de facones.

Así, como decíamos en un capítulo anterior (ver capítulo 3), en la campaña se generan rituales de homogeneización y de integración. Es el fogón el espacio que horizontaliza las relaciones entre los oficiales y es a partir de compartir la carne y el vino que se genera comunión. Pero no es una comunión que carece absolutamente de jerarquías, sigue siendo el oficial al mando quién detenta la autoridad de “consagrar” la ocasión de alimentación como un evento de camaradería.

La constelación de éstos elementos que conforman una imagen de hombres en armas que hacen la nación mientras comparten un espacio de sociabilización directa y consagran a la institución rectora de ésta causa, recuerda sin dudas a la eucaristía del cristianismo y es por tanto que le dedicaremos el siguiente apartado.

5.4) La Iglesia.

Hablar de la Iglesia (Católica, Apostólica, Romana) implica referirnos a una institución que antecede y atraviesa al Estado. Sin embargo, esto no quiere decir que no haya habido tensiones o que el lugar de ésta haya sido siempre hegemónico en la constelación del poder dentro de la élite criolla de finales del siglo XIX.

De la promoción de la independencia, en la figura de clérigos como Manuel Alberti, hasta la ruptura y reanudación de relaciones diplomáticas con el Vaticano, entre la primera y segunda presidencia de Roca. La institución romana jugó un papel clave en el desenvolvimiento de las disputas políticas en la trama local, pero este fue puesto en jaque en reiteradas oportunidades.

Los debates en torno a la definición laica o católica del Estado en la constitución de 1853, que terminó a favor de la primera y generó rencor y conspiraciones del sector clerical; la discusión en torno a la educación para fomentar el desarrollo social y económico del país; o las tensiones con la masonería, muy presente en la élite política del período, son sólo algunos de los ejemplos donde la institución vaticana y, en particular, su delegación en Buenos Aires, se vieron fuertemente jaqueadas por fuerzas liberales positivistas, que promulgaban torcer el desarrollo del Estado Argentino más a tono con la ideas del liberalismo francés, norteamericano e inglés.

Sin embargo, muchas veces la sociedad mayoritaria se mostró mucho más adepta a los intereses de la cúpula eclesiástica que las propias fuerzas políticas que integraban a la élite local. Esto explica el rol destacado que tuvieron los sectores católicos en diversos levantamientos, especialmente en la Revolución del Parque de 1890, contra el presidente Miguel Juárez Celman.

En este levantamiento, se notó claramente la amalgama entre sectores autonomistas porteños, identificados con Mitre; cívico radicales, en los nombres de Alem, Yrigoyen, Del Valle; y sectores vinculados a la Iglesia, como Estrada y Goyena. Quienes protestaban

contra las formas políticas del juarismo y por ciertas reformas impopulares, entre ellas, una avanzada laicista dentro del Estado.

Para no referirnos en profundidad a cada punto de controversia entre los sectores liberales y el clero, vamos a trabajar sobre un hecho particular que cristaliza el giro en la influencia del catolicismo para la generación de imaginarios nacionales post coloniales en Argentina: la reivindicación del 12 de octubre de 1492.

Como decíamos en el apartado anterior, la inversión de los intereses del Estado y el desarrollo capitalista, del eje exterior a la frontera interior, significó la emergencia de una nueva narrativa que integró una perspectiva positivista del desarrollo de las sociedades con un afán evangelizador de la “barbarie”. Esto se enmarcó en una reinención del pasado reciente de la colonización española y del rol de la fe cristiana a nivel global.

En octubre de 1892 se conmemora por primera vez en todas las ex colonias de la corona ibérica la llegada de Colón a América. En México, en Uruguay, en Chile, en Colombia y, por supuesto, en Argentina, entre otros países, se erigen estatuas, se convocan fiestas populares, imprimen estampillas alegóricas y se dan una serie de eventos tendientes a glorificar el “descubrimiento”. Pero ¿qué pasaba con España ese momento? La realidad es que, contrario a esta reivindicación de la gesta colonizadora, desde el comienzo del período decimonónico, España ha ido perdiendo, una a una, todas sus colonias y áreas de influencia.

La expansión del imperialismo inglés había herido de muerte al colonialismo ibérico y era indiscutible que la corona española ya no tenía el lugar central en la geopolítica americana del que había gozado desde el siglo XV. Esta situación implicó la necesidad de una nueva lectura histórica, también crucial para el surgimiento del nacionalismo español, de 1492.

Para finales del siglo XIX la llegada de Colón a las Antillas ya no puede ser la piedra fundamental en el relato de un colonialismo en expansión porque, de hecho, esa forma de dominación ya no existe. Ahora hay que abrirle paso a la consumación de las ideas de la ilustración y el desarrollo progresivo de un orden social mundial burgués.

En este sentido, lo que se genera en torno a la reivindicación de 1492 es la idea de que lo que comenzó allí fue algo así como “la primera piedra de la civilización”. Esto es, el rol de España, en este nuevo orden de ideas del siglo XIX, fue llevar la cultura de la civilización occidental a América, o sea, la religión.

La religión es un eje vertebral de la sociedad decimonónica ya que, entre otras cosas, le permite a los Estados emergentes de la postcolonialidad tener un molde de prácticas y rituales compartidos, a partir del cual se podía “imaginar” una Nación. Es, a su vez, un elemento constitutivo fundamental de la frontera étnica que se establece, especialmente, en América Latina, con esos *Otros* externos a la Nación (tradiciones indígenas y afrodescendientes, especialmente). La religión y, particularmente, la católica, sirve, también, para reafirmar la comunidad (integrada a través de un único idioma, una sola historia, un mismo calendario, héroes comunes y formas de entender la naturaleza inequívocas, es decir, todos los atributos culturales homogeneizantes que se adquieren en la escuela), y para relegitimar jerárquicas ya establecidas: el mandato de masculinidad, la familia nuclear, la herencia patrilínea, así como la inviolabilidad de éste orden, que ahora pasará a ser “natural”.

Esto se ve en el giro discursivo que propone la Conquista del Desierto en relación a la Guerra contra el Paraguay, donde la primera se entrona como “santa causa” y se pone en

una línea de continuidad que va desde la Reconquista de España y las Cruzadas a Jerusalén hasta la propia conquista de América. La campaña al “desierto”, así como otras avanzadas genocidas en el continente, en este sentido, se acompaña de oficios religiosos y consagración de las tropas en batalla contra “salvaje pagano”, dando por hecha la unión entre los intereses de expansión capitalista y el obraje evangelizador.

Con todo esto, de ninguna manera queremos decir que el imperio de estas ideas fue unilineal o que no estuvo plagado de contradicciones. Sino que éste fue el telón de fondo sobre el cual se construyó una amalgama, prácticamente indisoluble, entre el nacionalismo argentino y el culto de la cristiandad. Una formación ideológica que, al principio, cuajó con los intereses de eliminación de la presencia indígena en el territorio que reclamaba el Estado capitalista en desarrollo, pero que, en pocas décadas, también va a servir como parámetro para constituir *Otros* permeables a ser incluidos en la narrativa de la Nación Argentina y *Otros* invisibilizables.

La constitución de un campo intelectual socialmente diferenciado (Altamirano y Sarlo, 2016), que aspira a la constitución de un nacionalismo cultural, está profundamente ligado con estas ideas. Así, formada a partir del vasto proceso de modernización que había afectado a la sociedad argentina en su conjunto y que recibió su impulso más resuelto desde la década de 1880, una fracción de la élite político-intelectual de la Argentina centró sus inquietudes en el problema de la “identidad nacional”. Para ello, recurrieron a elementos ideológicos premodernos, que dieran coherencia y cohesión a este proyecto nacionalista. Da cuenta de ésta inversión el redescubrimiento de la figura del gaucho, ya no como un reo de la civilización, sino como un habitante autóctono de la pampa, que transita su entorno

bajo una ética, prácticamente, franciscana, desposeído de bienes mundanos y entregado a la reflexión en forma de copla.

La puesta en cuestión de los valores políticos y culturales del liberalismo en el período del Centenario, van a llevar a una puesta en relieve de la composición religiosa católica del nacionalismo argentino. Un reverberar del pensamiento tradicionalista que ya no busca justificar la práctica expansiva del capitalismo local, sino que impugna el cosmopolitismo que trajo consigo.

5.4.1) La dimensión culinaria del ethos católico en el nacionalismo argentino.

Como plantea Fernando Remedi (2005), el consumo diferencial de alimentos marcó fronteras étnicas en los distintos grupos que componían la sociedad argentina durante el periodo decimonónico. De las relaciones de intercambio al repudio por las prácticas culinarias del otro, este universo de contacto y contradicción entre grupos étnicamente marcados se potenció conforme los distintos territorios del Estado argentino fueron alcanzados por la modernización gastronómica y a sistemas comerciales a una escala nunca antes vista. De ello, quizás el punto más interesante haya sido la relación de cada grupo con el consumo de carne.

Remedi reveló en su trabajo que la frontera entre la sociedad mayoritaria y los grupos indígenas puede estar claramente marcada por el consumo de carne de caballo. Ya que, para los grupos hispano criollos la carne de caballo no entra, en principio, dentro del cuadro de productos animales aptos para el consumo humano; mientras que, para las comunidades autóctonas, como lo ranqueles, éste tipo de carne no sólo que está habilitada, sino que es deseada como fuente de proteínas.

Por otra parte, el punto de contradicción alimentaria entre la sociedad hispano criolla y los colectivos migrantes europeos no está dado tanto por el tipo de carne que se consume, sino, más bien, por el consumo de carne en sí. En este sentido, lo que marca el autores que los migrantes europeos tenían una alimentación eminentemente vegetariana, mientras que la población local, por las particularidades del mercado regional, centraba toda su ingesta de alimentos alrededor de la carne vacuna. En este punto nos parece importante marcar una digresión respecto a la organización desigual de los universos gastronómicos que estamos viendo.

A nuestro entender, más allá de la relación numérica entre los distintos colectivos que arribaron a nuestro país (mayormente desde Europa), hay un proceso social e ideológico activo que operó para que ciertas comunidades gozaran de una integración más plena, al que nos hemos referido previamente, al hacer hincapié en las razones históricas de la reivindicación hispánica y cristiana durante este período. En este sentido, creemos que la integración religiosa de la sociedad nacional, cada vez más en tensión con otras identidades que emergieron en el paisaje social del periodo, hizo que la narrativa nacionalista fuera tendiente a sujetar las identidades ultramarinas provenientes de la península ibérica (vascos, gallegos, andaluces, etc.) y de Italia (florentinos, romanos, sicilianos, genoveses, etc.), por sobre otras, menos signadas por el cristianismo vaticano.

La práctica religiosa, sobretodo en comunidades donde funciona tan fuertemente como ordenadora de la vida social, no sólo unifica un calendario (que no es menor) o un tipo de servicio determinado (como puede ser el ayuno), sino que establece una relación cosmológica con los alimentos. Conecta a éstos últimos con una experiencia trascendental, más allá de la obtención de nutrientes o la atención de la saciedad. Por ello creemos que la

cocina también fungió como una forma de revalidar una adscripción y de dialogar con otras comunidades nacionales que compartían esta pertenencia.

Con esto queremos decir que la dimensión “hispanica” del criollismo no fue tanto una herencia sino, más bien, una práctica política concreta, a tono con las disputas que se daban por el sentido “lo nacional” en el Estado poscolonial argentino. En este punto, compartimos la idea de Natalia Milanesio (2014), quien afirma que el consumo es una experiencia sociocultural subjetiva que individuos y grupos emplean para validar o crear identidades, expresarse, diferenciarse de otros, y establecer formas de pertenencia y estatus social.

Si, como plantean Hobsbawm y Ranger (1983), toda tradición es inventada, creemos que en el caso argentino el nacionalismo, ligado al campo, las vacas, los cuchillos, la carne, el caballo, el mate y todos esos imaginarios, no sólo se enmarca en esta definición, sino que refiere a la ya clásica descripción del mito que hiciera Malinowski:

“...no es una explicación que venga a satisfacer un interés científico, sino una resurrección, en el relato, de lo que fue una realidad primordial que se narra para satisfacer profundas necesidades religiosas, anhelos morales, sumisiones sociales, reivindicaciones e incluso requerimientos prácticos.²⁵”

Por tanto, creemos que en una sociedad tan marcada por la religiosidad, como la población criolla del siglo XIX; en la cual, además, esa religiosidad se presenta como una militancia

²⁵Malinowski, B. 1993. “El mito en la psicología primitiva”. En *Magia, ciencia y religión*. Barcelona, Planeta-De Agostini. P. 124.

activa en contra de los sectores laicistas, por un lado, y de otras identidades culturales, por el otro; y que, a su vez, funciona como argamasa de sentido para los intereses de diferentes sectores de la élite local, religión católica fue tanto de plataforma para el proyecto “interior” del nacionalismo, como patrón sobre el cual ritualizar prácticas seculares de pertenencia, como el preparar y compartir alimentos.

Ahora bien ¿Sobre quién se inscribieron esas prácticas culturales y alimenticias? ¿Qué agencia tuvieron eso sujetos es este proceso “nacionalización” de una cultura gastronómica pecuaria, castrense y clerical? ¿Por qué nos es tan difícil encontrar huellas de alteridad en nuestro recetario “hispano criollo”?

5.5) Los “nacionalizables”.

A grandes rasgos, y sin olvidar las tensiones internas que suscitaron entre los distintos grupos políticos, en la élite local de mediados del siglo XIX y primeros años del XX existieron una serie de acuerdos en torno a las características que debía tomar el desarrollo nacional. Partiendo del carácter capitalista que debía tomar el Estado argentino, este tendría que estar hecho a medida de la expansiva división internacional del trabajo, liderada por las potencias europeas y Estados Unidos. Para lograr esto, se apuntaban 3 condiciones: el desarrollo de las comunicaciones, especialmente ferrocarriles; la expansión de la escuela, para revertir las características retardatarias de la sociedad local; y, en relación con ésta última, la promoción de la migración, particularmente europea, para colonizar nuevas áreas productivas, generar más mano de obra y atraer capitales de inversión. Sin embargo, los términos en los cuales deberían desarrollarse estas tres aristas, desde ya, no fueron unánime y acalararon ciertamente la discusión entre las distintas fracciones de la élite.

A pesar de todo, en gran parte estas metas fueron cumplidas en el último cuarto del siglo XIX y Argentina entró en un acelerado proceso de modernización social, política y económica, sobre el cual hemos ido comentando algunos elementos a lo largo del capítulo. Nuestro objetivo en este apartado es ir un poco más allá en ver quiénes fueron los sujetos objeto de dicha modernización y como en ella se entramó un discurso nacionalista. Para ello es necesario retomar un punto que fue mencionado anteriormente, pero que requiere un poco más de observación: la frontera indígena.

Como decíamos más arriba, para los momentos previos a la Conquista del Chaco argentino en 1870 y la Campaña del Desierto en 1878, de la totalidad del territorio que el Estado reclamaba como su dominio casi la mitad pertenecía a zonas habitadas mayoritariamente por comunidades indígenas. Esto, sin embargo, no significaba que se constituyeran, entre la sociedad hispano criolla y la nativa, dos universos excluyentes y mutuamente indiferentes. Por el contrario, desde tiempos coloniales, se encontraban interrelacionadas económica, social e históricamente.

El territorio indígena comprendía dos zonas fundamentales, que durante el periodo fueron conocidas como la “frontera interior”. La más importante era la que cortaba horizontalmente el mapa de lo que hoy es Argentina y recorría un área que iba de Mendoza al sur de la provincia de Buenos Aires y la Pampa. La segunda, situada al noreste, era la circundaba la zona del Chaco y que fungió como reducción indígena de resistencia hasta entradas las primera décadas del siglo XX.

Durante el siglo que precedió a las campañas militares de aniquilación, el eje fundamental de relación entre la sociedad indígena y la hispano-criolla fue el comercio, integrando los

mercados regionales y, por parte de los nativos, aprovechando las contradicciones de intereses entre distintos sectores de la sociedad Colonial primero y, posteriormente, de la República. Sin embargo, el comercio no fue solamente el resultado de la relación entre dos sociedades que comparten una frontera. Sino que, desde mediado del siglo XVIII, fue utilizado por los Borbones como una alternativa a la conquista física y/o espiritual, estrategia que será heredada por la sociedad republicana (Quijada, 1999). Las comunidades en el área no colonizada entregaban plumas de ñandú, pieles y sus propias manufacturas en cuero y tejido, a cambio de bebidas alcohólicas, armas, herramientas, monturas, azúcar, tabaco y yerba mate. Este tipo de intercambio fue un factor de integración cultural de primer orden, por el cual los nativos adoptaron bienes y, por medio de ellos, prácticas de la sociedad hispano-criolla, mientras que esta última tomó artículos en el sentido contrario, que incorporó como piezas de su vida cotidiana, como ser los ponchos tejidos en telares indígenas.

Vale destacar que el consumo de yerba mate, sobretodo en su versión de infusión, representó uno de los elementos más notorios de ésta integración comercial-cultural. Un producto de origen guaraní²⁶, que se expandió a través y más allá de la sociedad mayoritaria, hasta volverse una pieza de intercambio común entre ésta última y comunidades originarias habitantes de zonas tan lejanas como la Patagonia y los Valles Calchaqués.

Pero el comercio no fue el único ámbito de comunicación entre ambas sociedades. Desde el siglo XVIII fue constante la cooptación de indígenas para el servicio de las armas. Ya en la

²⁶Esta comunidad supo ocupar las áreas que hoy comprenden Paraguay, el sur de Brasil y el Noreste argentino.

época borbónica la corona procuró hacerse del apoyo de distintos grupos indios para la protección de la frontera de otros estados coloniales, así como en la era republicana esta costumbre continuó, bajo la figura de “indios amigos”. Esta institución funcionó tanto para contener los ataques de otras parcialidades indígenas, como para intervenir en los conflictos fratricidas de la sociedad *huinca*. Algo que, por supuesto, se entramaba con los intereses de los distintos cacicazgos, al punto de que algunos nativos llegaron a establecerse en territorio de cristianos y ser considerados estancieros u ocupar lugares destacados en la estructura militar regular. Un ejemplo de esto último puede ser el caso del Cacique-Mayor Simón Coliqueo (1840-1902), considerado “uno de los héroes de Pavón” (1861), donde sirvió a la hueste de Mitre (Quijada, 2011).

En este marco de interacción continua, se sucedieron periodos de paz y de violencia. Sobre lo cual, también, jugó un importante papel la trama interregional del territorio indígena. De este modo se entiende la dinámica del proceso de “araucanización” de la pampa que se produjo desde mediados del siglo XVIII. Es decir, la paulatina integración cultural de las poblaciones referentes de culturas pampeanas por la araucana o mapuche, originaria del territorio de lo que hoy es Chile. Sin dudas, un factor decisivo que motorizó esta dinámica fue la circulación comercial transandina de las poblaciones indígenas, que robaban ganado de los estancieros de éste lado de la cordillera y lo intercambiaban por bienes con comerciantes de la frontera chilena. Esto condujo a cuantiosas pérdidas económicas y problemas políticos de soberanía nacional (Quijada, 1999).

El movimiento indígena trasandino se aceleró en el siglo XIX, con la Conquista de la Araucanía por el gobierno chileno en 1869 y 1881, lo que, a su vez, también agudizó las tensiones con el Estado argentino que ya planeaba hacerse con nuevas áreas productiva. En

este sentido, si bien los gobiernos de ambos países unieron esfuerzos y logística a fin de acabar con enemigo común, la ausencia de demarcación de límites entre la soberanía de los dos Estados motorizó un acelerado proceso de anexión.

Desde la perspectiva argentina existía la convicción de que Chile ya no resistía la confinación trasandina en la que había quedado luego de los procesos de independencia y que eso hacía tanto más peligrosa la percepción de la Patagonia como un territorio “vacío” ya que alimentaba las ambiciones expansionistas de ese país. Por otra parte, se temía que las autoridades chilenas alegaran el principio de “*utispossedetis*” sobre las regiones meridionales al este de la cordillera de los Andes, utilizando el argumento de que estas últimas estaban pobladas por comunidades araucanas, es decir, chilenas (Quijada, 1999). Así lo expresaba el periódico El Nacional el 22 de febrero de 1879: “Se conoce que las autoridades chilenas, con su vieja propaganda, han llevado al ánimo de esas gentes el convencimiento de que el territorio poblado por todas aquellas tribus pertenece a su país...”

La “conquista”, sin embargo, si bien tenía este subtexto de conflicto entre dos Estados nacionales, fue leída en la clave que mencionamos anteriormente, como una gesta de la civilización contra la barbarie. En efecto, en el último cuarto del siglo XIX se tramó una relación entre la concepción clásica de algunas comunidades como “salvajes” o “bárbaras” con algunos conceptos muy en boga en aquella época: como ser el de “primitivo” o “razas inferiores”. Esto, lejos de ser una conceptualización antojadiza o superficial, tenía importantes connotaciones, ya que se completaba con la noción de que los “pueblos primitivos” que estaban en contacto con un medio “más avanzado” estaban condenados a desaparecer. Dicho de otra manera: el avance de la “civilización” sobre las tierras más ignotas, como la Patagonia y el Chaco, se suponía “incontenible”. A esto se le agregaba el

convencimiento, a su vez, de que las formas fósiles de vida primitiva sólo podían conservarse en el aislamiento, nunca en contacto con la “formas superiores”, que llevaban todas las ventajas del proceso selección que operaba en la lucha por la existencia.

Esta concepción determinista iba asociada a una inversa y voluntarista: una nación civilizada no podía ni debía mantener rémoras de estadios inferiores de la evolución humana. Esto marca que la visión primitivista de las poblaciones indígenas no era sólo hegemónica, sino monolítica. Es así que la opinión pública de la época constituyó tres premisas que nadie puso en discusión: La primera, la necesidad de hacer la guerra al indio con el fin de eliminar definitivamente la “frontera interior”, afirmándose la soberanía del Estado argentino y abriéndose espacio a la “civilización”; en segundo lugar, la aspiración a construir una nación homogénea y moderna; y, por último, la convicción *sine qua non* de que, para cumplir éste objetivo, era fundamental la desaparición de los elementos retardatarios y refractarios a dicha civilización. Se trataba pues de la puesta en marcha de abiertas dinámicas de exclusión. Es por tanto que, para nosotros, éste proceso es esencial para entender por qué en la constitución de imaginarios nacionales vinculados alimentación en Argentina en este periodo son suprimidos o invisibilizados en su origen todos los elementos que refieren a una o varias culturas culinarias indígenas. Entonces, la pregunta que esto plantea es: cuáles eran los mecanismos y los límites que daban contenido específico a esa exclusión.

Según Mónica Quijada (1999), no gozó de gran favor en la opinión pública la vía acelerada de la extinción física de los “elementos retardatarios”. De hecho, cada vez que trascendió al público algún procedimiento militar calificado como “cruel e innecesario”, este suscitó duras críticas en las columnas de opinión en los diarios de la época. A su vez, tampoco tuvo

muy buen recibimiento el modelo norteamericano de establecimiento de “reservas”, salvo algunas voces en la comunidad científica, pero minoritarias en el común de la sociedad hispano-criolla. Por tanto, la opinión mayoritaria se pronunciaba por integrar a los indígenas en la propia sociedad, pero sólo a condición de que se incorporasen en la “vida civilizada”, asumiendo forzadamente usos, formas, reglas y moral.

Tal objetivo implicaba anular la organización comunitaria indígena, borrar sus costumbres e incluso sus lenguas, escolarizar a sus hijos y convertirles en “trabajadores productivos”, como condición ineludible para concederles derechos de ciudadanía. Según Quijada, el consenso de la élite hispano-criolla se rompía en lo referente a los medios, más o menos traumáticos, que había que aplicar para lograr esa asimilación. En un momento en que la organización nacional estaba llegando a su cénit y problemáticas tales como la ciudadanía, la representación o la soberanía constituían elementos centrales del debate general, la situación estatutaria y jurídica del indio en el marco del Estado-Nación no era una cuestión que pudiera desecharse con frivolidad.

La filosofía que imperó en el Estado para tratar esta problemática, entonces, fue la de considerar a las comunidades como “seres desgraciados, cuyos crímenes tienen tal vez por causa única, la miseria, la ignorancia y el atraso” (citado en Quijada, 1999, p. 14). Por ello, el fundamento de toda acción política debía estar orientado a que el indígena no pudiera mantener “su espíritu de cuerpo, sus propensiones y sus hábitos salvajes”.

Con esta doctrina en mente, en 1885 –año en que culmina la Conquista del Desierto en su fase pampeana y patagónica- el Poder Ejecutivo presentó ante el Congreso un proyecto de ley para asentamiento de indígenas en colonias agrícolas y pastoriles. A este propósito,

según pudo recuperar Quijada, en el debate en la Cámara de Diputados se modificó el proyecto original para eliminar del texto todo rasgo de diferencia. Así, se dispuso a desaparecer la palabra *tribu*, para ser reemplazada por *familias*, puesto que “ninguna tribu puede existir ya en el país”. Se eliminó también la figura de “comisariás especiales” que habían de tener por jefes a los propios caciques, sobre fundamento de que no debía de haber autoridades diferentes a las establecidas por las propias leyes de la República. Y se suprimieron las referencias de niños indígenas enviados a la escuela, o a la obligación de cumplir con el servicio militar, ya que todo ello estaba previsto en las leyes generales. De este modo, la comisión encargada de revisar el proyecto, según lo afirmó en la cámara, consideraba haber partido “del verdadero punto de vista, considerando a los indios no como tales, como individuos de distinta raza y de otra naturaleza, sino como ciudadanos argentinos” (Citado en Quijada, 1999, p.37).

Entonces, a partir de lo que hemos narrado hasta aquí y si, como plantea Rita Segato (2007), la generación del 80 pensó la nación argentina como una “maquina de clonación”, podemos asegurar que los sujetos y los cuerpos sobre los cuales se inscribió esa clonación han sido, no sólo los colectivos migrantes europeos, sino que, mayoritariamente, las identidades indígenas y, por añadidura, los colectivos afro-descendientes y los migrantes latinoamericanos. Por tanto, el discurso que se impuso, desde el Estado, fue el borramiento de las identidades culturales que no se correspondían con los proyectos hegemónicos de desarrollo occidental, moderno, capitalista, clerical, militar y agro-dependiente. Esa fue una misiva consciente, histórica y progresiva de la época: desaparecer la diversidad.

Por tanto, al entrar en crisis esa concepción de “una nación para el desierto”, producto del desembarco masivo de migrantes, que se concentraron más en los centros urbanos que en el

campo y que trajeron ideas de renovación política con las cuales la burguesía local no estaba dispuesta a conciliar, el resurgir del nacionalismo se hizo en torno a la figura del gaucho y no del indígena. Lo indígena ya no podía formar parte de los paisajes de diversidad de la Nación. Se impuso, de este modo, un vacío histórico en el cual no había grandes comunidades precolombinas a los cuales reivindicar, ni gritos de libertad que antecederan a la Revolución de Mayo, ni rastros de organización social disidentes con la que emanaba de Europa.

En el plano gastronómico, este borramiento suscitó un coto a la diversidad disponible para armar un recetario nacional. A pesar de que existen y existieron resquicios de culturas no europeas, el proyecto cultural nacionalista se esfuerza en ocultarlas. No hay productos, no hay técnicas, no hay platillos. Lo único que se yergue sobre la culinaria argentina es un asador y un “cacho e’ carne” con sal, “si la lleva por contingencia”.

5.6) A modo de cierre.

A lo largo de este capítulo vimos cómo se constituyó el primer proyecto cultural nacionalista de Argentina, a partir de superación del límite que imponía al desarrollo de cualquier modelo de país la falta de un Estado centralizado, y cómo esto se relacionó con la emergencia de un recetario y una tradición gastronómica hispano criolla. La misma, tendió al borramiento de la alteridad, en favor del consumo de carne vaca, específicamente a través del ritual del asado. Para ello, vimos como se desarrolló este proceso hegemónico desde la perspectiva de los tres actores que, a nuestro entender, mayor injerencia tuvieron en éste: La Estancia, El Ejército y La Iglesia.

Definimos a estos tres actores como sujetos debido a la carencia de otras formaciones que estructuran la disputa política dentro de la élite durante éste períodos (partidos), por su capacidad de organización institucional, de acción sobre y a través del Estado y por la eficacia simbólica que manifestaron en la generación de imaginarios nacionales y culinarios. Así cada uno de ellos nos permitió entrar en la dinámica de conflicto y negociación que atravesó y sobrepasó a las clases dominantes en las últimas décadas del siglo XIX, y que llevó a la entronización una narrativa nacionalista centrada en la pampa, la ruralidad pecuaria, la masculinidad heterosexual-cis-patriarcal, la profesión del evangelio y la alimentación carnívora.

Es por ello, que en primer lugar abordamos el desarrollo histórico de la Estancia, al ser paradigmática de los cambios de matriz productiva que se dieron a lo largo toda la centuria del siglo XX. Esto es, una redefinición de las características de inversión y acumulación de capital por parte de la élite criolla, que llevó a la generación de instituciones específicas para incidir en la política económica, como ser la Sociedad Rural Argentina, y a un progresivo desarrollo y especialización de la producción agraria. Primero en torno al lanar y luego a la cría para exportación de novillos y vacas pura sangre para la producción de carne. Como vimos, este giro en el eje productivo poscolonial, significó al inversión de los intereses de fuerte sector del la clase dominante, de la perspectiva ultramarina a la pampeana.

En segundo lugar, caracterizamos al Ejército, ya que todas esas transformaciones económicas que encaró una fracción de la burguesía local necesitaban seguridad jurídica y de un fortalecimiento del control en las fronteras. Es por ello que vimos como el cuerpo castrense nacional, desde 1852, corrió en línea ascendente hacia la profesionalización, la

ocupación territorial y la gravitación definitiva en los conflictos fratricidas. Este camino fue, sin embargo, sinuoso y el Ejército debió competir con otra institución miliciana: La Guardia Nacional. El derrotero de ésta última fue, a su vez, el paralelo de la sumisión de las provincias al poder central. Por ello, la estocada final contra esta formación de milicias fue acaecida luego de la derrota de la provincia más importante del país, Buenos Aires, en 1880. Luego de estos acontecimientos, ya ninguna provincia tendrá capacidad militar suficiente para impugnar la autoridad del Estado central y ese mismo año se concretará la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Con todo esto, vimos cómo, la fuerza armada se distanció del ejercicio privado, en manos de los estancieros, y permitió el ascenso de profesionales de carrera y constitución de nuevas lealtades y rituales de homogenización internas al cuerpo, como los fogones de campaña.

De este modo, el Estado nacional, ahora con poder y presencia en todo el territorio, y el Ejército de Línea, robustecido luego de la Guerra contra el Paraguay y la sumisión de las Guardias Nacionales, se dieron a la carga de una de las empresas más importantes para el desarrollo del capitalismo vernáculo: La Conquista del Desierto. Esta misión, que en parte fungió como respuesta expansiva a la crisis económica de 1874, sirvió como síntesis de un reclamo de soberanía latente con el Estado chileno, de una necesidad de las élites terrateniente de hacerse con nuevas áreas productivas y defender sus inversiones, de un discurso positivista del desarrollo social de las Naciones modernas y de una retórica de la evangelización que a finales de siglo pugnaba por una reinvención de sus tareas históricas.

En este sentido, abordamos el papel que jugó la Iglesia católica, tanto en el plano nacional como internacional. En ese apartado vimos que, luego de los procesos independentistas de finales del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX, la corona española había perdido

para siempre su lugar de primacía en la expansión colonialista europea. Mientras que el imperialismo inglés no sólo expandía un modelo de acumulación capitalista a nivel mundial, sino que propiciaba una ética política liberal y un pensamiento científico positivista. En este marco, la Iglesia y la monarquía ibérica se encontraron ante la necesidad de redefinir la significación histórica del 12 de octubre de 1492.

Como vimos, la llegada de Colón a América ya no podía ser leída como el comienzo de un pujante imperio colonial en expansión, porque, de hecho, ese imperio ya no existía. Por lo que se vio empujado a ser renarrada como la llegada de la “civilización” al nuevo continente. Como la piedra angular que dio inicio a un proceso evolución social, donde el contacto de las avanzadas sociedades europeas con las comunidades nativas llevaría a éstas últimas a sumarse al redil de la civilización. Teniendo a la religión como puente fundamental para abandonar el paganismo y las prácticas morales que éste conllevaba. Es por tanto que la profesión del cristianismo se volvió una práctica política, que tendió a disputar, no tanto con la modernidad, como con la orientación de ésta.

Por tanto, un cristianismo que se readaptaba en sus formas narrativas a nuevos contextos históricos, fue el marco para que amplios sectores de la sociedad decimonónica (en la cual había una alta religiosidad, más allá de las élites) encontrara referencia para la práctica de rituales de pertenencia. Así, la anexión y comunión con la nacionalidad argentina, como identidad emergente y hegemónica, estuvo impregnada de prácticas del catolicismo. Como la distribución de carne y vino a partir de un varón consagrado, una forma de institucionalización de la masculinidad vinculada a la ostentación simbólica de atributos alimenticios.

Finalmente, abordamos la pregunta sobre quiénes fueron los sujetos objeto a ser nacionalizados, sobre quiénes se inscribieron estas prácticas culturales de identificación en las cuales se enmarca la cocina. Para ello, y sin olvidar otras alteridades (como la afrodescendiente), nos enfocamos en el desenvolvimiento histórico que tuvo desde el Estado el tratamiento de las comunidades indígenas. Allí encontramos un patrón de asimilación particular, donde al avance físico (belicoso), le continúo un decidido borramiento histórico: Para el Estado moderno argentino, las identidades indígenas no existen.

El Estado y la élite criolla a través de él, debatieron abiertamente que hacer con las comunidades originarias después de concluida etapa patagónica de la Conquista del Desierto. Allí, bajo el gobierno de Julio Argentino Roca, se definió incluirlos, pero abolir su origen. Que formaran parte de la sociedad mayoritaria (forzosamente) pero sin marcas de diversidad. Sin idioma, sin territorio, sin memoria y sin cocina.

Entonces, a modo de síntesis, podríamos decir que, barridos los registros de alteridades no hegemónicas, el paisaje de diversidad culinaria que pintó el nacionalismo argentino quedó reducido a muy pocos elementos. Ellos, como dice la ya citada Patricia Aguirre (1999), son esencialmente la carne, el fuego y gran cuchillo.

Así, la revalorización de los aspectos “criollos” de la argentinidad y la entronización de “el gaucho” como arquetipo del *self* de las pampas, son los signos característicos de una concepción estética e intelectual, que emergió de forma embrionaria en las élites porteñas en el último cuarto del siglo XIX y que fue tomando cada vez más presencia hasta alcanzar su cenit en los primeros años de la siguiente centuria. Esto no sólo operó como un refugio

contra una modernidad alimentaria, sino, más bien, como un área de soberanía que permitió distanciarse tanto de las identidades culinarias previas como de las emergentes.

A contramano del cuadro de brutalidad descrito por las crónicas del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, el gaucho pasó a ilustrar paisajes mucho más pintorescos, cansinos. En ellos, la violencia del cuatrero que enlaza una res y le quita la lengua, sólo para darse un bocadillo mientras ella se desangra, deja lugar a un paisano serio, que inspira sus pensamientos en el crepitar de las brasas, en la paz litoraleña, en el sorbo profundo de un mate, que espera junto a su caballo que se ase la carne. En esa operación, la violencia del degollamiento no desaparece, sino que se transfigura y relegitima.

La sociedad nacional para la cual el gaucho y el asado son síntesis y arquetipo, resignifica el sentido de la cruz, el sable y los bueyes, los transforma en atributos indiscutibles de acceso y pertenencia a la comunidad imaginada. Los enlaza en prácticas prefiguradas de inclusión e identidad, que producen y reproducen sentidos morales. Es decir, como elementos cognitivos que estructuran rituales culinarios individuales y colectivos. En definitiva, si existe algo que podamos llamar “Cocina Argentina”, en el sentido de una práctica alimenticia que es concebida por los propios sujetos como particular, como unidad de sentido de una tradición cultural y como referencia a un pasado, brumoso, pero, a la vez, compartido por todos los habitantes naturales del territorio nacional, ella fue tan imaginaria e histórica como la nación misma.

CONCLUSIONES.

En este trabajo abordamos el surgimiento de narrativas culinarias nacionalistas en el marco de la sociedad criolla de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Allí pudimos ver cómo éstas se relacionaron con una multiplicidad de discursos intelectuales, culturales, económicos y sociales, que se manifestaron, con matices y distintos grados de capilaridad, desde instituciones formales hasta rituales íntimos y cotidianos. Para ello, elegimos distinguirnos de análisis anteriores, donde la estructura económica y la transformación demográfica parecían ser los únicos elementos determinantes para pensar nuestras formas de comer y cocinar en clave histórica, para abordar la cocina como un proceso hegemónico y así esbozar un mapa más complejo del campo de fuerzas en pugna. Así, el carácter social del hecho alimentario fue puesto en relación a una trama de significación, donde las formas de vida religiosa que promulgaba la Iglesia católica, los mandatos de masculinidad del Ejército y los imaginarios rurales que propagandizaba un ascendente sector terrateniente, se entremezclaron y reinterpretaron, hasta dejar de relieve una constelación de elementos simbólicos que podemos encontrar en la cocina decimonónica del Río de la Plata y la Pampa húmeda.

Propusimos que la dinámica gastronómica que se puso en marcha en éste período fue la que Fernando Remedi (2005) caracterizó como de diglosia culinaria. Ella refiere a un desacople entre la tradición hispano-criolla y la modernidad alimentaria. Que en las clases altas se vivió como un proceso de afrancesamiento de las prácticas culinarias en los ámbitos públicos, mientras que en los hogares imperaba un patrón de consumo vinculado a un recetario colonial.

Sin embargo, a lo largo de esta tesis, planteamos que ese dimorfismo, en realidad, refiere a la constitución de dos espacios de soberanía diferenciados y mutuamente determinados: uno público, donde las élites, como dice la ensayista afroamericana bellhooks (2000), hicieron abiertamente uso de la capacidad que tienen para elegir su raza y etnicidad de los menús. Es decir, de afirman su poder y sus privilegios “comiéndose al Otro”(hooks 2000: 356), poniendo en escena sus deseos aspiracionales. Y un espacio privado, donde la nostalgia y el temor a la modernidad y al cosmopolitismo, fungieron como argamasa para que el nacionalismo desplegara su proyecto cultural y gastronómico.

En este sentido, la idea de tradición, tomada meramente como supervivencia, no alcanza a dar cuenta de los procesos históricos y sociales que dieron por resultado una narrativa nacionalista de lo culinario. Por ello, fue necesario adentrarnos en las dinámicas de inclusión y exclusión que moldearon ese pensamiento.

Así, nos propusimos indagar en los lugares de ruptura, aquellas áreas donde no se puede conseguir un marco discursivo común, que sirven como puerta de entrada al análisis de un proceso de dominación que moldea tanto al Estado como a la Cultura Popular. Ello nos llevó a ver cómo se tramaron alianzas dentro y fuera de la clase dominante, para constituir proyectos de Estado y cómo cada uno se relacionó con imaginarios gastronómicos específicos.

Los tres sectores que hemos mencionado a lo largo de esta tesis, la Iglesia, el Ejército y la Estancia, fueron centrales en ese proceso. Ya que, a falta de otros actores institucionales que ordenaran la pelea política dentro y fuera del Estado, como los partidos, los sindicatos y otras organizaciones que irán emergiendo a lo largo del siglo XX, estos tres grupos no sólo condensaron los intereses de diferentes fracciones de la élite, sino que integraron a las masas populares en esa disputa.

La entronización del gaucho y el asado son resultado de esa amalgama de sentido, donde el nacionalismo cosechó los frutos de un proyecto hegemónico. En este sentido, a nuestro entender, más allá de los relevamientos cuantitativos que se puedan realizar sobre la base alimenticia de la sociedad de este período, hay un punto donde la adscripción a la nacionalidad, así como otras formas de identidad, implica la apropiación de marcadores culinarios y la reproducción de las prácticas culturales que los ponen en acción. Esto es reconocido, de forma más o menos consciente, por los mismos sujetos, populares y privilegiados, quienes identifican elementos como las vacas, la ruralidad, la comunión alrededor de un fogón, el cuchillo, la carne, el fuego y los hombres, como parte de una tradición común, aunque sea para ponerla en cuestión.

Finalmente, estas definiciones nos llevaron a abordar una pregunta que no estaba en la formulación original de nuestro problema de investigación: ¿qué fue de las identidades que quedaron fuera del proyecto hegemónico?

Nuestra respuesta, desde ya inacabada y presa de nuevas indagaciones, fue orientada entonces hacia las comunidades indígenas. Permanentemente borradas de las memorias históricas y de los imaginarios de diversidad que construye el nacionalismo. Sobre ello, lo que pudimos ver, recuperando los invaluable trabajos de Mónica Quijada (1999, 2011), fue cómo esa invisibilización no sólo provenía de la descomunal violencia material que significó para las comunidades la Conquista del Desierto y el sometimiento del Gran Chaco, sino que hubo un proceso de violencia institucional, debatido y orquestado desde el Estado, para eliminar cualquier rastro de alteridad indígena.

Como dice Trincherro (2003), el Estado moderno en Argentina se funda sobre un espectacular genocidio y etnocidio de comunidades indígenas. Esto nos lleva a pensar, una vez más, que esa tradición culinaria a la cual nos referíamos al principio, no es sólo producto dialéctico de la modernidad, sino que es selección consciente de elementos que no perturben la narrativa autolegitimante de ese Estado.

Para cerrar, entonces, sobre esto último queda flotando una pregunta que nos hace reflexionar sobre el futuro: ¿Es posible pensar un nacionalismo gastronómico que recupere e incorpore esos saberes y sabores de alteridad?

Creemos que si algo hemos podido comprobar en ésta tesis es que la tradición, no sólo la culinaria, no es más rémora del pasado que lectura desde el presente. Es una reinterpretación de elementos del pasado, minuciosamente seleccionados a los fines de disputar en el presente. Esa interpretación nos permite agenciar nuestra adscripción a una identidad nacional. Comemos lo que comemos porque en ese acto afirmamos, para nosotros y para los otros, nuestra pertenencia a una identidad colectiva que es histórica, pero que no es inamovible. De hecho, concluimos nuestra investigación en 1912 porque luego de la sanción de la Ley Saenz Pena son otros los actores que intervienen y dinamizan los proyectos de Estado.

Esto no quiere decir que desaparece la Iglesia, el Ejército o los terratenientes. Por el contrario, plantea que desde muy temprano el siglo XX le va a demandar a éstos actores renegociar sus alianzas y redefinir sus proyectos sociales y estéticos. La migración, por

ejemplo, que fue base de la modernidad alimentaria y contrapunto de la tradición hispano-criolla, en pocas décadas va a atravesar la trama social e impregnar, inclusive, a las élites.

De este modo, el nuevo mapa de diversidad, que va a empezar a configurarse desde el último cuarto del siglo XIX, con la incorporación masiva de mano de obra y capital industrial, va a emerger una nueva identidad colectiva: los trabajadores. Un colectivo social que va a irrumpir en la política, a la resonar en la historia y a pujar por una nueva narrativa del pasado. Así como lo ejemplifica el poema de Leopoldo Marechal: “era el pueblo de mayo quién sufría,/ no ya el rigor de un odioso forastero,/ sino la vergonzosa tiranía/ del olvido, la incuria y el dinero.”. Y sentencia: “De pronto alzó la frente y se hizo rayo/ (¡era en Octubre y parecía Mayo),/ y conquistó sus nuevas primaveras”(2014, 428).

La incursión de los trabajadores en la vida pública va a obrar como “una fuerza social modernizadora” (Milanesio, 2014, p.10), y a exigir, también, una narrativa gastronómica que los incluya. De allí cobran relevancia platos como el pastel de papas o los chinchulines al parquet y el asado debió hacer lugar a otros rituales, como la pasta que alegra el almuerzo durante el descanso dominical.

Con todo esto, entonces, el desafío ya no es pensar si es posible o no el cambio o la resignificación de identidades tan fuertes como el nacionalismo (¡claro que sí lo es!). El problema a futuro es cómo pensar a esas identidades desde el desprendimiento. Desde la desidentificación como ejercicio político permanente. Como una práctica del des-apehender para re-existir, como plantea Walter Mignolo (2017). Para refundar nuestras prácticas alimenticias y nuestros imaginarios gastronómicos colectivos, en el marco de nuevas relaciones que pongan en cuestión dimensiones de inequidad que hasta ahora no han sido subvertidas, como el patriarcado, el racismo y la ética de acumulación capitalista. En definitiva, cómo permitirnos ser y comer desde la a-normalidad, desde la reivindicación, como dice la poetisa travesti Susy Shock, de nuestro derecho a ser un monstruo²⁷.

²⁷Shock, Susy, (2011). Yo monstruo mío. En Poemario Trans-Pirado. Ediciones Nuevos Tiempos, Buenos Aires. P. 5.

Lista de fuentes y bibliografía

- Achilli, Elena, (2005). *Cómo investigar en Antropología Social*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Aguirre, Patricia, (1999). Toda la carne al asador. En *Revista Todo es Historia*. N° 380. Buenos Aires.
- Aguirre, Patricia, (2004). Ricos Flacos y Pobres Gordos. La alimentación en crisis. En *Claves para Todos*. Capital Intelectual. Buenos Aires
- Aguirre, Patricia, (2016). *Una historia social de la comida*. Lugar Editorial. Buenos Aires.
- Aguirre, P., D. Díaz Córdova y G. Polischer, (2015). *Cocinar y Comer en Argentina Hoy*. Sociedad Argentina de Pediatría. Buenos Aires.
- Altamirano, C. y B. Sarlo, (2016). *Ensayos Argentinos: De Sarmiento a la Vanguardia*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires.
- Álvarez, M. y L. Pinotti (Comp.), (1997). *Procesos socioculturales y alimentación*. Ediciones del Sol. Buenos Aires.
- Álvarez, M. y L. Pinotti, (2000). *A la Mesa*. Grijalba. Buenos Aires.
- Álvarez, Marcelo, (2002). La cocina como patrimonio (In) tangible. En *Primeras Jornadas del patrimonio gastronómico. Comisión para preservación del patrimonio histórico cultural de la ciudad de Buenos Aires*. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Álvarez, Marcelo, (2011). Recetarios. Parte 1. En *Novedades de Antropología*. N° 68. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Buenos Aires.
- Álvarez, Marcelo, (2011). Recetarios. Parte 2. En *Novedades de Antropología*. N° 69. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Buenos Aires.
- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de la Cultura Económica. México.

- Ansaldi, Waldo, (1980). Notas sobre la formación de la burguesía argentina, 1780-1880. En E. Florescano (ed.), *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina*. Nueva Imagen. México, pp. 515-583.
- Appadurai, Arjun, (1983). How to Make a National Cuisine: Cookbooks in Contemporary India. En *Comparative study of society and history*. Vol 30, N°1 pp. 3-24. Cambridge.
- Archetti, Eduardo, (1999). Hibridación, pertenencia y localidad en la construcción de una cocina nacional. En *La Argentina en el siglo XX*. Ed. Arel. Quilmes.
- Archivo General de la Nación. Sala VII, 18-3-7.
- Aricó, José María (2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires.
- Babot, M.P., M. Marschoff y F. Pazzarelli (ed.), (2012). *Las Manos en la Masa. Arqueologías, Antropologías e Historias de la Alimentación en Suramérica*. Instituto Superior de Estudios Sociales UTN. Córdoba.
- Bak-Geller, Sarah Corona (2009). Los recetarios “afrancesados” del Siglo XIX en México. En *Anthropology of food* (Online): s/p.
- Bak-Geller, Sarah Corona (2013). Narrativas deleitosas de la nación. Los primeros libros de cocina en México (1830-1890). En *Desacatos*. Núm. 43, pp. 31-44. México.
- Balmaceda, Daniel, (2016). *La comida en la historia argentina*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre, (1967). Campo intelectual y proyecto creador. En J. Pouillon y otros, *Problemas del estructuralismo*. Siglo Veintiuno, México.
- Bourdieu P. y L.Wacquant, (1995). *Respuestas por una Antropología Reflexiva*. Grijalbo. México.

- Bourdieu, Pierre, (2011). *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires.
- Briones, Claudia, (2005). *Cartografía argentina: políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Antropofagia. Buenos Aires
- Bruera, Matías, (2006). *La argentina fermentada: vino, alimentación y cultura*. Paidós. Buenos Aires.
- Chatterjee, Partha, (1996). Comunidades imaginadas ¿Por quién?. En *Mappingthenation*, GopalBalakrishnan (Ed.). Verso. Londres.
- Diario El Nacional. Del 14-01-1883 al 20-07-1885. Varios ejemplares. Disponible en Hemeroteca de diarios, Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina.
- Diario La Nación. Del 12-01-1879 al 09-12-1890. Varios ejemplares. Disponible en Hemeroteca de diarios, Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina.
- Díaz Córdova, Diego (2010). *Patrón alimentario, Cocina y Dieta: definiciones antropológicas desde una perspectiva teórica*. Manuscrito no publicado. UNLa/ISCo. Lanús.
- Derrida, Jacques, (1997). *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Proyecto A. Barcelona.
- Ducrot, Vicente, (1998). *Los sabores de la patria*. Ed. Norma. Buenos Aires.
- Farb P. y G. Armelagos, (1985). *Anthropologies des costumes alimentaires*. Denoel. País.
- Evan Evans-Pritchard, (1990). Antropología e Historia. En *Ensayos de antropología social*. Siglo Veintiuno. Madrid. Pp. 44-68
- Giddens, Anthony, (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Bellaterra. Barcelona

- Goody, Jack, (1995). *Cocina, cuisine y clase. Estudio de sociología comparada*. Gedisa. Barcelona.
- Gorostegui, Haydeé (1972). *Argentina: la organización nacional*. Paidós. Buenos Aires.
- Gorriti, Juana Manuela, (1889). *La Tierra Natal*. Félix Lajouane. Buenos Aires.
- Gorriti, Juana Manuela, ([1890] 2014). *Cocina Ecléctica*. La Crujía. Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio (1981). *Cuadernos de la cárcel*. Traducción: Ana María Palos. Era. México.
- Halperín Donghi, Tulio, (2005). *Una Nación para el Desierto Argentino*. Prometeo. Buenos Aires.
- Halperín Donghi, Tulio, (2009). *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la argentina criolla*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires.
- Hernández, José, ([1872] 2005). *Martín Fierro*. Ediciones CONSUDEC. Buenos Aires.
- Hobsbawm, E y T. Ranger (Ed.), (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge University Press. Cambridge.
- hooks, bell, (2000). Eating the Other: Desire and Resistance. En *The Consumer Society Reader*, Juliet B. Schor y Douglas B. Holt (Comp.). The New Press, New York. Pp. 343-359.
- Hora, Roy, (2010). Los Anchorena: Patrones de negocio, fortuna y negocios (1760-1950). En *América Latina en la Historia Económica*. Vol. 19, Nro. 1. México.
- Kuper, Jessica (1984). *La cocina de los arqueólogos*. Tusquets. Barcelona.
- Lettieri, Alberto (1999). De la República de la opinión a la República de las instituciones. En Marta Bonaudo (ed.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, Estado y orden burgués*. Sudamericana, Buenos Aires.

- Malinowski, Bronislaw, (1974). El mito en la psicología primitiva. En *Magia, ciencia y religión*. Planeta-De Agostini. Barcelona.
- Mansilla, Lucio V. ([1870]1993). *Una excursión a los indios ranqueles*. Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Marechal, Leopoldo, (2014). Al 17 de Octubre. En *Obra Poética*. Leviatán, Buenos Aires. P. 528.
- Marschoff, María, (2010). *La cocina por asalto. Ciencia, cocina y género en la transición al siglo XIX*. S/Ed. Disponible en: <https://docslide.es/documents/cocina-por-asalto.html>. (en línea, nov. 2018)
- Mignolo, Walter, (2017). Educación y decolonialidad: Aprender a desaprender para poder re-aprender. En Facundo Giurlano, *Rebeliones Éticas, Palabras Comunes. Conversaciones (filosófica, políticas, educativas) con Judith Butler, Raúl Fornet 'Betea Mignola, Jacques Rancière, Slavoj Žižek, Mañó y Dávila* Editores, Buenos Aires.
- Milanesio, Natalia, (2014). *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires.
- Montanari, Massimo, (2006). *La comida como cultura*. Ediciones Trea, Asturias.
- Mintz, Sidney, (1996). *Dulcura y poder*. Siglo Veintiuno. México.
- Oszlak, Oscar, (1982). *La formación del Estado Argentino*. Editorial de Belgrano. Buenos Aires.
- Piaggio, L. y A. Solans (ed.), (2014). *Enfoques socioculturales de la alimentación*. Librería Akadia Editorial. Buenos Aires
- Quijada, Mónica, (1999). La ciudadanización del “indio bárbaro”. Políticas oficiales y oficiosas hacia la población indígena de la Pampa y la Patagonia. En *Revista de Indias*, Vol. 59, Nro. 217. España.

- Quijada, Mónica (ed.), (2011). *De los cacicazgos a la ciudadanía. Sistemas políticos en la frontera, Río de la Plata, Siglo XVIII a XX*. Iberoamerikanisches Institut-Gebr. Mann Verlag. Berlín.
- Remedi, Fernando J., (2006). *Dime qué comes y cómo lo comes y te diré quién eres. Una historia social del consumo alimentario en la modernización argentina. Córdoba, 1870-1930*. Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”. Córdoba.
- Remedi, Fernando J., (2017). Modernidad alimentaria y afrancesamiento. Ciudad de Córdoba (Argentina) en el tránsito del siglo XIX al XX. En *Historia Crítica*, Nro. 65, pp. 71-92. doi: [dx.doi.org/10.7440/histcrit65.2017.04](https://doi.org/10.7440/histcrit65.2017.04)
- Rockwell, Elsie, (2009). *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- Rodríguez, Fermín, (2017). Señales de vida: ficciones y territorios en crisis. En *452°F: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*. N° 16. Barcelona.
- Roseberry, William (2014). *Antropologías e historias: ensayos sobre cultura, historia y economía políflita*. El Colegio de Michoacán. Michoacán.
- Sábato, Hilda (1989). *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: La fiebre del lanar 1850-1890*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- Sábato, Hilda (2012). *Historia de la Argentina 1852-1890*. Siglo Veintiuno. Buenos Aires.
- Sahlins, Marshall (1985). *Islands os History*. University of Chicago Press. Chicago.
- Segato, Rita Laura (2007). *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Prometeo Libros. Buenos Aires.
- Segura, Laura, (2015). La cola del diablo. Resistencia, testimonio y lucha. Desde la pluma a las armas. En *Revista de Comunicación de la SEECI*. Año XIX, Nro. 38, pp. 26-69. DOI: <http://dx.doi.org/10.15198/seeci.2015.38.26-69>

- Sesto, Carmen, (2005). *La vanguardia ganadera bonaerense, 1856/1900*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- Silveira, Mario, (2005). *Cocina y Comidas en el Río de la Plata*. EDUCO-Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.
- Stern, Steve J., (1987). *Resistencia, Rebelión y Conciencia Campesina en los Andes, siglos XVIII al XX*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Thompson, Edward P. (2016). *Marxismo e Historia Social*. Siglo Veintiuno, España.
- Tobin, Jeff (2002). La Construcción Culinaria de la Nacionalidad. En *Primeras Jornadas del patrimonio gastronómico. Comisión para preservación del patrimonio histórico cultural de la ciudad de Buenos Aires*. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Trincherro, Héctor H. (2003). Antropología, nación y poder: la construcción del objeto etnográfico en Argentina. En *RECERCA, Revista de Pensament i Anàlisi*, Nueva Epoca Nro. 2, pp. 65-92.
- Viazzo, Pier Paolo, (2003). *Introducción a la Antropología Histórica*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima
- Vilas, Carlos M., (2005). *Pensar el Estado*. Universidad Nacional de Lanús, Departamento de Planificación y Políticas Públicas. Lanús.